Los animales son parte de la clase trabajadora y otros ensayos

Jason Hribal

Puedes leer los textos originales en:

http://www.jasonhribal.com/#!essays

Ilustración de la portada: Gonzalo Tintanegra

Traducción: ochodoscuatro ediciones
Corrección de la traducción: Cristina Novillo Galán

ochodoscuatro ediciones

Depósito Legal: M-43869-2016

ISBN: 978-84-946223-1-1

Impreso por Gráficas de Diego.

Todos los beneficios de este libro irán destinados a la difusión de las ideas antiespecistas.

Nota del colectivo editor

El presente libro recoge tres artículos del historiador Jason Hribal que, pensamos, mantienen y desarrollan una línea argumental común: *Animals are Part of the Working Class* (2003), *Animals, Agency and Class* (2007) y *Animals are Part of the Working Class, Reviewed* (2012). Podríamos enrollarnos valorando sus teorías, pero preferimos cederle la palabra cuanto antes.

Respecto a la traducción, viendo que el autor hace un esfuerzo en ese sentido en los textos originales, y siendo éste un tema importante para nuestro colectivo, hemos decidido no ceñirnos al uso del masculino como neutro, así que hemos alternado indistintamente masculino y femenino. Nos parece importante encontrar y desarrollar poco a poco formas de expresarnos más inclusivas que las que nos dictan desde las instituciones, siendo conscientes de que ello exige cierto esfuerzo por parte tanto de quienes escriben como de quienes leen, pero con la convicción de que ese pequeño esfuerzo merece la pena.

Por último, a lo largo del libro hay dos tipos de notas. Señaladas con un asterisco están las notas al pie, que son notas de traducción. Marcadas con un número vienen las notas del autor, que suelen ser sobre todo referencias bibliográficas y que se encuentran al final de cada capítulo.

Esperamos que las siguientes páginas os aporten algo.

Salud y libertad.

Madrid, otoño de 2014.

Los animales son parte de la clase trabajadora.

Un desafío a la Historia del Trabajo.

Extraido de la revista Labor History,
Vol. 44, Nº 4, 2003.

¡Buenos dioses! Cuán abyecta es nuestra raza,
condenada a esclavitud y desgracia.
¿Es nuestro sino servir
pues nuestros padres ya lo hicieron así?
Considerad, amigos, vuestra fuerza y poderío:
Para hacer valer vuestro libre albedrío.
Qué altas son sus doradas carrozas.
El orgullo humano es nuestra deshonra.
¿Fuimos diseñados para el trabajo diario?
¿Para arrastrar el arado por su terrado?
¿Para sudar el arnés en la carretera?
¿Para gemir bajo la carga que nos quiebra?
Cuán débil es la raza de dos piernas,
tanto como grande nuestra fuerza.
¿Acaso deberían nuestras mucho más nobles patas
atarearse en la lucha contra quien nos mata?
¿Con qué derecho cabalga mi espalda el arrogante?
¿Realmente necesita con su espuela provocarme?
Impídelo, por los cielos, rechaza sus riendas.
Tu infame desdén, tu vergüenza.
Deja que controle primero al León
y que calle al tigre con inanición;
déjanos, como a ellos, reclamar
nuestra merecida libertad,
y que al oir nuestro nombre el humano eche a temblar.

Good gods! how abject is our race,
Condemn'd to slav'ry and disgrace!
Shall we our servitude retain,
Because our sires have borne the chain?
Consider, friends, your strength and might:
'Tis conquest to assert your right.
How cumb'rous is the gilded coach!
The pride of man is our reproach.
Were we design'd for daily toil,
To drag the plough-share through the soil,
To sweat in harness through the road?
To groan beneath the carrier's load?
How feeble are the two legg'd kind!
What force is in our nerves combin'd!
Shall then our nobler jaws submit
To foam and champ the galling bit?
Shall haughty man my back bestride?
Shall the sharp spur provoke my side?
Forbid it, heav'ns! Reject the rein;
Your shame, your infamy disdain.
Let him the Lion first controul,
And still the tyger's famish'd growl.
Let us, like them, our freedom claim,
And make him tremble at our name.

John Gay, The Council of Horses (1727)

A principios del siglo XIX, la mayoría de los bienes comunes en Inglaterra habían sido cercados y privatizados. La tierra se había convertido en un paisaje lleno de cobertizos, corrales, pocilgas, cercados y muros. Así, se encerró a los bueyes, a las vacas, a los gansos, a los caballos y a los cerdos en áreas específicas. Ahora dependían mucho más de otros para su alimentación y cuidado, tras ver revocado su derecho de simplemente pastar. Ya no podían vivir sin trabajar o, al menos, realizando el menor trabajo de subsistencia posible. Más bien, estos animales se habían convertido en productos. Fue, de hecho, durante la década de 1700 cuando el término *farm* (granja), un verbo que significaba originalmente arrendar algo (como un toro o arado) con fin lucrativo, pasó a significar un lugar concreto de producción. Del mismo modo, el concepto "stock viviente", definido como cualquier ser mantenido o comerciado a cambio de un beneficio, también surgió en esta época. Sin embargo, esta definición de *living stock** es engañosa. Por un lado, tanto de manera escrita como oral, normalmente se utiliza en voz pasiva. Los animales no se convierten "naturalmente" en propiedad privada, al igual que las humanas no venden naturalmente su fuerza de trabajo. Más bien, existe una historia *activa*, acerca de la expropiación, la explotación y la resistencia. En segundo lugar, los términos "stock viviente" o "ganado" existen sólo desde el punto de vista humano. En otras palabras, si consideramos esta

---

* [N.d.T.] El término *living stock* aparece a lo largo de los textos de Hribal. *Stock* es una palabra que tiene diferentes acepciones y por tanto su traducción al castellano resulta problemática. El concepto se refiere a seres vivos que son utilizados como mercancía y a la vez producen nuevas mercancías. En la presente publicación el término ha sido traducido como stock viviente.

situación desde la perspectiva de la oveja, de la vaca, del caballo o del cerdo, éstos no son productos vivientes, bienes o "medios de producción". Estos seres son tratados como esclavos que se compran y se venden a voluntad. Pero hay que darse cuenta de que esta categoría ha ignorado que este tipo de trabajo no remunerado es esencial para la acumulación, tal y como ya lo fue en sistemas económicos de explotación pasados. Desde el siglo XVII se ha hecho trabajar a un gran número de animales, generando muchos beneficios monetarios para otras y recibiendo estos animales poca o ninguna compensación o reconocimiento por su esfuerzo. Las granjas, fábricas, carreteras, bosques y minas han sido sus lugares de producción, donde se han producido piel, leche, carne y energía para los dueños de las granjas, fábricas y minas. Y, en estos lugares, no tenían un salario. Ciertamente podemos pensar en otras que padecen situaciones parecidas: esclavas humanas, niños, amas de casa o trabajadores sexuales, por nombrar algunas. El hecho básico es que esos caballos, vacas o gallinas han trabajado y continúan trabajando bajo el mismo sistema capitalista que las humanas[1].

El siguiente ensayo no es un análisis de la domesticación. Más bien es una explicación histórica del papel que los animales han tenido en el desarrollo de las revoluciones agrícola e industrial. Es un relato de cómo este proceso tuvo impacto en las vidas de estas criaturas, tanto cualitativa como cuantitativamente; de cómo los animales han combatido su expropiación y explotación. Es un relato de cómo surgió y se formó una conciencia colectiva y lucha por los derechos de los animales en los siglos XVII y XVIII.

El desafío a la historia del trabajo aquí es triple. En primer lugar, el ensayo pretende que las lectoras consideren el papel de los animales en el desarrollo del capitalismo. En segundo lugar, se pone en duda el supuesto básico de que hay que ser humana para ser considerada como trabajadora. Por último, el ensayo se enfrenta a los parámetros que se aplican actualmente a la definición de la "clase trabajadora".

La lana y la industria de la carne

En 1658, se reeditó de forma póstuma el voluminoso libro *History of Four-footed Beasts* de Edward Topsel. Combinando las ideas de historia natural y mercantilización, Topsel examinó y describió gran número de seres en términos de su fisiología *apropiada*, es decir, en cuáles *deberían ser* sus características físicas. "La oveja", por ejemplo, "debería tener un gran cuerpo, para tener así más lana, que debería ser suave, gruesa y dura, sobre todo por las zonas de cuello, hombros y estómago". Desde la Edad Media, la lana inglesa había sido un bien clave nacional y de exportación para la fabricación de ropa. A principios de 1300 unas 20.000 ovejas trabajaban para el convento de San Swithun, en Winchester, pero incluso teniendo en cuenta la existencia de estos grandes rebaños, la mayoría de las ovejas inglesas vivían en "estado salvaje" hasta mediados del siglo XVIII. El historiador que acuñó el término "estado salvaje" se refería a pastizales abiertos, páramos y bosques, en una época que no era la edad de oro. Los bienes comunes ingleses eran realmente abundantes, un sistema socioeconómico dinámico que nació de la época feudal y que se basaba en los principios de subsistencia, comunidad y,

especialmente para los animales, autonomía. Por lo tanto, para intentar una "mejora de las cepas" en las ovejas, como Topsel y otros lo denominaron, debían hacerse mejoras en esta forma de vida[2].

El primer paso en este proceso fue la creación de caminos para las ovejas. Podían ser pastizales abiertos que fueron divididos en varias parcelas privadas, más pequeñas. Podían ser antiguos campos de cultivo, o creados a partir de la tala de bosques o mediante el drenaje de páramos y pantanos. Solía decirse que durante este período de cercado masivo, las ovejas literalmente, "se comieron" el campo. De hecho, la proliferación de los caminos se produjo a expensas de los campos de cultivo y pastizales abiertos. Por supuesto que las ovejas no tuvieron nada que ver con esta privatización de las tierras. Más bien, se trataba de un proyecto diseñado por unos pocos individuos.

Una vez que el cercado fue acometido, los nuevos propietarios podrían dedicar toda su atención a otros modos de aumentar la productividad. Uno de los métodos utilizados fue la implantación de la crianza controlada, es decir, la producción del cuerpo y pelaje deseados a través del control de la reproducción. La manipulación sexual de las ovejas ha existido desde hace siglos. Sin embargo, fue únicamente a partir de los siglos XVII y XVIII cuando la crianza pasó a ser una práctica normalizada. A partir de entonces, sólo a las ovejas que tuvieran las características apropiadas se les permitiría reproducirse. Las ovejas que no tuvieran un cuerpo lo suficientemente grande serían sacrificadas al poco de nacer o bien esterilizadas. Otro método que se desarrolló para impulsar la producción de lana fue la creación del cobertizo para ovejas. Mientras que antes estas criaturas pasaban

sus días y noches en el exterior, las nuevas estructuras protegían la lana de los efectos que hacían perder beneficio, como el sol, la lluvia y las variaciones de temperatura. En realidad, como señaló el agricultor Robert Bakewell a principios del siglo XIX, si se siguieran las técnicas de gestión adecuadas, las ovejas se podrían convertir en "la mejor máquina para convertir pasto en dinero". De momento, la venta de lana había sido el único medio para conseguir este objetivo, pero estaba en progreso otra actividad con más beneficio aún, realizable por estos trabajadores de cuatro patas: la producción de carne de cordero[3].

Durante todo un milenio, la dieta que la gente adinerada seguía, en contraste con la del promedio de ingleses, consistía en carne, y no en cualquier medida sino grandes cantidades de ésta. Algunas familias tenían sus propias reservas de animales, otros tenían parques privados de ciervos y la mayoría podían permitirse comprarlos en carnicerías. De hecho, cuando lees los diarios de John Evelyn, Thomas Isham o Samuel Pepys, no puedes evitar que te sorprenda conocer la cantidad ingente de carne que los hombres y mujeres de entonces consumían. Había montones de carne de venado, gran cantidad de carne asada, piernas de corderos, aves enteras, filetes de ternera y varios pavos, todo en una sola mesa. No es de extrañar, como han descubierto algunos investigadores, que estas personas tuviesen mala salud intestinal. Sin embargo, para el hombre o mujer comunes, esto no era un problema. Las familias de campo sólo de vez en cuando cenaban una liebre, ave, cerdo, cabra, ganso o ciervo. El comer carne era poco habitual, y normalmente era una ocasión especial en la vida de la mayoría de la gente. La palabra *meat* en esta época, significaba simplemente una comida o la parte comestible de un

alimento sólido. El término *green-meats* se refería a los vegetales, los *white-meats* eran platos hechos con leche, las *sweet-meats* eran tartas dulces o frutas confitadas, y las *baked-meats* eran pastas o pasteles, que podían o no contener carne. La palabra *meat* no obtuvo su significado actual (carne) hasta el siglo XIX, una definición que se desarrolló a partir de tres raíces etimológicas. La primera de éstas es *meat* como una comida, con énfasis en los platos con carne. La segunda es de la frase *to bring meat into one's mouth,* que significa conseguir beneficio monetario. La tercera viene del verbo *to meat*, que significa abastecer a alguien de algo (en este caso, carne). La lectora puede preguntarse si tres raíces diferentes se vincularon para formar la palabra contemporánea; pues bien, la evolución de la palabra *meat* se remonta a varios eventos clave en la historia[4].

El primero fue la aparición de la industria comercial del ganado vacuno a ambos lados del Atlántico. Entre 1657 y 1658, por ejemplo, cinco ingleses adquirieron una gran extensión de tierra, lo que más tarde se conoció como "la compra Pettaquamscut", en lo que hoy es el sur de Rhode Island. Éste se convirtió en el primer lugar de producción a gran escala de ovejas y ganado vacuno en Inglaterra. Aquí, el trabajo de esas criaturas era simple pero mortal. Su trabajo consistía en engordar, ser transportadas a una localización central y ser asesinadas, a cambio de forraje. Daniel Defoe llamaba a estos sitios de muerte y venta "mercados de la carne". En América, ciudades tales como Boston y Nueva York o las plantaciones de Antillas eran populares en el siglo XVII. En las islas británicas, el destino principal de la mayor parte de las ovejas y ganado era Londres. La ciudad había mantenido durante mucho tiempo una variedad de lugares para

mataderos, tales como San Nicolás en Seacoal Lane o Rother Street (llamado "Calle de la Rosa Roja" debido a las manchas permanentes de sangre), pero ninguno era tan grande, tan bien conocido, ni llevaba tanto tiempo en pie como Smithield, que operaba cada lunes y viernes desde aproximadamente el año 950. Sin embargo, incluso el más activo de los mercados de carne no había sido nunca testigo de los niveles de volumen que habría con la llegada del siglo XVIII. Durante ese período de cien años, la cantidad de ovejas y ganado vendida en Smithfiels casi se duplicó, de 500.000 a 900.000 y de 76.000 a 124.000 respectivamente. En Falkirk, Escocia, un mercado más grande en el norte, el número de ganado vendido se quintuplicó, de 30.000 a 150.000. Sin embargo, no fue sólo el aumento cuantitativo lo que transformó la palabra *flesh* en *meat*. Había otras razones[5].

William Marshall y J. Mathews, dos de los labradores más famosos del siglo XIX, analizaron todos los aspectos de la cultura ganadera. Desde la comida al refugio, la salud, la crianza, la matanza y la psicología; nada se quedó sin ser analizado. Estos dos hombres examinaron la cabeza del novillo. Midieron la circunferencia del cuello. Miraron de cerca sus ojos. Les midieron los cuernos. Les palparon los hombros. Les miraron los mentones. Les tocaron la textura de la piel. Incluso consideraron el factor de la edad. Nada se quedó sin ser estandarizado. Ésta fue la administración científica. Se terminó con las técnicas que no generaban beneficios. Al ganado que tenía características no beneficiosas se le sacó de la manada. El ganado que quedaba vivía sólo hasta una edad predeterminada, como para maximizar el

tamaño corporal y la ganancia obtenida. De hecho, entre 1700 y 1800, la media de peso del ganado casi se había duplicado. La industria de la carne estaba en camino[6].

Otro ser de cuatro patas que se encontró con un destino similar en "el comercio de la carne" fue el cerdo. En los siglos XVII y XVIII ninguna otra isla albergaba más cerdos que Irlanda. Un viajero que recorría el país durante la década de 1790 describió la situación: "Conozco a un comerciante que, según me han contado, mata cada año entre veinte y veinticinco mil cerdos, cuya afirmación me dio motivo para decirle que él era el mayor asesino de cerdos que he conocido". Es significativo, sin embargo, que la mayoría de estas criaturas no trabajaban en las granjas. Por el contrario, a menudo provenían de las industrias de casas de campo. "Cada casa tiene un cerdo" reconocía William Cobbett. "El cerdo come con la familia y, generalmente, duerme en el mismo sitio". "Él [o ella] entra y sale y está por la casa, como uno más de la familia; la familia duerme, acurrucada junta, sobre la maleza muerta o en un poco de paja en una esquina y el cerdo en una cama similar en otra esquina". Las comidas estaban hechas de patatas, que eran cultivadas y cosechadas en un terreno de una casa de campo. Serían "recogidas y transformadas en un gran plato, el cual es una cesta poco profunda hecha de mimbre con la corteza encima". La familia "se ponía de cuclillas alrededor de esta canasta y sacaba las patatas con sus manos, el cerdo se quedaba de pie y se le ayudaba y a veces comía del tiesto". Cobbett señaló que "el cerdo es la persona de mayor importancia, se vende para pagar el alquiler: si falla, la familia se ve destinada a padecer". El autor de este pasaje no exageraba en absoluto la

gravedad de esta situación. Las familias irlandesas católicas sin tierras no tenían otra opción más que vender los cerdos con el fin de pagar la renta[7].

A mediados del siglo XIX, Irlanda ya había sido superada en la producción de carne de cerdo por otros países, en particular los Estados Unidos. De hecho, muchas ciudades del Medio Oeste americano deben su existencia entera al empleo sólo de cerdos. El lugar más conocido de estas ciudades es Cincinnati, Ohio, más tarde conocido como "*Porkopolis*". Frederick Law Olmsted, durante su visita a la ciudad en la década de 1850, visitó una planta de procesamiento:

> Entramos en una inmensa habitación de techo bajo y vimos cerdos muertos sobre sus espaldas, sus patas estiradas en silencio hacia el cielo. Al fondo, encontramos una especie de rebanadora manual que convertía a los cerdos en carne. Una mesa, dos hombres para levantar y girar y dos para manejar las cuchillas eran los componentes. *Ningún engranaje podría trabajar con un movimiento más regular.* Se tiraba al cerdo sobre la mesa, chop, chop; chop, chop; chop, chop, las cuchillas caían. Todo acababa. Pero antes de poder decir nada, se les tiraba sobre la mesa, chop, chop; chop, chop; chop, chop, sonaba de nuevo. No había pausa para la apreciación. Mediante la destreza de una habilidosa mano, jamones, paletillas, costillares, lomo y carrillada volaban por los aires, cada uno cortado en su sitio, donde asistentes ayudados por camiones y elevadores despachaban cada uno a su destino: el jamón a México,

> el lomo a Burdeos. Asombrados por la expectación de la celeridad, sacamos nuestros relojes y contabilizamos treinta y cinco segundos, desde el momento que un cerdo llegaba a la mesa hasta que el siguiente ocupaba su sitio. Lamento no haber contabilizado el número de golpes requeridos.[8]

Entonces, con un "crack" en la cabeza, un "giro" en la cinta transportadora y un "chop, chop; chop, chop", esta máquina eficiente mataba medio millón de cerdas por año. Aunque en tan sólo unas pocas décadas estas cifras que parecen inigualables serían consideradas marginales. Las fábricas de Cincinnati dependían en gran medida de las cerdas locales, a las que se les llevaba andando desde las granjas del campo a las puertas de las fábricas, pero con la aparición y proliferación del ferrocarril a vapor esta práctica se quedó obsoleta. Los cerdos o el ganado vacuno ahora se podrían criar en cualquier parte del país, hacinados en ceñidos camiones y llevados rápidamente a una ciudad centralizada de mataderos, envasado y distribución, y ninguna ciudad americana tomó más ventaja de su localización y del avance del ferrocarril que Chicago[9].

Desde su inicio en 1865, la Unión de Corrales prosperó como ninguna otra. En sólo un año, el total del recorrido de ferrocarril que rodeaba las parcelas pasó de cero a cien mil millas de largo. En dos, "Packingtown" hacía el envasado de cinco millones y medio de cerdos y dos millones de bueyes por año. Éste iba a ser el lugar de la infame novela *The Jungle* (1905) de Upton Sinclair. "Infame", muchos decían, ya que causó un gran

revuelo al publicarse. El libro no sólo exponía las condiciones de enfermedad en los corrales, sino que también describía vívidamente la naturaleza explotadora del trabajo.

> Era todo tan eficiente que uno lo miraba fascinado. Carne de cerdo mediante maquinaria, carne de cerdo mediante la aplicación de las matemáticas. Y sin embargo, de alguna manera, la persona más pragmática no podía dejar de pensar en los cerdos, eran tan inocentes, se acercaban tan confiadamente; y eran tan humanos en sus quejas... ¡y estaban perfectamente en su derecho! No habían hecho nada para merecerlo; y era añadir sal a la herida, hasta donde la cosa había llegado, burlándose de ellos descaradamente, de una manera impersonal, sin pretensión de pedir disculpas, sin el homenaje de una lágrima. De vez en cuando algún visitante lloraba, sin lugar a dudas, pero esta máquina de matar seguía funcionando, hubiera visitante o no. Era como si se estuviera realizando un crimen horrible en un calabozo, desapercibido e ignorado, enterrado fuera de la vista y la memoria.[10]

Sin duda, algunas personas de una época anterior hubieran estado de acuerdo con la evaluación de Sinclair. Tomemos, por ejemplo, los tejedores de Lancashire. Estos artesanos de principios del siglo XIX menospreciaban los alimentos procesados de la ciudad, siempre prefiriendo "añadir algo que haya muerto por navaja". Si se veían forzados a comer estos alimentos, "cada bocado se tragaba con dolorosas especulaciones como qué sería

el cuadrúpedo cuando estaba vivo o cuál sería su razón particular para dejar esta vida". El historiador Edward Thompson señala cómo este reconocimiento por parte de los tejedores indica tanto la supervivencia de una economía basada en la crianza de cerdos, como sus sospechas de que la carne de la ciudad estaba enferma. Ciertamente, este reconocimiento sólo dice eso; pero también nos cuenta más. Dentro de la definición de la palabra inglesa *flesh* (con significado de 'carne') hay, normalmente, un componente activo: la persona debe matar al cerdo o al pato para su subsistencia. Esta subsistencia puede ser glotona y sanguinaria en la práctica, pero también puede ser, como era para los tejedores, holística y empática. Sin embargo, con la formación de la palabra *meat* nada de eso importaba. Esto tenía que ver con la producción en masa (el empleo de millones y millones de ovejas, bueyes y cerdas). Esto era moralmente aséptico (un sistema de matanza en masa, "ojos que no ven, corazón que no siente") y un negocio lucrativo que cambiaría fundamentalmente la dieta de todas las personas, sin importar la clase. En 1900 el consumo de carne en el Reino Unido había alcanzado niveles históricos, llegando a una media de 60 kilos por persona al año[11].

Lácteos e industria del huevo

Cuando William Petty visitó Irlanda en 1691, una serie de preguntas rondaban por su mente: ¿cuánto pasto consume cada vaca individualmente al año?, ¿cuánta leche produce durante ese periodo de tiempo?, ¿cuál es el espacio mínimo necesario para que sobreviva y se reproduzca?, ¿a cuántas vacas puede inseminar un toro por año? Estas preguntas podían parecerle raras a

una familia rural, pero Petty no era una persona de campo. Su trabajo consistía en estudiar la conquista más reciente del Imperio Británico, y parte de esta conquista incluía a los animales de la isla. Las ovejas, caballos, vacas y cerdos irlandeses eran ahora todos súbditos de la corona y todos habían pasado a estar bajo un nuevo sistema de gestión. Curiosamente, el único aspecto que deja Petty al margen es el cuerpo de la vaca en sí y cómo se podría mejorar, pero la consideración de esta gestión se tendría en cuenta muy pronto[12].

Atrás quedaron los días en los que las vacas caminaban de manera autónoma en los pastos abiertos durante semanas y meses, relacionándose con sus semejantes. Atrás quedaron los días en los que podían elegir a su pareja sexual y atrás quedaron los días de estar "en seco" (es decir, no embarazadas), por lo menos por un corto plazo. Las parcelas cerradas y establos dan paso a un sitio de producción permanente: la fábrica. El embarazo se convierte en una constante durante el año entero y las madres serían separadas de sus hijas por períodos de tiempo significativos, puesto que se pensaba que la práctica de criar a la hija interfería con la producción de leche. Incluso los amantes pasaban a ser elegidos por el granjero. De hecho, la forma y tamaño de la cabeza de la vaca, sus ojos, cuello, hombros, costillas, lomo, ubres y piel eran cuantificados y estandarizados. A las trabajadoras demacradas o aquellas que se negaban a dar fácilmente leche ya no se les permitía reproducirse. Sólo las grandes, gordas, que cumplían con los correctos estándares (en los que se incluía un correcto temperamento) eran seleccionadas para la cría. La condición de la vaca se había convertido en una existencia basada

exclusivamente en la producción de leche. Debían producir una cuota de leche semanal y mensual, o bien enfrentarse a la posibilidad inminente del matadero[13].

A principios del siglo XIX, las destilerías descubrieron que sus residuos (restos de decantación) podían ser utilizados para alimentar a las vacas y que la producción de leche era, de hecho, un negocio secundario rentable. Era una simple cuestión de encontrar un espacio vacío dentro de su alojamiento actual. No había ni que construir establos, las vigas estructurales existentes eran suficientes. Allí, atadas a un poste de madera, cientos de vacas (entre cuatrocientas y setecientas de media) podrían ser empleadas. Los adjetivos comunes utilizados en este tiempo para describir las condiciones de las fábricas iban desde "sin aire y sin luz" a "pesadilla" y "pútrido". A mediados de siglo, los periódicos de Nueva York consideraban la leche como "bazofia" y sin embargo, estas objeciones públicas hicieron poco para disuadir el crecimiento del negocio de la leche. Entre 1850 y 1900, el número de vacas que trabajaban en los Estados Unidos se triplicó de cinco a diecisiete millones. Del mismo modo, este período fue testigo de la duplicación de la producción individual, que pasó aproximadamente de 5.300 a 13.627 litros al año. Bajo el capitalismo, las vacas tenían que trabajar más duro que antes, pero las hembras no eran las únicas que se enfrentaban a esta difícil situación[14].

En 1749, se publicó por primera vez en inglés el libro de Antoine Ferchault de Réaumur *The Art of Hatching and Bringing up Domestic Fowls*. Tal como cuenta el historiador Siegfried Giedion, "uno no puede leer el libro de Réaumur sin alterarse, porque en este asunto banal la observación del gran sabio está

poderosamente proyectada sobre los menores detalles (...) Sabe con precisión cómo el pollo sale de su huevo, cómo se forma el embrión y crea la *madre artificial*". Lo cierto es que, en los días que siguieron a los cercados, las posibilidades de la gallina, gallo y crías de caminar por el campo, buscar su propia subsistencia y dormir en los árboles, se convirtieron en algo raro. El género masculino por sí mismo se dirigía hacia la extinción. Bajo el modelo lucrativo sólo se necesitaban unos pocos gallos para fines reproductivos. La mayoría de los pollos macho sencillamente se eliminaban tras su eclosión. Incluso el papel de las gallinas cambiaría con este sistema (precisamente éste era el propósito del libro de Réaumur, el reemplazar sus funciones maternales por medios sintéticos). Más específicamente, quería crear dos dispositivos separados: uno que eclosionara los huevos y otro que criara a las jóvenes. El papel de la gallina se basaría únicamente en su producción. En su primer experimento de eclosión, el autor puso un barril lleno de huevos sobre un montón de estiércol caliente. No funcionó bien. Después, intentó utilizar un horno de un convento de monjas. Esto funcionó mejor, pero seguía teniendo problemas. Finalmente, Réaumur utilizó un recipiente cilíndrico de madera caliente. Este dispositivo, de manera irónica, se conoció como "incubadora" (la nueva unidad familiar). Una vez que se logró este proyecto, el autor pronto descubrió que una caja acolchonada con lana de oveja serviría, por lo menos en el sentido funcional, para la cría de las jóvenes hembras. El techo estaba inclinado en el ángulo adecuado para imitar el cuidado reconfortante y el amor que sólo las alas de una madre pueden dar, pero ahora ésta sería la vida que le esperaría a muchos polluelos[15].

Un siglo más tarde, cuando la incubadora se había convertido ya en un equipo estándar, un nuevo grupo de personas centró su atención en aumentar la producción de huevos. La primera muestra de aves de corral, que destacaba las últimas razas seleccionadas, había tenido ya lugar en 1845 en Regents Park, Londres, y la primera muestra en América tuvo lugar en Boston cinco años más tarde. "El negocio de la cría de aves (...)", tal como T.B. Miner proclamó en su *Domestic Poultry Book* (1853) "(...) se ha convertido ahora en un objeto de gran importancia". Miner sabía de lo que hablaba, pues hacia 1850 se consumían 400.000 huevos por día en la ciudad de Nueva York. Ésta sería la era del livorno español*: una serie de duras y productivas trabajadoras que llegaron a dominar la industria del huevo. Y ésta sería, también, la época de las inmensas fábricas de huevos, que contaban con distintos niveles en los que cientos de miles de gallinas se empleaban en pequeños cubículos de trabajo. Todo podía ser uniforme y todo podía ser centralizado, desde la alimentación hasta la recogida de huevos. Una sola fábrica, si se gestionaba correctamente, podría abastecer diariamente de suficientes huevos como para alimentar a una pequeña ciudad[16].

Agricultura, manufactura, transporte, minería y madera

Cuando James Watt eligió al caballo como unidad base para medir la potencia de la máquina de vapor, estuvo muy acertado. Los caballos, mulas, burros y vacas habían sido los principales

* La raza livorno de gallinas es explotada por su alta producción de huevos de cáscara blanca. La livorno blanca puede alcanzar medias anuales de puesta bastante altas (unos 280 huevos).

proveedores de energía durante un milenio. Así fue en la agricultura. Así fue en la molienda. Así fue en el transporte. Sin embargo, nunca antes en la historia europea la demanda de animales de potencia había alcanzado los niveles a los que llegaría durante el comienzo del siglo XVIII[17].

En los campos agrícolas abiertos, según señaló Arthur Young, "el arado, la grada y el carro recorren una distancia inútil; por lo que menos tierra se ara y menos abono y maíz se consigue." Esta observación era una comparación directa con el sistema de campo cerrado. En tanto que en los campos abiertos se araba y se recogía menos, este equipo no recorría una "distancia útil". Más bien, lo que sucedía era que, normalmente, no se pensaba en los beneficios. En el mundo de Young, cada acción debía "generar un beneficio" y todo este cambio (de la tierra) significaba trabajo y mucho[18].

William Cobbet escribió que, en estas grandes fincas, no sólo los caballos araban la tierra, sino que también "sembraban la tierra, removían la tierra, llevaban maíz a las casas, lo trillaban y lo llevaban al mercado". Fue un siglo antes (1700) cuando Jethro Tull propuso por primera vez la azada y siembra realizada por tracción animal. Anteriormente, la siembra, azada, e incluso el arar lo realizaban los humanos, pero esos días quedaron en el pasado. En algunas regiones, Cobbett vio que los caballos incluso "rastrillaban la tierra, removían la paja y mazorcas (¡que deberían ser cosechadas por otros!); por lo que hacían todo, excepto la cosecha y la siega". En realidad, no pasaría mucho tiempo antes de que los caballos realizaran estas tareas también[19].

En 1884, la fábrica de Chicago de Cyrus McCormick estaba produciendo 80.000 cosechadoras por año. Asimismo,

los hermanos Marsh desarrollaron su famosa cosechadora: una máquina que segaba y trillaba al mismo tiempo. Claramente se trataba de un equipamiento de piezas grandes y pesadas. Cada una requería varios caballos fuertes o, por lo menos, una reserva inagotable de aquellos más flacos para tirar y proporcionar energía. Conseguir satisfacer este suministro de trabajo no se dio de la noche a la mañana, sino que conllevó varios siglos y mucho esfuerzo el modificar la manera en la que estas criaturas vivían[20].

"Para su perfeccionamiento, el caballo nativo y el ganado puro en este país deberán permanecer aislados para siempre", consideraba el agricultor Charles Vancouver, "o así ha de ser mientras los páramos y los bosques permanezcan abiertos y una indiscriminada mezcla de machos sin valor de ambos tipos tenga acceso libre e ilimitado a ellos". Por tanto, el primer paso hacia el "perfeccionamiento" era encerrar y cercar a los caballos. Una vez que esto se logró, un individuo podía comenzar a criar en la cantidad y con las características deseadas. De hecho, considerando que la crianza controlada fue "novedad en 1700", las notas del historiador Keith Chivers indican que "en 1800 se había convertido en algo general". Pronto, inmensas ferias y subastas se celebrarían a ambos lados del Atlántico, ofreciendo a los futuros empleadores una variedad de trabajadores de cuatro patas entre la que elegir. En una feria de Yorkshire en 1807, aproximadamente 16.000 fueron vendidos en un periodo de ocho días. Para el final de siglo, había más de un millón de caballos, mulas y burros trabajando en granjas en Reino Unido, y en los Estados Unidos esas cifras fueron mucho mayores. Pese al elevado número, las granjas sólo eran uno más de los trabajos de los caballos[21].

En los primeros días de la manufacturación había dos tipos de maquinaria impulsada por animales. La primera era oblicua, operada por una serie de cinturones sin fin que estaban sujetos a un caballo, un perro grande, una vaca o, incluso, una oveja trotando dentro o fuera de una rueda. Esta máquina era utilizada para bombear agua, cortar madera, batir leche o amalgamar masa. El segundo tipo de maquina era la horizontal. Ésta funcionaba con la rotación de cepillos. Estos cepillos eran palancas o brazos extendidos que se conectaban a un gran volante horizontal. Estas ruedas podían medir de tres a quince metros de diámetro. La energía era provista a través del movimiento de la rueda; trabajo generalmente delegado a bueyes y caballos. La ventaja de la horizontal frente a la oblicua era que se podía fijar hasta diez trabajadores (o incluso más en ocasiones), frente a dos en la otra[22].

Hacia 1680, por ejemplo, se enviaban cerca de 300 caballos al año desde Boston a las Indias Occidentales. Al llegar, estas criaturas rápidamente descubrían que su labor principal consistía en ser el motor del molino de azúcar. Estas máquinas funcionaban metiendo la caña de azúcar en rodillos y, mediante la rotación del caballo, la caña era empujada y triturada convirtiéndose en una pulpa líquida. De modo significativo, se desarrolló una casta de trabajadores particular, "los mil caballos", únicamente para trabajar en estas máquinas. De hecho, fue la introducción de estos capaces animales la que convirtió el, por aquel entonces, recién nacido negocio del azúcar en una de las industrias dominantes transatlánticas de los siglos XVIII y XIX. La habilidad singular de estos caballos era que trotaban al ritmo correcto, ni

muy rápido ni demasiado lento, para maximizar la producción (una producción que también incluía la fibra más importante de nuestro tiempo, el algodón)[23].

Una de las primeras despepitadoras de algodón fue el *churka* (palabra en sánscrito para describir el movimiento a tirones). Fiel a su nombre, cuando se pasaba el algodón por esta máquina manual, los rodillos tiraban, tiraban y tiraban, separando las semillas de la fibra. Con este método se podían producir hasta dos kilos y medio diarios de algodón limpio. Sin embargo, para el siglo XVIII, el *churka* había sido sustituido por máquinas mucho más potentes. La despepitadora caribeña accionada por caballos diseñada por Joseph Eve, por ejemplo, limpiaba más de 130 kilos de algodón al día. A continuación, con la producción masiva del famoso diseño de tracción animal de Eli Whitney, la industria del algodón se extendió por todo el sur de Estados Unidos. Ahora bueyes y caballos producían cantidades de algodón cada vez mayores. Sólo un año después de la invención de Whitney en 1792, la cantidad de algodón limpio que exportó Norteamérica a Gran Bretaña creció hasta 13 millones de kilos al año, triplicando la cifra de los tres años previos. Para 1850, estas trabajadoras no humanas estaban produciendo 270 millones de libras de exportaciones al año. A pesar de esto, la demanda de energía creada por caballos no acababa aquí, ya que el algodón limpio necesitaba también ser cardado e hilado en ovillos[24].

Originariamente, las fibras como la lana o el algodón tenían que ser desenmarañadas, convertidas en hilo e hiladas por manos y pies humanos. Estas tareas llevaban un tiempo considerable y mucho esfuerzo, pero desde que Lewis Paul y John Wyatt inventasen su máquina en 1738, éste no volvió a ser el caso. Máquinas

de hilar y dispositivos para el cardado pasaban a ser accionados por un caballo trotando. Así que tanto en las operaciones de Paul y Wyatt en Birmingham como en la fábrica de Richard Arkwright en Nottingham o en la factoría de John Lee en Manchester, estos trabajadores equinos vivían en las instalaciones y pasaban sus días y sus noches "haciendo girar la rueda". El trabajo normalmente comenzaba a las siete de la mañana durante el invierno y a las seis en verano, con unos turnos de doce horas de media. Los turnos de noche no eran inusuales. Ciertamente, en las fábricas del siglo XVIII los caballos eran los que trazaban, cardaban, tejían, trasquilaban y terminaban. En las fábricas de cerveza molían la malta y bombeaban el mosto. En Bersham* acarreaban los cañones. Los caballos prensaban el aceite y lo destilaban. Prensaban la sidra y devanaban minerales. Batían barro, pisaban los curtidos, molían y trituraban de todo. Estiraban la seda, tejían el lino y desgarraban los trapos. Caballos, mulas y bueyes lo hacían todo, incluyendo también el transporte de los productos una vez terminados[25].

Como señala el historiador Joan Thirsk, "los dos siglos entre 1500 y 1700 presenciaron un continuo aumento en el volumen del comercio interno terrestre y fluvial, lo que multiplicó la necesidad de caballos en ambas rutas". La figura del carruaje fue introducida en 1564 por la reina Isabel I. Tanto ella como Enrique VIII emplearon a cientos de caballos, pero en tan sólo un siglo, casi todos los "nobles y personas de calidad" de Londres, como dijo John Evelyn, tenían su propio carruaje y establo de caballos. Esa fue la época de Gervase Markham y su *Maister-*

* Bersham es una ciudad del Norte de Gales conocida por su producción para la industria armamentística.

Peece (1643) y *The Perfect Horseman* (1656), grandes tratados que proponían a los miembros de la aristocracia las técnicas adecuadas de equitación, cuidados, alimentación y crianza. De hecho, a finales del siglo XVIII, otra raza de caballo, el trotón, fue desarrollada exclusivamente por su velocidad y por mayor resistencia. Eran empleados para el creciente negocio del transporte terrestre. El carruaje de correos oficial y gubernamental acababa de ser instaurado en 1784, reemplazando a los carteros que repartían a lomos de un caballo. En algunas localidades inglesas como Salisbury y Gloucester, varias compañías de carruajes habían comenzado a ofrecer, unos pocos años antes, un servicio de transporte a Londres para tres o cuatro pasajeras más unos seis kilos de equipaje por carroza. En 1807, sólo en Manchester, veintisiete compañías de carruajes ofertaban viajes de ida y vuelta a Londres. Durante los treinta años anteriores sólo había una. Además, este viaje de 300 kilómetros, que antes llevaba cuatro días y medio, ahora se hacía en solo 30 horas. Ésta fue verdaderamente la época de los "caminos de peaje"[26].

Los caminos de peaje eran caminos financiados, construidos y mantenidos de manera privada y federal por los que, mediante el pago de una tarifa, podía viajar un carruaje privado o un servicio comercial. Entre 1720 y 1838, los caminos de pago ingleses pasaron de una longitud total de aproximadamente 805 kilómetros a 35.400. De un modo similar, el primer camino diseñado por ingenieros fue construido entre 1793 y 1794 con fondos privados. Tenía 100 kilómetros de largo y conectaba Filadelfia con Lancaster, Pensilvania. El camino de peaje nacional, fundado federalmente y conocido popularmente como el camino de Cumberland, conectaba Baltimore con Vandalia (Illinois) en

1830. Curiosamente, estas nuevas calzadas americanas, al contrario que sus homólogas británicas, fueron construidas habitualmente por caballos y bueyes. "Si tienen que hacer un nuevo camino", se preguntaba Cobbett en sus viajes por el interior de la joven república, "¿crees que recurrirán al tedioso uso del pico y la pala?". "Nada de eso. Irán con un arado, tirado por cincuenta o más bueyes, levantarán la carretera y la dejarán hecha de una vez". Entonces "una apisonadora tirada por cincuenta caballos allanará la superficie". Pero no importaba el método que se utilizase, estas nuevas vías de peaje eran muy superiores a las anteriores, que eran más blandas. El botánico Peter Kalm, viendo carros que apilaban cuatro pisos de altura con productos, pensó que "difícilmente podrá haber un lugar en que se utilicen carros y vagones más grandes y se lleve en ellos cargas más pesadas que en Inglaterra". Por supuesto esa observación no era real. Más bien, la magnitud de las cargas dependía de tres factores. El primero: se necesitaban vagones resistentes. El segundo: hacían falta caminos bien construidos. En los caminos blandos, los vagones podían cargar solo cinco octavos de tonelada como mucho. De lo contrario, el vehículo corría peligro de atascarse en el barro o en rutas largas y tenía riesgo de volcar. En caminos duros, las cargas podían alcanzar las dos toneladas. El tercero: estas grandes cargas necesitaban de un gran suministro de trabajadores para tirar de ellas[27].

Durante el siglo XIX, la vida laboral media de un caballo era de cuatro años en carruajes rápidos y siete en lentos. En los coches de correos sólo podían aguantar tres años antes de que sus cuerpos se agotaran. Para mayor desgracia, no había jubilación para estos trabajadores. Podían ser vendidos a granjeros

o, peor aún, a establos. Esos establos alquilarían entonces sus servicios a tiempo partido o a tiempo completo para transporte comercial, carruajes personales, servicio de transporte o coches públicos. Así que, una vez más, esos mismos caballos serían enviados a trabajar a las ya masificadas calles. A lo largo de ese siglo, el número de caballos y mulas empleados en negocios ingleses aumentó de 251.000 a 1.166.000. La cantidad de trabajadores para uso familiar privado (no agrícola) pasó de 200.000 a 600.000. La cantidad de coches de caballos en Londres creció de uno por cada 1.000 habitantes (incluso teniendo en cuenta el aumento de la población) a uno por cada 350 habitantes, y el número de autobuses metropolitanos tirados por caballos pasó de 376 a más de 1.000[28].

Entre los primeros canales se encontraban Bridgewater, Trent & Mersey, Staffordshire & Worcestershire, Coventry y Oxford. En Estados Unidos, el gran canal del Erie se completó en 1825, conectando Búfalo y Albany, y el canal de Ohio fue terminado seis años después, uniendo el lago Erie y el río Ohio. En cuanto al proceso actual de transportar mercancías por los canales, pudo empezar con los muelles. Aquí, los trabajadores del muelle apilarían la carga en barcazas. Estos barcos más bien grandes medían normalmente unos 5 metros de ancho y más de 30 de largo. La carga que podían transportar oscilaba entre las 40 y las 80 toneladas. Una vez que ya se habían cargado, el resto del trabajo le tocaba a la mula o al caballo, que tenían la ominosa tarea de remolcar estas considerables barcazas. Ocasionalmente se utilizaban motores de vapor, pero por el momento eran estos trabajadores (y no otros) los que "tiraban del carro" de la industria de los canales. Finalmente, a medida que los cos-

tes de la maquinaria de vapor se fueron volviendo más asequibles para el operador medio de barcazas, los caballos y las mulas fueron reemplazados gradualmente. Esta misma suerte estaban corriendo, o estaban a punto de hacerlo, muchas otras industrias basadas en la explotación de caballos. Sin embargo, estos sucesos de ninguna manera niegan o disminuyen los verdaderos logros de estos trabajadores. Además, nunca debemos pensar que estos reemplazos ocurrieran de manera uniforme en el tiempo[29].

En algunos sectores, como el textil, esto ocurrió a finales del siglo XVIII, aunque Matthew Boulton continuara recomendando la utilización de caballos cuando se necesitase baja potencia. Mientras, en otros sectores, como las industrias del algodón o del azúcar, esto no ocurriría hasta el final del siguiente siglo. En las granjas, los caballos, burros y mulas trabajaron hasta mediados del siglo XX. Incluso con la construcción de las carreteras, la necesidad de transporte a caballo para distancias cortas en realidad aumentó. Además, todos estos sofisticados motores necesitaban una fuente de energía para producir el vapor que bombease los pistones; y esas fuentes eran el carbón y la madera[30].

Entre 1744 y 1794, el consumo de carbón en Londres y sus alrededores casi se duplicó. Durante el siglo siguiente, la producción total de las minas inglesas pasaría de 10 millones de toneladas en 1800 a 287 millones de toneladas en la víspera de la I Guerra Mundial. El caballo y la mula fueron dos razones clave de este aumento de la producción. De hecho, a finales del siglo XIX, una raza particular de caballo, el *pit-pony*, fue desarrollada para la peligrosa minería subterránea. Estos compactos y musculosos trabajadores tiraron de desmontadoras, baldes, y carros

llenos de piedra, carbón y provisiones a lo largo de los raíles desde las profundidades hasta la superficie y viceversa. Algunos *pit-ponies* (como Prince de la mina de Denaby, que *se negaba* a tirar de los baldes) trabajaban en el transporte de mercancías, tirando del extremo de la cuerda de un motor mientras otros hacían funcionar la bomba de agua en la superficie, drenando las fugas del pozo. Se pudieron seguir encontrando caballos trabajando en minas hasta entrado el siglo XX[31].

En cuanto a la industria maderera, eran bueyes los que arrastraban los árboles talados en los bosques. Nunca fue una mera coincidencia que el personaje del folclore popular Paul Bunyan* siempre estuviera acompañado por Babe, el buey azul. Y es que Paul, como todos los leñadores de Norteamérica, dependía de la fuerza y el trabajo de los bueyes. Del mismo modo, los "transportistas" originarios fueron los equipos de caballos que tiraban de vagones y trineos, con cargas de unas 20 toneladas de media, hasta los ríos y los molinos. Incluso hasta 1950 había todavía unos 35.000 caballos empleados para estos fines en Estados Unidos y Canadá[32].

Resistencia

El botánico del siglo XVIII Peter Kalm admitió a regañadientes que siempre había una parte del ganado en todo rebaño "muy revoltosa (...)", tanto "que no había cercado lo suficiente-

* Paul Bunyan es un personaje creado por el periodista estadounidense James MacGillivray; se trata de un leñador gigante que aparece en algunos relatos del folclore de Estados Unidos, vinculado a los estados de Míchigan, Wisconsin y Minnesota.

mente fuerte como para resistirla si tenía la idea de atravesarlo". Más aún, cuando estas recalcitrantes criaturas huían, "todo el rebaño manso las seguía". Entre los cerdos también sucedía. Otro observador declaró que algunos podían "(...) alejarse de la valla, coger carrerilla y saltar entre las barras, a tres o cuatro pies de altura, entrando de lado". Incluso "muchos caballos, aunque tranquilos cuando están acompañados", decía el naturalista Gilbert White, "no se quedan ni un minuto en una parcela por sí mismos: ni aun las vallas más consistentes pueden frenarlos". Estos episodios eran tan constantes que un miembro de la guardia real inglesa llegó a la conclusión de que "los cercados... están tan lejos de ser una defensa frente a estos animales que parece que a veces los saltan como mero deporte"[33]. De hecho, el término "cimarrones" [en español en el original] (los "salvajes") se aplicaba originalmente al ganado, los cerdos y los caballos que *se escapaban*[34]. La mayoría de los propietarios, encargados u observadores de los animales trabajadores (ya sea a través de sus palabras escritas o de sus reacciones) admitieron totalmente la presencia de algún tipo de resistencia. Estos actos podían ser maliciosamente violentos en sus formas. Los caballos "coceaban", el ganado "cargaba", las vacas "pateaban", los cerdos "mordían", los pollos "picaban". Todos con la *reconocida* intención que les reconocían los propios empleados: herirles o matarles. O podían ser también en formas no violentas, como negándose a trabajar o, al menos, a trabajar tan duro[35].

Para responder a esta resistencia, los propietarios y encargados de las granjas, factorías y otros negocios de los siglos XVII, XVIII y XIX desarrollaron, mejoraron y estandarizaron una amplia variedad de formas y métodos. Se construyeron vallas y

cercas para dificultar las fugas. Se colocaron yugos de madera de forma triangular alrededor del cuello para dificultar sus movimientos. Se les ataban zuecos de madera en las patas traseras para evitar que saltasen o corriesen. Algunos granjeros incluso cortaban algunos tendones de las patas de sus trabajadoras. Otros recortaban las alas de pollos, pavos y gansos para evitar que volasen e, incluso, otros cegaban a los animales utilizando "una aguja de tejer al rojo vivo". Si estas medidas fallaban, había implementaciones adicionales. Se construyeron perreras locales para las capturadas. Las marcas en orejas o con hierro candente se usaban cada vez más como formas de identificación y los aros en la nariz impedían a los fugitivos, especialmente a los cerdos, excavar en los campos locales. De manera significativa, a finales del siglo XVIII la mayoría de distritos y municipios coloniales aprobaron leyes requiriendo la utilización de muchos de estos artilugios[36].

Para controlar los comportamientos más peligrosos se desarrollaron otros métodos preventivos. Artilugios primitivos, como las espuelas, los bocados, las riendas o el látigo se perfeccionaron. Manuales sobre el arte de "domar" caballos consiguieron una gran popularidad a mediados del siglo XVI. La práctica de la castración y la esterilización también crecieron en popularidad en esa época y a mediados del siglo XIX se habían convertido en prácticas habituales. Resulta interesante que esta operación no solo privaba de las habilidades reproductivas sino que, como recalcaban siempre sus defensores, afectaba a la fuerza y a la resistencia de los trabajadores "problemáticos". Asimismo,

la extirpación de los cuernos (o "humillación", como la consideraban sus defensores) se convirtió también en una operación habitual a mediados del siglo XIX[37].

De nuevo, si estos métodos adicionales fallaban, había una medida final que era la pena capital. Las leyes de los siglos XVII y XVIII a menudo permitían a los propietarios disparar a los intrusos y, de hecho, muchos distritos y municipios demandaban el ahorcamiento público para los animales criminales. En Lamport, por ejemplo, Thomas Isham habla de un perro que vagaba por un redil: "(...)despedazó un cordero y fue colgado por ello (y hasta nunca)". El reverendo William Bentley de Salem, Massachusetts, reflejó en su diario que "una vaca desconsiderada" tropezó con la propiedad de un granjero y fue abatida a tiros por la ofensa. John Evelyn presenció de primera mano el hostigamiento público de un caballo que había matado a su dueño. En Cornwall, a principios del siglo XIX, las gallinas que no ponían suficientes huevos eran sacudidas hasta la muerte los Martes de Carnaval. El granjero colonial Joshua Hemsptead de New London, Connecticut, resumió esta actitud y el castigo de una manera más lúcida:

> En una pequeña ejecución matamos a mi vieja vaca salvaje, que me había hecho daño cinco años atrás. El pasado mayo, corrió hacia mí y me golpeó en la boca con la cabeza y allí me arrancó 5 ó 6 dientes y otras barbaridades y lo hizo en contra de la paz, para gran desasosiego del vecindario; por ello fue sentenciada a ser disparada hasta la muerte cuando por primera vez estuvo gorda (...).[38]

La formación de una conciencia colectiva

Cuando Joseph Proudhon formalizó su concepción de la clase trabajadora, este anarquista del siglo XIX no se complicó con categorías de especies. Bajo el sistema capitalista, atestiguó que la explotación de humanos y otros animales estaba interconectada. "Así", se percataba el francés, "el caballo, que tira de nuestros carruajes y el buey que tira de nuestros carros producen con nosotros, pero no están asociados con nosotros; cogemos su producto pero no lo compartimos con ellos". "Los animales y los trabajadores a quienes empleamos mantienen la misma relación con nosotros. Sea lo que sea lo que hagamos por ellos, lo hacemos, no por un sentido de la justicia, sino por pura benevolencia". De muchas maneras este reconocimiento de Proudhon era el resultado de una larga lucha: la lucha por los derechos de los animales[39].

La creación del movimiento por los derechos de los animales dejó un rastro por las avenidas históricas que ya hemos explorado aquí. En medio de la expansión de los centros urbanos, cuando la explotación animal no sólo era más visible sino que también aumentaba rápidamente, nuestra historia empieza en un mundo que ha sido puesto patas arriba por la revolución social. Esa era la Inglaterra de la década de 1640. Los *levellers* estaban llamando a la democracia. Los *diggers* reivindicaban la distribución justa de la tierra. John Milton proclamó, de hecho, que no sólo era un derecho de la gente derrocar a un tirano, sino que era su deber. Aquí, interconectados con estas ideas, se encontraban los pitagóricos.

Pitágoras fue un eminente matemático griego de mediados del siglo VI antes de Cristo. Fue a raíz de un viaje a Persia cuando recibió la influencia de la doctrina de la transmigración, una filosofía que enseña que todas las criaturas de la tierra se hallan enlazadas proporcionalmente por la vida, la muerte, la justicia y la armonía. Así, bajo ese sistema, Pitágoras aprendió a abstenerse de comer animales muertos, una creencia que llevó consigo a Grecia. Durante las décadas sucesivas, otros europeos adoptarían esta práctica ética y, de ahora en adelante, serían llamados "pitagóricos"[40].

Durante la mitad del siglo XVII esta práctica tuvo tanta aceptación que el presbítero Thomas Edwards la añadió a la lista de "errores", "herejías" y "blasfemias" responsables de la descomposición del orden social. Edwards estaba en lo cierto. Especialmente predominante entre los familistas, los anabaptistas y los *ranters*, junto con independientes como Roger Crab, el pitagorismo desafiaba directamente a la creciente explotación de sus "semejantes" y, de este modo, se oponía al naciente sistema capitalista, un sistema que dependía de la creciente explotación de esos mismos compañeros[41].

Esta tradición ética sobreviviría a la contrarrevolución y continuaría durante el siglo XVIII. Aparecería, por ejemplo, entre los sátiros ingleses. Autores como Alexander Pope, Richard Steele, Joseph Addision y John Gay señalaron la hipocresía que conlleva el trato enfermo que damos a los animales y defendieron en su lugar las virtudes de "la ternura", "la compasión" y "la humanidad". El precoz abolicionista Benjamin Lay les tomaría la palabra. Este pensilvano no veía diferencia entre la esclavitud de humanos y la de los demás animales. Por lo tanto, no sólo

rechazó comerse a sus semejantes o vestir ropas hechas a costa de otros; por ejemplo Lay no montaba ningún caballo, desplazándose sólo a pie y cultivando su propia comida. Esta tradición también tuvo su impacto entre algunos "librepensadores" religiosos, como el jesuita Guillaume-Hyacinthe Bougeaunt, el párroco John Hildrop y el vicario Richard Dean. Éstos argumentaban que, contrariamente a las teorías de la mayoría de los científicos de la época, "las bestias y los pájaros" tienen "facultades cognitivas", tienen "un lenguaje fluido" y "serán considerados individuos en el futuro y, de algún modo, tomarán su parte de aquellos beneficios que deberán ser admitidos después del cambio universal"[42].

La siguiente eclosión de la consciencia pitagórica fue llegando durante la bulliciosa década de 1790 y se volvería más popular que nunca. Junto a otras proclamaciones de generosidad social de la misma década, como los derechos de los hombres, las mujeres y los niños, el jacobino John Oswald, por ejemplo, apelaría a la "justicia" y la "compasión" en nombre de los animales perseguidos en su obra *The Cry of Nature* (1791). El impresor y revolucionario de Bradford George Nicholson escribió *On the Conduct of Man to Inferior Animals* (1797). Joseph Ritson, un abogado anglojacobino de Londres, escribiría un poco más tarde *Abstinence from Animal Food, as a Moral Duty* (1802). La Nueva Iglesia de Manchester, una secta de swedenborgianos, adoptó el pitagorismo, así como posturas en contra de la guerra, la esclavitud y la pena de muerte. En Filadelfia, el cuáquero Joshua Evans continuó con la tradición abolicionista de Lay: hablando en contra tanto de la esclavitud de humanas como de la de no humanas.

Incluso en la medicina y la veterinaria, John Lawrence defendió "los derechos de las bestias" y el físico Thomas Young argumentó a favor de "la fundación de los *Derechos* de los animales"[43].

A principios del siglo XIX, "derechos animales*" se había convertido en un término *activo*. Las primeras leyes que reconocían los derechos de los caballos, pronto seguidos por el ganado, fueron defendidas y definitivamente aprobadas en 1821. La primera organización formal dedicada exclusivamente a la causa de los derechos animales se estableció cuatro años después: la Sociedad para la Prevención de la Crueldad hacia los Animales (SPCA). La publicación de literatura sobre la cuestión de los animales explotó en lo sucesivo, alcanzando grandes cifras. Ciertamente, en el momento exacto de la formación de la clase trabajadora, vemos la formación del primer movimiento colectivo y organizado por los derechos de los animales en la historia moderna. No era coincidencia[44].

Con el paso de los siglos, más animales que nunca estaban arando, perforando, segando y cosechando. Más estaban despepitando el algodón y moliendo. Más estaban transportando todos esos materiales por los caminos y los canales. Más estaban llevando a gente *a* y *desde*. Más estaban arrastrando y tirando de la madera. Más estaban transportando carbón. Más estaban proporcionando su carne, huevos y leche y, según incrementaba la explotación, también lo hacía la resistencia, tanto por parte de los animales trabajadores como de los humanos preocupa-

* La noción de derechos animales puede ser problemática; el autor, en el texto, la utiliza como la regulación de las condiciones laborales de un grupo de trabajadores. Tanto entonces como en la actualidad, hay quienes defienden una concepción más amplia de lo que deberían ser los derechos animales.

dos. Es más, sería un error entender estas conciencias crecientes de manera aislada. La mayoría de los pitagóricos y reformistas vieron que la explotación socioeconómica era sistémica, lo que quiere decir que los humanos y los demás animales estaban interconectados bajo este sistema y, por tanto, si se reformaba o abolía la explotación de unos, había que hacer lo mismo también para los otros. Como Edward Thompson sostenía, "toda lucha de clases es al mismo tiempo una lucha sobre los valores". Los revolucionarios, satíricos, librepensadores y abolicionistas anteriormente mencionados, de hecho, habían llegado a adoptar una mayor conciencia proletaria. La palabra clave aquí era *proletaria*. El pitagorismo no era un movimiento campesino inglés. La gente del pueblo, en esta época, todavía estaba intentando funcionar en una economía de cuasi-subsistencia, y de esta forma mantuvo sus propias formas de relación social con los otros animales. El pitagorismo más bien nació de la lucha de clases, emergiendo de la proletarización tanto de humanos como de no humanos. El activista laboralista de principios del siglo XIX, Samuel Bandford, entendió esto, ya que también defendió los derechos "del perro, del buey y del caballo". También lo hizo el cartista Thomas Cooper. El movimiento de derechos animales era parte del movimiento de la clase trabajadora, durante su formación siempre han estado vinculados. Los animales son parte de la clase trabajadora [45].

Notas bibliográficas

1. William Cobbett, *Rural Rides*, Vol. 2 (Londres: Peter Davies, 1930), 492–493.
2. Edward Topsel, *The History of Four-footed Beasts and Serpents* (Londres: E. Cotes, 1658), 466; Eileen Power, *The Wool Trade in English Medieval History* (Westport, CT: Greenwood Press, 1987), 34; Nicholas Russell, *Like Engend'ring Like: Heredity and Animal Breeding in Early Modern England* (Cambridge: Cambridge University Press, 1986), 196–197; J.M. Neeson, *Commoners: Common Right, Enclosure, and Social Change, 1700–1820* (Cambridge: Cambridge University Press, 1993). El paradigma moderno del paternalismo hacia los animales (el asumir que los animales eran incapaces de cuidarse a sí mismos) fue creado a lo largo de los siglos XVII, XVII y XIX. Asimismo, la suposición de *dog eat dog* (la ley del más fuerte) y *it must be a brutish, nasty life* (debe ser una brutal y desagradable vida) son también productos de la historia: productos que están interconectados con la creación de actitudes similares hacia ciertas culturas humanas (por ejemplo nativos americanos, africanos o campesinos europeos). De hecho, tanto para humanas como para no humanas, el propósito de esta ideología elitista es racionalizar y justificar la explotación de esta criaturas. Ver el capítulo 4 de *Animals are Part of the Working Class: Commons, Enclosure, and Resistance in the Atlantic World* de Jason Hribal (tesis doctoral, University of Toledo, 2002) para un análisis

histórico de estos paradigmas ideológicos, y ver *Peaceable Nature: An Optimistic View of Life on Earth* de Stephan Lackner (Nueva York: Harper & Row, 1984), para una visión ecológica "desde abajo" que enfatiza, por ejemplo, que la violencia sólo causó alrededor del 5% de todas las muertes en la naturaleza.

3. Robert Bakewell, *Observations on the Influence of Soil and Climate upon Wool* (Filadelfia, PA: Kimber y Conrad, 1814), 68 y 114; Robert Bakewell citado en *The Animal Estate: The English and Other Creatures in the Victorian Age* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1987) de Harriet Ritvo, 66; Roger Wood y Vitezslav Orel, *Genetic Prehistory in Selective Breeding: A Prelude to Mendel* (Oxford: Oxford University Press, 2001), 57–123.
4. John Evelyn, *Diary and Correspondence of John Evelyn*, Vols. 1 y 2 (Londres: George Bell, 1883); William Harrison, "A Description of England," en *Elizabethan England*, editado por Lothrop Withington (Londres: Walter Scott, 1979); Thomas Isham, *The Diary of Thomas Isham of Lamport* (Farnborough: Gregg International, 1971); Samuel Pepys, *The Diary of Samuel Pepys* (Londres: Harper Collins, 1995); Anita Guerrini, *Obesity and Depression in the Enlightenment: The Life of George Cheyne* (Norman: University of Oklahoma Press, 2000). Aunque antropólogos, como Nick Fiddes, han argumentado que "carne" es un símbolo perdurable universal, no me creo que estos académicos no examinasen el concepto de"carne" de manera histórica. De hecho,

proyectar la definición contemporánea de "carne" al lenguaje de culturas pasadas, cuando incluso el inglés previo al siglo XIX no definió "carne" como tal, es muy problemático.

5. Daniel Romani, Jr., "The Pettaquamscut Purchase of 1657/58 and the Establishment of a Commercial Livestock Industry in Rhode Island," en *New England's Creatures*, 1400–1900, editado por Peter Benes (Boston, MA: Boston University Press, 1995), 45–60; Daniel Defoe, *A Tour through England and Wales*, Vol. 2 (New York: E.P. Dutton, 1948), 342–345; Frederic Eden, *The State of the Poor*, Vol. 1 (Nueva York: Augustus M. Kelley, 1966), 334; Arthur Young, *General Reports on Enclosures* (Nueva York: Augustus M. Kelley, 1971), 373–375; Richard Perren, *The Meat Trade in Britain: 1840–1914* (Londres: Routledge y Kegan Paul, 1978), 1–32; I.F. Grant, *Highland Folk Ways* (Londres: Routledge y Kegan Paul, 1961), 69.
6. William Marshall, *The Rural Economy of the Midland Counties*, Vol. 1 (Londres: G. Nicol, 1790), 327–331; J. Mathews, *Remarks on the Cause and Progress of the Scarcity and Dearness of Cattle* (Londres: M. Ritchie, 1797); Ritvo, 45–81.
7. De Latocnaye, *A Frenchman's Walk through Ireland, 1796–7*, traducido por John Stevenson (Belfast: Blackstaff Press, 1984), 85; Cobbett, Vol. 3, 894–896 y 892.
8. Frederick Law Olmsted, *A Journey through Texas* (Nueva York: Mason Brothers, 1860), 9. Significativamente, el economista R.H. Coase, autor del teorema de

Coase, tuvo su comienzo intelectual con el trabajo de los cerdos, ver por ejemplo R.H. Coase and R. F. Fowler, "Bacon Production and the Pig-cycle in Great Britain", *Economica 6* (Mayo de 1935), 142-167.

9. Sara Rath, *The Complete Pig* (Stillwater, MN: Voyageur Press, 2000), 122.
10. Siegfried Giedion, *Mechanization Takes Command: A Contribution to Anonymous History* (Londres: W.W. Norton, 1969), 212–213; Upton Sinclair, *The Jungle* (Nueva York: Grosset and Dunlap, 1905), 41.
11. Citado en E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (Nueva York: Vintage Books, 1966); Perren, 3; Thompson, al igual que Eric Hobsbawn ha evaluado el nivel de vida de los trabajadores ingleses durante la Revolución Industrial en función del volumen del consumo de carne. Sin embargo, no todos los individuos de esta época, incluyendo los tejedores de Lancashire, estaban de acuerdo con esta valoración. Ver la última sección de este ensayo para ejemplos.
12. William Petty, *The Political Anatomy of Ireland* (Shannon: Irish University Press, 1970), 52–53.
13. Horatio Townsend, *Statistical Survey of the County of Cork* (Dublin: Graisberry and Campbell, 1810), 579; G.E. Fussell, *The English Dairy Farmer, 1500–1900* (Nueva York: Augustus M. Kelley, 1966), 17–18, 136, 62–63, 24, 28–29 y 302.

14. Fussell, 143 y 307–308; Ralph Selitzer, *The Dairy Industry in America* (Nueva York: Dairy and Ice Cream Field, 1976), 34–37; T.R. Pirtle, *The History of the Dairy Industry* (Chicago: Mojornier Brothers, 1973), 169.
15. Antoine Ferchault de Réaumur, *The Art of Hatching and Bringing up Domestic Fowls by means of Artificial Heat* (Londres: Impreso para C. Davis, 1750); Giedion, 249.
16. Loyl Stromberg, *Poultry of the World* (Ontario: Silvio Mattacchione, 1996); John Skinner (editor), *American Poultry History, 1823–1973* (Madison: American Printing, 1974); T.B. Miner, *Miner's Domestic Poultry Book: A Treatise on the History*.
17. Jennifer Tann, "Horse Power, 1780–1880," en *Horses in European Economic History: A Preliminary Canter*, editado por F.M.L. Thompson (Reading: The British Agricultural History Society, 1983), 22.
18. Young, 218.
19. Cobbett, Vol. 1, 233; *Jethro Tull, Horse-Hoeing Husbandry* (Londres: Impreso por A. Millar, 1733).
20. Geidion, 146–161.
21. Charles Vancouver, *The General View of the Agriculture of Hampshire* (Londres: Impreso por R. Phillips, 1810), 83; Keith Chivers,"The Supply of Horses in Great Britain in the Nineteenth Century,"en F.M.L. Thompson (editores), 34; *The Courier*, 8 de noviembre de 1807, en *News From the English Countryside, 1750–1850*, editado por Clifford Morsley (Londres: Harrap, 1979),

174; E.J.T. Collins, "The Farm Horse Economy of England and Wales in the Early Tractor Age, 1900–40," en *F.M.L.* Thompson (editores), 85.

22. Tann, 23; John Storck y Walter Dorwin, *Flour for Man's Bread: A History of Milling* (Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 1952), 71–92.
23. John Carroll, *The Timber Economy of Puritan New England* (Providence: Brown University Press, 1973), 93; Richard Dunn, *Sugar and Slaves: The Rise of the Planter Class*.
24. Karen Britton, *Bale O'Cotton: The Mechanical Art of Cotton Ginning* (College Station, TX: TexasA&M University Press, 1992), 10–11, 20, 25, 37 y 48–49; S.D. Chapman, *The Cotton Industry in the Industrial Revolution* (Londres: MacMillian, 1987), 72.
25. Richard Hills, *Power in the Industrial Revolution* (Nueva York: Augustus M. Kelley, 1970), 33, 55, 67 y 92; R.S. Fitton and A.P. Wadsworth, *The Strutts and the Arkwrights, 1758–1830: A Study of the Early Factory System* (Manchester: Manchester University Press, 1958), 64, 82 y 199; Tann, 23–26.
26. Joan Thirsk, *Horse in Early Modern England: For Service, For Pleasure, For Power* (Reading: University of Reading, 1978), 5; Evelyn, Vol. 2, 30, 68–69 y 120; Gervase Markham, *Markham's Maister Peece* (Londres: Imprint by W. Wilson, 1656); Markham, *The Perfect Horseman* (Londres: Impreso por Humphrey Mosely,

1656); Chivers, 34; *The Salisbury y Winchester Journal*, 21 de julio, 1771, en Morsley (editor), 74–75; *The Glocester Journal*, Agosto.

27. Eric Pawson, *Transport and Economy: The Turnpike Roads of Eighteenth Century Britain* (Londres: Academic Press, 1977), 122 y 137; John Copeland, *Roads and their Traffic, 1750–1850* (Nueva York: Augustus M. Kelley, 1968), 62; Albert Rose, *Historic American Roads* (Nueva York: Crown, 1976); Cobbett, Vol. 2, 566; Peter Kalm, *Kalm's Account of his Visit to England on his way to America in 1748*, traducido por Joseph Lucas (Londres: MacMillan, 1892), 24.
28. Chivers, 33; Copeland, 88 y 118; James Winter, *London's Teeming Streets, 1830–1914* (Londres: Routledge, 1993), 118.
29. Charles Hadfield, *The Canal Age* (Nueva York: Frederick A. Praeger, 1968); Hadfield, *British Canals: An Illustrated History* (Londres: David and Charles, 1984); L.T.C. Rolt, *Navigable Waterways* (Londres: Longmans, Green, 1969).
30. Tann, 28; Britton, 100.
31. Eden, 334; John Benson, *British Coal Miners in the Nineteenth Century: A Social History* (Nueva York: Holmes and Meier, 1980), 6–7 y 144; Tann, 26.
32. Donald MacKay, *The Lumberjacks* (Nueva York: McGraw-Hill, 1978).
33. Peter Kalm, *Travels into North America*, traducido por John Forster (Barre: The Imprint Society, 1972), 110; Richard Parkinson, *A Tour in America in 1798, 1799,*

and 1800, Vol. 1 (Londres: Impreso para J. Harding, 1805), 40 y 291; Gilbert White, Natural History of Selborne (Londres: Humphrey Milford, 1937), 194; Timothy Dwight, Travels in New England and New York, Vol. 1 (Cambridge: Belknap Press, 1969), 273. La palabra antroporformismo originalmente se refería a atribuir cualidades o características humanas a una deidad. Los egipcios, griegos y romanos adoraban a dioses/diosas que tenían diferentes formas humanas/no humanas. En el siglo IV, la definición cambió a atribuir cualidades humanas a cualquier cosa irracional o impersonal. El cristianismo estaba comenzando a ser la religión dominante del Imperio Romano. Así, en adelante cualquier secta que se sostuviera en creencias paganas pasaba a estar considerada como una amenaza directa a la autoridad y normas del Estado. Para justificar la marginación y destrucción de esas religiones, ser antropomórfico se convirtió en un acto criminal. El próximo cambio en la definición no se dio hasta después de otros 15 siglos, a pesar de que su concepción y propósito era muy similar. Esto fue a mediados de 1800, cuando el movimiento de derechos por los animales se había convertido en una fuerza importante a tener en cuenta. Los más destacables eran los antiviviseccionistas, que no sólo estaban influyendo en la opinión pública sino que también estaban ganando conversos dentro de la comunidad médica. Por tanto la élite científica establecida tuvo un serio problema en sus manos. Como muchos, su trabajo dependía directamente de la explotación de otras

criaturas. De hecho, ¿cómo iban a justificar la experimentación animal a un público que tenía sólo imágenes de criaturas torturadas en su cabeza? Bueno, una de las respuestas fue el antroporformismo. Lo impersonal y lo irracional ahora eran los animales. Por tanto mientras los científicos no tenían un estudio real o pruebas sobre el asunto (no más que la iglesia romana), la afirmación sonaba bien y razonable. Los antiviviseccionistas ahora podían ser pintados como delirantes bufones; mientras que los científicos como representantes de la verdad.

34. Para ejemplos ver Terry Jordan, *North American Cattle-Ranching Frontiers* (Albuquerque, NM: University of New Mexico, 1967), 66, 70, 77 y 93; *Jopson's Coventry Mercury*, 5 de mayo, 1760, en Morsley (editor), 41; Timothy Nourse, *Campania Foelix* (Nueva York: Garland, 1982), 26–27 y 62–65; Samuel Sewall, *The Diary of Samuel Sewall*, Vol. 1 (Nueva York: Farrar, Straus y Giroux, 1973), 11 y 144; William Stephens, *The Journal of William Stephens*, 1741–3, editado por E.M. Coulter (Atenas, GA: University of Georgia, 1958), 68–69, 189, 195 y 207. Las tres revistas, William Byrd, *William Byrd's Histories of the Dividing Line betwixt Virginia and North Carolina* (Nueva York: Dover, 1967), Charles Woodmason, *The Carolina Backcountry on the Eve of the Revolution*, editado por Richard Hooker (Chapel Hill: The University of North Carolina, 1953), y J.H. St. John de Crevecoeur, *Letters for an American Farmer and Sket-*

ches of Eighteenth-Century America, editado por Albert Stone (Nueva York: Penguin, 1981), tienen abundantes descripciones de cimarrones.

35. Para ejemplos ver, Samuel Pepys, *The Diary*, Vol. 1, 73; *Oliver Heywood, The Rev. Oliver Heywood, 1630–1702*, Vol. 1 (Brighouse: A.B. Bayes, 1882), 265; *The Adams Weekly Courant*, 20 de enero, 1767, en Morsley (editor), 58; *The Reading Mercury*, 15 de agosto, 1796, en Morsley (editor), 142; *The Weekly Dispatch*, 22 de agosto, 1802, en Morsley (editor), 156; *The Weekly Register*, 8 de junio, 1823, en Morsley (editor), 223; T*he Windsor and Eton Express*, 14 de febrero, 1833, en Morsley (editor), 255. Finalmente, Judith Adkins, en *Bodies and Boundaries: Animals in the Early American Experience*, (tesis doctoral, Yale University, 1998), explora la vida de dos granjeros americanos coloniales, y sus diarios están literalmente llenos de tales descripciones de resistencia.
36. Neeson, 134–150; Ruth Herndon, "'Breachy' Sheep and Mad Dogs: Troublesome Domestic Animals in Rhode Island, 1750–1800," en *New England's Creatures*, 66; Kalm, *Travels*, 51, 89 y 111; de Crevecoeur, 266; Adkins, 36; Jordan, 49–51; Robert Malcolmson and Stephanos Mastoris, *The English Pig: A History* (Londres: The Hambledon Press, 1998), 78–79.
37. Ver las diferentes obras de Markham sobre entrenamiento de caballos. Uno de los trabajos más recientes que habla acerca de las operaciones actuales de castración y esterilización es el de John Crowshey, *The Good-Husbands Jewel* (Londres: Impreso por N. Ekins, 1636).

Aunque realmente no es hasta mediados y finales del siglo XIX cuando se pueden encontrar tratados sobre la materia, ver la obra de A. Liautard, *Animal Castration* (New York: William Jenkins, 1884); o la de Frederick Hobday, *The Castration of Cryptorchid Horses and the Ovariotomy of Troublesome Mares* (Nueva York: W.R. Jenkins, 1903); la de H.H. *Haaff, Haaf's Practical Dehorner; O, Every Man his own Dehorner* (Chicago: Clark and Longley, 1868).

38. E.P. Evans, *The Criminal Prosecution and Capital Punishment of Animals* (Nueva York: Dutton, 1906); Herndon, 68; Kalm, *Kalm's Account*, 114; Stephens, 69, 189, 195 y 207; Isham, 81; William Bentley, *The Diary of William Bentley*, Vol. 1 (Gloucester: Peter Smith, 1962), 314; Evelyn, Vol. 2, 30; Morsley (editor), 195; Adkins, 23.
39. Pierre J. Proudhon, *What is Property? An Enquiry into the Principle of Right and of Government* (Nueva York: Howard Fertig, 1966), 232–233.
40. David Fideler (editor), *The Pythagorean Sourcebook and Library*, traducido por Kenneth Guthrie (Grand Rapids: Phanes Press, 1987).
41. Thomas Edwards, *Gangraena* (Londres: Impreso por Ralph Smith, 1645/6), 20–21, 26–28, 34, 67 y 79–80; Jacob Bauthumley, *The Light and Darksides of God* (Londres: Impreso por William Learner, 1650), 3; Andrew Hopton (editor), *The Declaration of John Robins and Other Writings* (Londres: Aporia Press, 1992); Lodowick Muggleton, *The Acts of Witnesses*,

editado por T.L. Underwood (Nueva York: Oxford University Press, 1999), capítulos. VII–X; Roger Crab, "The English Hermit; Or, Wonder of his Age" en *The Harleian Miscellany*, Vol. 6 (Londres: Impreso por Robert Dutton, 1810), 390–405; Thomas Tryon, *Some Memoirs of the Life of Mr. Tho. Tryon* (Londres: Impreso por T. Sowle, 1705).

42. Alexander Pope, *The Guardian*, editado por John Stephens (Lexington: University Press of Kentucky, 1982), No. 61; Richard Steele, *The Tatler* (Filadelfia: J.J. Woodward, 1831), 252–253; Joseph Addison, *The Spectator*, Vol. I, editado por Donald Bond (Oxford: The Clarendon Press, 1965), 489–497; John Gay, *Fables* (Barre: Imprint Society, 1970), 28–29; Robert Vaux, *Memoirs of the Lives of Benjamin Lay and Ralph Saniford* (Filadelfia, PA: Solomon Conrad, 1815); Guillaume-Hyacinthe Bougeant, *A Philosophical Amusement upon the Language of Beasts and Birds* (Londres: Impreso por T. Cooper, 1739), 4; John Hildrop, *Free Thought upon the Brute-Creation, Letter 2* (Londres: Impreso por R. Minors, 1742), 72; Richard Dean, *An Essay on the Future Life of Brutes*, Vol. 2 (Manchester: Impreso por J. Harrop, 1767), 2.

43. John Oswald, *The Cry of Nature; Or, An Appeal to Mercy and to Justice on Behalf of the Persecuted Animals*, editado por Jason C. Hribal (Lewiston: The Edwin Mellen Press, 2000); George Nicholson, *On the Conduct of Man to Inferior Animals* (Manchester: G. Nicholson, 1797); Joseph Ritson, *An Essay on Abstinence from*

Animal Food, as a Moral Duty (Londres: Richard Phillips, 1802); Joseph Metcalfe, *Memoir of Rev. WM Metcalfe*, M.D. (Filadelfia, PA: J.B. Lippincott, 1872); Joshua Evans,"Journal of Joshua Evans" en *Friend's Miscellany*, Vol. 10 (Filadelfia, PA: J. Richards, 1837); John Lawrence, *A Philosophical and Practical Treatises on Horses, and on the Moral Duties of Man Towards the Brute Creation*, Vol. 1 (Londres: Impreso por T.N. Longman, 1796), 119; Thomas Young , *An Essay on Humanity to Animals* (Londres: Impreso por T. Cadell, 1798), 2.

44. Para descripciones de estas leyes del SPCA ver Richard Ryder, *Animal Revolution: Changing Attitudes towards Specieism* (Oxford: Basil Blackwell, 1989), 83–92. Para la popularización de "root-eating" durante principio del siglo XIX, ver H. Wyndham, William Lambe, *M.D.: A Pioneer of Reformed Diet* (Adelphi: London Vegetarian Society, 1940); John Newton, *A Return to Nature; Or a Defense of the Vegetable Regimen* (Londres: Impreso para T. Cadell, 1811); Percy Shelley, "A Vindication of Natural Diet" en *Shelley's Prose*, editado por David Clark (Albuquerque, NM: University of New Mexico, 1954). Para la literatura divulgativa más interesante del momento ver la investigación sobre las vidas emocionales de los animales de Joseph Taylor: *The Wonders of the Horse* (Londres: Impreso por Darton, 1808); Taylor, *Ornithalogia Curioso: Or, the Wonders of the Feathered Creation* (Londres: Impreso por Lackington, Allen, 1807); Taylor, *Anecdotes of Remarkable Insects* (Londres: Impreso por Baldwin, Cradock, and Joy, 1817);

Taylor, *The General Character of the Dog* (Londres: Darton and Harvey, 1804); o ver el libro infantil: *The Hare; Or, Hunting Incompatible with Humanity* (Filadelfia: Johnson, 1802).

45. Samuel Bamford, *The Autobiography of Samuel Bamford, Vol. 1* (Londres: Frank Cass, 1967), 39–40; Thomas Cooper, *The Life of Thomas Cooper* (Nueva York: Leicester University, 1971), 393; E. P. Thompson, *The Poverty of Theory*, en *The Poverty of Theory and Other Essays* (Londres: Merlin Press, 1991), 363.

Animales, agencia* y clase: escribiendo la historia de los animales desde abajo.

Extraido de la revista Human Ecology Review, Vol. 14, No. 1, 2007.

* El autor utiliza la palabra "agency", que no suele utilizarse de esta forma en la lengua común. En psicología social se está comenzando a usar el término "agencia" como sinónimo de "empoderamiento" o para explicar la potestad de acción, pero también se pueden encontrar textos filosóficos o sociológicos en los que significa lo contrario, el actuar como instrumento de un ente externo. Aquí hemos optado por traducir "agency" como "agencia", entendiendo por el contexto que el autor se refiere a la capacidad de los demás animales para actuar de manera intencionada y elegir dar determinadas respuestas a lo que les sucede, de forma voluntaria y no como simples autómatas o agentes de un ente externo.

Este ensayo es una exploración histórica de los nexos entre los animales, la agencia y la clase. Más específicamente, busca encajar la agencia de caballos, vacas, ovejas, cerdos, etc., en el proceso de escribir la historia. Este ensayo está dividido en tres secciones. La primera es una crítica del estado actual de la historiografía de los estudios sobre animales. La segunda, Un producto de una negociación no escrita*, considera el modo en que los animales han dado forma por sí mismos a sus propias vidas y a su trabajo. La tercera,* La evolución del vegetarianismo y los derechos animales*, explora cómo se desarrollaron las relaciones de clase entre humanas y otros animales. Además, esta sección demuestra cómo esta solidaridad llevó entonces a la creación del cambio social.*

Introducción

> Estas son las mulas más diabólicas que he visto jamás. Destrozan todo, se comen los árboles y las vallas y han estado a punto de matar a la mitad de mis hombres. ¿Has pensado en llevártelas pronto? Si me quieres, hazlo.

Correspondencia entre un asistente del intendente y el intendente del Ejército de la Unión (1862).

En la década de 1880, William Hornaday, el prolífico colector de animales para los museos americanos, se encontraba viajando al sureste de Asia para una expedición. Mientras atracaba en Irlanda fuera de Belfast, compró varios burros a un residente local, ya que quería sus esqueletos para una exhibición. El hombre mató a los burros en una cuneta y Hornaday comenzó a despellejarlos y destriparlos. Sin embargo, pararon cuando varios campesinos católicos entraron en escena. Un miembro del grupo, afectado por el asesinato y desmembramiento de una de sus semejantes, exclamó: "¿Acaso Jesucristo no montó una vez en burro?" y el grupo entero se abalanzó furioso sobre Hornaday y el vendedor de burros. De hecho, Hornaday tuvo que buscar refugio en una cabaña cercana, y sólo consiguió escapar con vida cuando se llamó a soldados armados para ayudarle a desaparecer del distrito (Hornaday 1887,3; Dolph 1975, 141-3). Este conservacionista americano aprendió que las humanas pueden tener perspectivas diferentes y, a menudo, divergentes cuando se refiere a otros animales. Para los campesinos, los burros podían

ser una propiedad, podían ser comprados y vendidos, podían trabajar. Había varias reglas y regulaciones sobre qué, dónde, cuándo y cómo vivían y trabajaban estos animales. Había castigos para los malos comportamientos. Había sadismo por placer. Sin embargo, estas criaturas no eran tratadas estrictamente como bienes, máquinas, o artefactos a descuartizar a su antojo. Existía una relación íntima entre campesinos y burros. Las burras tenían nombres. Tenían género (era él/ella y no "eso/cosa"). Tenían inteligencia y raciocinio. Tenían su personalidad individual y única. Tenían espíritu. Tenían sus propios derechos consuetudinarios reconocidos. Participaban en festivales. Durante el Día de Mayo y la Fiesta de la Cosecha los burros, junto con las vacas, caballos y bueyes, eran adornados con flores y guirnaldas. La vida animal individual tenía un valor separado y fuera de su producción y reproducción. Jesús una vez montó en la espalda de un burro. El burro era un miembro integrado y activo del *habitus*[*] irlandés. Se trataba de una perspectiva desde abajo.

Para William Hornaday, las burras eran una propiedad. Eran vistas y tratadas como un bien para vender, tecnología para energía, objetos de exhibición o sujetos para conservar. En términos antropológicos, la relación entre Hornaday y el burro no era *emic*[**] (como con los campesinos) sino *etic*. Hornaday estaba fuera del mundo de las burras. Había una división distintiva y

---

* El *habitus* es un concepto introducido por Aristóteles y ampliamente desarrollado por Bourdieu, que viene a significar el conjunto de creencias, esquemas mentales y actitudes que comparten la mayoría de quienes integran un grupo social.

** *Emic* y *etic* son dos conceptos originarios de la lingüística, cuyo uso se popularizó en los estudios etnográficos y de etnolingüística. Se utiliza *emic* para

significativa entre los humanos y otras criaturas. Los animales no tenían una forma independiente de agencia. No se merecían derechos colectivos. Sus vidas tenían poco o ningún valor fuera de su servicio a la humanidad. Ésta era una perspectiva desde arriba.

Este enfrentamiento de perspectivas desde arriba y desde abajo nos proporciona a quienes estudiamos la historia de los animales una importante y necesaria lección. Ha habido una inquietante tendencia dentro del mundo académico en las pasadas dos décadas, especialmente en humanidades, ciencias sociales y estudios culturales, de igualar erróneamente la historia social con la historia vista desde abajo. A muchas individualidades les gusta discutir la agencia y la clase como teorías, pero pocos han aplicado estas dos formas de análisis dentro de sus trabajos. Se cita mucho a E.P. Thompson; sin embargo, su metodología actual no se ha empleado. En otras palabras, si una estudiante está estudiando figuras históricas no representadas o infrarrepresentadas (tales como mujeres afroamericanas, campesinos irlandeses u otros animales) entonces, por defecto, se supone que estos estudiantes estudian la historia bajo la perspectiva de estas mismas figuras. Esto es incorrecto. Aunque durante algún tiempo era verdad que la historia social se podía hacer desde abajo, estas dos aproximaciones no son sinónimas. De hecho, su solapamiento es muy raro.

Esta confusión es notablemente predominante en los estudios animales. Volúmenes recientes de una colección de ensayos,

---

describir el punto de vista del nativo, de quien observa algo desde dentro del contexto y *etic* para el punto de vista del extranjero, de quien ve algo desde fuera sin compartir el contexto.

tales como *Representing Animals* (2002), *The Animal-Human Boundary* (2002) y *Animals in Human Histories* (2002) están llenos de este tipo de confusiones. Por ejemplo, el popular libro de Erica Fudge *A Left-HandedBlow: Writing the History of Animals* (2002), no hace distinción entre historia social e historia desde abajo. Se discute la agencia como teoría, pero no se aplica en la práctica. Los agentes (por ejemplo los animales) se disipan en una vacante, una categoría teórica. Ésta es una visión desde arriba.

La historia desde abajo no es una teoría. Es una metodología o forma de análisis que se puede aplicar al estudio de grupos históricamente no representados. Su foco principal se centra en dos factores interconectados: agencia y clase. La agencia se refiere a las habilidades de las minorías para influir en sus propias vidas, por ejemplo, la habilidad de una vaca para influenciar y guiar su propia vida. La clase se refiere a los diferentes tipos de relación que pueden darse entre figuras históricas; por ejemplo, entre una vaca lechera y su dueña o entre una vaca lechera y sus compañeras productoras de leche. Su interconexión surge del descubrimiento de las investigadoras sobre cómo la combinación de los factores de la agencia y la clase han moldeado el proceso histórico por completo. Por tanto, estudiar simplemente la historia de las vacas no significa que los sujetos históricos, de repente y sin esfuerzo, pasen a ser actores.

Podemos tomar como ejemplo el libro de Harriet Ritvo, *Animal Estate: The English and Other Creatures in Victorian England* (1987); el de Nigel Rothfels, *Savages and Beasts: The Birth of the Modern Zoo* (2002); el de Louise Robbins, *Elephant Slaves and Pampered Parrots: Exotic Animals in 18th Century*

Paris (2002) o el de Virginia Anderson, *Creatures of Empire: How Domestic Animals Transformed Early America* (2004). Dentro de sus trabajos, estos autores insertan un grupo minoritario, en este caso otros animales, en varias historiografías donde, de antemano, estos personajes apenas existían. No son activos ni como trabajadores, ni como prisioneros, ni en su resistencia a obedecer. Más bien, los animales son presentados como personajes estáticos que durante el tiempo han sido utilizados, expuestos y han sufrido abusos por parte de los humanos. Aparecen como objetos, vacíos de cualquier sustancia real.

Una aproximación comparable se ha llevado a cabo en el campo de la historia de la tecnología. En los estudios sobre el caballo realizados por Clay McShane y Joel Tarr (1997, 2003); en estudios tales como *Industrializing Organisms: Introducing Evolutionary History* (2004), o el de Roger Horowitz *Putting Meat on the American Table: Taste, Technology, Transformation* (2005), los animales son ciborgs o máquinas vivientes. Según estos estudios, el caballo, la vaca o el pollo pudieron haber trabajado duro; resistiéndose en ocasiones, produciendo energía, leche y carne; pero no está demostrado cómo la yegua, la vaca o el pollo fueron trabajadoras, moldeando su propio destino y convirtiéndose en parte de la clase trabajadora. Los animales pueden ser teorizados como actores, pero no se demuestra que sean actores. En su lugar, aparecen como una herramienta o forma de tecnología que durante siglos ha sido utilizada y manejada por los humanos.

En el campo de estudios medioambientales, el método ha sido similar. Consideremos dos títulos recientes: *The Destruction of the Bison: An Environmental History, 1750-1920* (2000) de

Andrew Isenberg, y *Vicious: Wolves and Men in America* (2004) de Jon Coleman. En éste, el bisonte y el lobo están presentes en la evolución de la historia: desde los efectos de la introducción de la agricultura europea hasta las actitudes de alejamiento hacia estas criaturas. Pero estos dos animales permanecen en un segundo plano. Cada autor detalla los numerosos métodos que se utilizaron para matar y exterminar a estas criaturas que además permanecen como víctimas estáticas. Cada uno de los autores proporciona una lección biológica en sus respectivos sujetos. Pero estas lecciones no están vinculadas a la narrativa aún. Un autor toca brevemente las adaptaciones hechas por el lobo en respuesta a las actividades humanas, aunque estas adaptaciones no están estudiadas.

Incluso dentro de la historia de la defensa animal y el vegetarianismo, los animales tienen un papel muy pequeño o incluso nulo en la creación y desarrollo de los eventos históricos e instituciones. En monográficos como *Reckoning with the Beast: Animals, Pain, and Humanity in the Victorian Mind* (1980) de James Turner, *Man and the Natural World: A History of the Modern Sensibility* (1983) de Keith Thomas, *Shelley and the Revolution in Taste: the Body and the Natural World* (1995) de Timothy Morto, o *Animal Rights: Political and Social Change in Britain since 1800* (1998) de Hilda Kean, se retrata a los otros animales como inútiles y sin voz. Yeguas, vacas y cerdas pueden existir en la foto global de estos tiempos y lugares particulares; pero los autores están más preocupados en considerar el trato dado a estas criaturas que en las circunstancias que dieron lugar a éste. Más allá de la llamada a la compasión, los animales simplemente no poseen la habilidad de crear cambio social.

La historiografía de los estudios animales ha sido desempeñada casi exclusivamente a través de la perspectiva de William Hornaday, una perspectiva desde arriba[2]. Realmente se ha convertido en una triste situación cuando tantos títulos de libros y ensayos contienen la palabra “criatura” o “animal” en ellos, y, aun así, en las páginas de estos textos, las criaturas o animales apenas existen. De hecho, este campo de disciplina relativamente nuevo ha alcanzado una etapa crítica y más precaria en su desarrollo, dado que esta visión dominante desde arriba no sólo ha causado daño a los animales que estudiamos en el pasado, sino también ha levantado obstáculos en las relaciones que buscamos establecer con los animales en el presente. Pero este no tiene por qué ser el caso. Una perspectiva diferente, una desde abajo, puede conseguirse si intentamos obtener un mejor entendimiento del nexo entre agencia, clase y la historia de otros animales. ¿Cómo han sido agentes históricos los animales? ¿Cómo han creado y moldeado relaciones de clase? ¿Cómo están cada una de estas categorías interrelacionadas en términos de cambio social?

Un producto de una negociación tácita

> “Las vacas irlandesas,” tal como explicaba el viajero del s.XVIII Fynes Moryson (1904, 231), “son tan tercas, que muchas veces no pueden ser ordeñadas por nadie excepto por una mujer determinada, cuándo, cómo y por quién la vaca elija. En efecto, cuando estas vacas deniegan su leche al estar enfadadas, las mujeres lavan sus manos en sus excrementos y acarician suavemente sus ubres. De hecho, ponen sus manos en su cola

> y con sus bocas soplan en sus colas. De esta manera, como hechizándolas, pueden sacar leche de ellas. En efecto, estas vacas parecían tan rebeldes con sus dueños como la gente lo es con sus reyes".

Moryson llegó a reconocer que las vacas tenían agencia. Trabajaron y produjeron. Resistieron y lucharon. Negociaron con las humanas la realidad y los límites de su propia explotación. Los animales eran por sí mismos una fuerza en el cambio social.

Simular ignorancia, rechazar las órdenes, disminuir la velocidad, rezagarse, no trabajar sin comida adecuada, negarse a trabajar bajo el calor del día, coger descansos sin permiso, rechazar las horas extra, quejarse, robar abiertamente, robar en secreto, rechazar nuevas tareas, falsa sumisión, destrucción de equipo, fugas y confrontaciones directas, eran las acciones a las que el antropólogo James C. Scott llamó "armas de los débiles" (1987). Por tanto, mientras raramente se organizaban para su concepción o desempeño, estas acciones eran sin embargo bastante activas en su confrontación y ocasionalmente exitosas en los efectos deseados. Para nuestros propósitos, estas formas de resistencia diarias no han sido históricamente limitadas a la humanidad, pues muchos de los métodos previamente citados han sido utilizados por otros animales.

Los burros han ignorado órdenes. Las mulas han arrastrado sus pezuñas. Los bueyes se han negado a trabajar. Los caballos han roto equipo. Las gallinas han picoteado las manos de la gente. Las vacas han roto los dientes de los granjeros de una coz. Las cerdas han escapado de sus corrales. Los perros han robado comida extra. Las ovejas se han saltado las verjas. Además, cada

uno de estos actos de resistencia ha sido totalmente reconocido por la granjera, dueña, conductora, supervisora, o gerente como eso: actos de resistencia. El poeta del siglo XVIII Henry Needler llegó a comprender esto, dado que presenciaba acciones como ésta cada día. Escribió a un amigo, que había un caballo "que anteriormente trabaja en esta parcela, que trabajaba de manera muy diligente, hasta que escuchaba el sonido de la campana de las doce en punto". Needler remarcó que "después de eso, nada podía persuadirle a seguir. Parecía que pensara que ya había cumplido con su tarea, y estuviese decidido a que no se le impusiera nada más" (1728, 213-4). De hecho, si uno deseaba obtener una cantidad de trabajo adecuada, puntual y beneficiosa de tales criaturas, siempre debía haber cierto grado de negociación implícito.

Históricamente ha habido tres tipos de ofertas hechas por los dueños y supervisores a sus animales trabajadores para obtener producción y obediencia. El primero era un mejor trato, comida y condiciones (puede que incluso amistad). El granjero Carl Penner admitió de manera bastante honesta que "no puedes vencer la maldad de ellos [caballos y mulas]. No funciona. Pero si les tratas medianamente bien y les adulas siendo bueno y dándoles mucha comida, rápidamente aprenden quién es el jefe" (citado en McGregor 1980, 18). Mike Scorbak, un camionero de Thunder Bay, Canadá, escogió un camino similar. "Había caballos en el campo con sus cuellos en carne viva. Los chicos no les limpiaban. Yo utilicé mi propia agua para curarles con orina y les curé en dos semanas y robé avena del granero de mi jefe para darle a los caballos más sangre". "Esos caballos eran mis colegas" (citado en MacKay 1978, 116). Los mineros ingleses de la mina de carbón de Denaby "solían enviar cerveza abajo,

para ellos, para los ponis, como una especie de medicina" (citado en Benson 1980, 119). El soldado de la Guerra Civil William Meyer, cuando detallaba la muerte de su caballo, expresó este tipo de actitud:

> Me quedé de pie ahí mirándolo, viéndolo sangrar y después lloré como un niño; lloré como si hubiera perdido a un hermano; había sido mi más fiel, juguetón amigo, mi transporte más fiable y compañero por muchos meses; le cuidaba y alimentaba con lo mejor y con mis propias raciones cuando no quedaba nada más, ha sido un placer .
>
> **William Meyer citado en Gerleman 1999, 93.**

Lamentablemente, la visión de los soldados de caballería llorando por caballos heridos o muertos, incluso con las batallas aún rugiendo alrededor de ellos, no era inusual en las guerras.

El segundo tipo de oferta era lo contrario de la primera. Se levantaron setos y vallas para dificultar los escapes. Recursos primitivos, tales como yugos y algo parecido a zuecos que buscaban disminuir la posibilidad de movimiento. La espuela, el freno y bocado, el látigo y una especie de tabla con clavos causaban dolor deliberadamente. Los manuales de capacitación enseñaban el arte de 'doblegar'. Se establecían recompensas para encontrar a los fugitivos. Se construían edificaciones para mantener a los capturados. Los dueños cortaban alas, cegaban e incluso cortaban tendones de las patas. Los animales fueron castrados y esterilizados. Les cortaban los cuernos. Cada una de estas prác-

ticas fue mejorada y estandarizada. Para esos individuos que eran testarudos y simplemente no podían ser detenidos, existía un último recurso: la pena de muerte. Los insurrectos eran ahorcados hasta la muerte en las horcas del pueblo o los colgaban de sus extremidades en un árbol. Las rebeldes eran atormentadas hasta la muerte en espectáculos y festivales. Los fugitivos y autónomos eran disparados a plena vista. Éstas eran ejecuciones públicas: crueles en sus métodos, significativas en su ejemplo y con claras intenciones. La violencia social hacia los animales se institucionalizó.

Pero esto no terminó aquí, porque a su vez existía un componente ideológico en este proceso. A los animales se les consideraba "brutos" y "bestias tontas". Ni poseían género, ni inteligencia ni alma. No sentían placer o dolor. Surgía una dicotomía entre "doméstico" y "salvaje". De esta manera, aquellas criaturas que rechazaban ser controladas eran aún más criminalizadas. Rastreadores y cazadores ofrecían sus servicios especializados en la captura y matanza de estas bestias salvajes. Las capturadas eran normalmente enviadas a zoos y circos ambulantes para exhibiciones públicas, y los cuerpos de los muertos eran conservados y disecados para exposiciones públicas en museos. Los humanos se acostumbraron a ver a las criaturas como productos para intercambiar, especímenes para coleccionar, tecnologías para utilizar o plagas que exterminar.

La tercera oferta no era una oferta en absoluto. Más bien, era el final de las negociaciones, un final para el trabajo. A lo largo de los siglos XIX y XX, los caballos, bueyes, mulas y burros proletarios estaban siendo reemplazados por los motores a vapor, eléctricos y de combustible. Ya sea en las fábricas, granjas, minas,

bosques o para el funcionamiento de transportes, se dio este remplazo. Aún así, los historiadores y economistas del cambio tecnológico han tenido problemas para explicar esta transición adecuadamente. Algunos se han centrado en los pequeños detalles del análisis coste-beneficio. Sus resultados, sin embargo, no están tan claros. Otros investigadores han optado por evitar completamente este tipo de preguntas. Según la ruta del determinismo tecnológico, esta transición era simplemente una cuestión de "progreso" (para ver ejemplos de estas dos tendencias, ver Ankli 1980; Ankli y Olmstead 1981; Martin y Olmstead 1985; Olmstead y Rhode 1988, 1994; Ellenberg 2000; McKay 1976; McShaneand Tarr 1997; McShane 2001; Greene 2004). En ambos casos, la falta de una explicación adecuada se debe al hecho de que estos investigadores no han tenido completamente en cuenta dos factores primordiales (aunque no exclusivos) para este cambio tecnológico: (a) la agencia de los animales, y (b) la defensa política de las organizaciones por los derechos de los animales.

Cruzando el rio Hudson en 1827, un pasajero describió las condiciones diarias de trabajo a bordo de los ferris que funcionaban con caballos.

> Nos pasamos de largo la entrada a los muelles del este del río, a pesar del montón de juramentos proferidos y el montón de golpes dirigidos al desgastado caballo que tenía por nombre Charlie.
>
> Al final, el barquero, después de instar a sus pobres animales a que activasen los remos sin resultado alguno,

> lanzó su látigo con desesperación, propinó un sonoro golpe en las costillas al caballo que tenía más cerca y rugió, para el horror de los presentes: "¡Maldita sea tu estampa, Charlie!, ¿por qué no te levantas?"
>
> **Hall 1829, 66-9.**

Ésta era *siempre* la dificultad de trabajar con caballos, mulas, burros y bueyes. De hecho, al comprar un ferry y tener que elegir entre el modo binario de energía a vapor o animal, los operarios basaban sus decisiones en dos cuestiones (Crisman y Cohn 1998, 41, 58-9, y 73-4). La primera era el coste. La segunda era si los caballos harían o no las tareas que se necesitaban de una *manera ordenada y a tiempo,* para poder llevar un negocio que diera beneficios. En otras palabras: ¿cuál era la dificultad que conllevaba el trabajo?, ¿se podría presionar a los trabajadores?, ¿cuán amplio era el cruce?, ¿cómo de fuertes eran las corrientes?, ¿cuántos viajes diarios había que hacer? Además, ¿cuál era el diseño del barco? Algunos operarios construyeron específicamente su embarcación para mejorar los requerimientos laborales y, por consiguiente, la resistencia de los caballos. Los operarios construyeron toldos para protegerles del sol y la lluvia. Levantaron paredes para protegerles de los ruidosos pasajeros y de la vista al mar abierto. Aumentaron el perímetro de los pasillos para aliviar el dolor físico.

En las ciudades, la situación de la producción era aún más precaria. Carretillas, carrozas, carruajes, carros, tranvías y autobuses llevados por animales llenaban las calles del siglo XIX (McKay 1993; McShane y Tarr 1997, 2003; Winter 1993). Se

tardaba dos años en entrenar adecuadamente caballos y mulas urbanas para este tipo de trabajo. Para los cocheros, tres años. Los turnos duraban una media de ocho a catorce horas. La semana laboral oscilaba entre seis y siete días. A medida que la población continuó creciendo, el tráfico y la congestión fueron aumentando. A principios del siglo XX, el número de caballos y mulas trabajando en las ciudades americanas era de, aproximadamente, 35 millones (un incremento de seis veces con respecto a las cifras de principios del siglo anterior). Había más y más vehículos en las carreteras. La intensidad y el volumen de trabajo continuó acumulándose (más énfasis en la velocidad, más trabajo nocturno, mayores distancias, más carreteras, menos descansos, turnos más largos, mayores cargas, y más inicios y paradas). Este incremento en la producción dio lugar a muchos acontecimientos.

Primero, la aglomeración y las enfermedades se convirtieron en un problema. Una epizootia en 1872, que se propagó desde Toronto a la ciudad de Nueva York, cerró la industria de transporte en las ciudades del Este de días a semanas. Segundo, las tasas de accidentes, lesiones, muertes y reemplazos de trabajadoras continuó aumentando. A finales de siglo, el promedio de la vida laboral para un caballo urbano era de tres a cuatro años como máximo. Lo que agravaba la situación era el hecho de que los caballos normalmente entrenaban y trabajaban en equipos, y eso suponía un tiempo y esfuerzo considerable (al menos de forma rentable) al introducir nuevos miembros en esos equipos. Tercero, este incremento en la producción llevó al aumento de la resistencia en la parte trabajadora (mayor rechazo a obedecer, más decrecimiento, más descansos no oficiales, y mayor violen-

cia). Y, cuando consideramos que el caballo, a lo largo del siglo XIX, casi les doblaba en tamaño, los cocheros, supervisores y ciudadanos tenían aún más razones para temer a un enfadado y reacio trabajador. No era que las yeguas no pudieran trabajar más duro, rápido o por más tiempo, más bien el hecho era que ellas (al contrario que las máquinas a combustible) tenían la habilidad para negarse conscientemente a hacerlo. Finalmente, los negocios que funcionaban con yeguas (y todos los que dependían de ellas) no podían seguir tratando a sus empleadas con impunidad y exprimiendo los beneficios de cualquier manera. A mediados de este siglo, el movimiento por los derechos de los animales se convirtió en una fuerza importante a tener en cuenta.

La evolución del vegetarianismo y los derechos animales

En el transcurso de los siglos XVII, XVIII, XIX y principios del XX, un número creciente de animales estaba trabajando. Las humanas presenciaban esta agencia todos los días. Algunas participaban en ella como sus compañeras de trabajo. Algunas obtenían beneficios de ello, como era el caso de los dueños de granjas, fábricas o mercados. Pocos, si es que ninguno, podían evitar enfrentarse a ello. Bueyes, toros, vacas y cabras producían para la industria del cuero. Las ovejas para la industria de la lana. Las vacas eran las que producían para la industria de la leche, queso y mantequilla. Las gallinas para la industria de los huevos. Los cerdos, toros y vacas producían para la industria de la carne. Ésta era la labor de producción: alimentar, vestir o reproducir un constantemente creciente número de humanos con sus pieles, pelos, leche, huevos y carne.

En las granjas agrícolas había bueyes, caballos, mulas y burros, así como en ocasiones, vacas, ovejas o grandes perros que tiraban y hacían funcionar los arados, gradas, máquinas de sembrar, trilladoras, agavilladoras, prensadoras, segadoras, desbrozadoras y cosechadoras. En las minas remolcaban oro, plata, hierro, plomo y carbón. En las plantaciones de algodón y en las fábricas de hilado, movían los molinos mecánicos que limpiaban, prensaban, cardaban e hilaban el algodón. En las plantaciones de azúcar, machacaban y transportaban la caña. En los puertos, carreteras y canales, movían las carretillas, carros y gabarras de correo, mercancías y personas. En las ciudades llevaban los carruajes, tranvías, diligencias y ferris. En los campos de batalla desplegaban la artillería y provisiones, hacían las exploraciones y se encargaban de mantener cargadas las líneas de ataque. La labor de la producción era la siguiente: crear la energía necesaria para impulsar los instrumentos del capitalismo. De hecho, las transformaciones agrícolas, industriales, comerciales y urbanas modernas no eran sólo empresas humanas. La historia de la acumulación del capitalismo es mucho más que historia de la humanidad. Los libros de texto preguntan: ¿quién ha construido América? Los animales lo hicieron (Hribal 2003).

Además los animales no sólo trabajaron. También se resistieron a este trabajo y lucharon en contra de su explotación. Durante 1850, el gobierno de Estados Unidos introdujo 75 camellos en el servicio militar. Sus tareas principales eran proporcionar transporte para el equipo y personal humano. Esto fue, sin embargo, un experimento de poca duración. Los camellos se resistieron. Se negaron a cooperar y obedecer órdenes. Eran muy ruidosos en sus quejas. Escupían a sus compañeros

soldados. Mordían a sus compañeros soldados. Sus compañeros soldados aprendieron tanto a odiarles como a temerles (Essin 1997, 59-60). El ejército de Estados Unidos dejó de contratar camellos y los caballos y mulas volvieron a realizar estos servicios en estas unidades. Los camellos, en realidad, fueron los que hicieron un experimento de su trabajo. En otras palabras, esto no era un experimento. El ejército estadounidense deseaba transformar a los camellos en soldados. Fallaron. Así pues, lo que era un programa permanente se convirtió, después de eso, en un período de ensayo, una prueba, un experimento.

De hecho, a través de esta combinación de crecimiento exponencial del número de animales proletarios junto con la acumulación de la intensidad y duración de su trabajo, los tipos de resistencia diaria sólo podían crecer en su misma frecuencia. Esta lucha creciente forzó a los dueños y supervisores a negociar la utilidad y límites de esa explotación. ¿Les vas a pegar más? ¿Vas a alterarles quirúrgicamente en un intento de disminuir su resistencia? ¿Vais a inventar un aparato que busque prevenir este comportamiento? ¿Les vais a tratar mejor? ¿Os vais a rendir en intentar explotar una criatura en particular y luego pasar a otra? ¿Vais a renunciar todos juntos e intentar buscar otra ocupación o trabajo? De manera similar, el trabajo y resistencia de los animales ha influenciado a otros miembros de la sociedad humana, algunos de los cuales vieron similitudes en sus luchas contra tales formas de explotación.

El origen de los derechos animales y del vegetarianismo se sitúa dentro de la historia de este trabajo y resistencia. El origen reside en la historia del movimiento pitagórico moderno, un movimiento que se extiende desde 1640 hasta 1790. Nom-

brado por el eminente filósofo griego, los pitagóricos rechazaban explotar a otros animales. Rechazaban comer la carne y grasa de estas criaturas. Rechazaban matar a estas criaturas. Algunos no bebían leche ni nada que proviniera de la leche. Algunos no comían huevos. Algunos no usaban cuero o lana. Algunos rechazaban viajar en carruajes llevados por caballos. La motivación para realizar estas prácticas venía de dos factores: la experiencia y la educación[3].

La experiencia era la vida misma. De pequeñas, muchas de las futuras pitagóricas trabajaban en granjas. Más tarde, algunas continuaron en la agricultura. Algunas fueron soldados. Otras se familiarizaron con las plantaciones de azúcar y algodón. Otras vivían en pueblos y ciudades y trabajaban en varios comercios. En cada una de estas ubicaciones y actividades, había animales viviendo, trabajando, sufriendo, resistiendo y muriendo. A lo largo de estos siglos, el proceso del capitalismo *no* aislaba a los humanos de estas criaturas. Había una separación. Pero no era en términos de división del trabajo. Los trabajadores no eran ni distantes ni invisibles entre sí. Más bien ocurría lo contrario. Mientras la cultura europea campesina estaba siendo destruida a pedazos, ellos y sus cerdos, vacas, caballos y gallinas estaban siendo, al mismo tiempo, empujados juntos a un nuevo y altamente explosivo sistema socioeconómico. Se estaba creando una clase trabajadora; una que incluía humanos y otros animales. Esta experiencia abrió la posibilidad de la formación de un nuevo movimiento. Todo lo que se necesitaba era la chispa, y la educación la proporcionó.

La educación de los pitagóricos puede dividirse en tres períodos históricos. El primero fue durante la Revolución Inglesa. El segundo durante la Revolución Americana. El tercero y la chispa final vino con la Revolución Francesa.

El historiador Christopher Hill (1991) comparó la mitad del siglo XVII en Inglaterra con un tiempo y lugar en el que el mundo estaba patas arriba. Era una época tanto de guerra civil como de revolución social. Y esta expresión tomó muchas formas. Una de ellas fue el antinomianismo. Con la publicación y divulgación de la nueva versión del Nuevo Testamento del rey Jaime I, mucha gente leía en voz alta, escuchaba y pensaba en su religión, la iglesia y espiritualidad. Una consecuencia de este aprendizaje fue el antinomianismo o el rechazo de la ley moral y sus restricciones y limitaciones. Nada hacía más evidente este rechazo que la reinterpretación del sitio de los animales en este planeta (tanto en el sentido divino como en el mundano).

Unos pocos individuos, contrarios a la ley moral, propusieron que las vacas, gallinas y perros tenían almas espirituales, que contenían la esencia de Dios. Más aún, cada una de estas criaturas tras la muerte participaría en una nueva vida y en un renacimiento espiritual. De ahí que estos individuos razonaron, una vez más en contra de la ley moral: que los otros animales no eran bestias de la sociedad ni brutos. No eran productos para ser comprados y vendidos. No eran objetos para ser explotados a su antojo. Más bien, estas criaturas eran nuestros semejantes y eran miembros integrados de nuestra sociedad compartida (Edwards 1645, 20-1, 27-8, 34, 67, y 79; Crab 1810; Tryon 1697).

De aquellos nombres que tenemos de los primeros pitagóricos, está el del albañil de Hackney y ex-soldado, el señor

Marshall. Estaba su maestro: el predicador laico Giles Randall (Edwards 1645, 80). Estaba el sombrerero de Chesham y ex-soldado Roger Crab (Hill 1958, 303-10). Estaba el autoproclamado profeta John Robins, que era artesano del vidrio o zapatero de oficio. Estaban los seguidores de Robins: Joan Robins, Joshua Garment, Joan Garment, John Theaurau, Thomas Kerbye, Thomas Tidford, Anne Burrell, Elizabeth Sorrell, Elizabeth Sorrell Jr., Mary Vanlopp, Margaret Hoolis, Elizabeth Haygood, Joshua Beck, John King, Gabriel Smith, John Langley, William Welch, Mary Wenmore, Mary Arthinworth, y Jane Thwait (Muggleton 1999; Robins 1992; Garment 1651; Taylor 1651). Estaba el capitán Robert Norwood (Heywood 1882, 861). Estaba el joven aprendiz de sombrerero Thomas Tyron (1705). Estas personas eran, en su mayoría, trabajadores comerciales. Algunos conocían bien a los demás; otros no. Algunos eran familistas, otros eras anabaptistas, otros eran *ranters*. Cada uno tenía sus propias tradiciones de radicalismo: rechazo al Estado, a la propiedad privada y a la ley moral. Pocos o ninguno de estos individuos tenían una educación formal; sin embargo muchos de ellos habían sido autodidactas y eruditos. La mayoría eran indudablemente pobres, o indigentes, aunque uno o dos eventualmente estaba bien. Algunos eran ex-soldados. Algunas eran viudas. Algunos eran vagabundos. Eran, de hecho, estas duras experiencias de la vida dentro del entorno de esta educación revolucionaria las catalizadoras de este movimiento.

Tanto en la guerra como en el proceso laboral o en la rutina diaria de la vida de ciudad, un pequeño número de gente trabajadora empezó a identificar sus luchas con la de los animales trabajadores. Por ejemplo, Thomas Tyron dedicó una sección

entera de sus libros a la reflexión de la perspectiva de estos trabajadores. Las vacas se quejaron ante los lectores de sus batallas diarias en la producción de leche. Los bueyes describieron las arduas tareas que tenían que desarrollar en el intercambio agrícola y comercial. Las ovejas explicaron cómo los minoristas se hicieron ricos con la venta de su lana, mientras recibían muy poca compensación por su esfuerzo. Los caballos listaron los beneficios que recibieron por su esfuerzo y sudor (Tryon 1697, 333-47). De hecho, esta identificación y solidaridad señalizó el nacimiento de una consciencia colectiva. Una clase trabajadora se estaba creando a sí misma.

El segundo período que proporcionó una chispa fue la Revolución Americana y su núcleo, que era un pequeño grupo de abolicionistas cuáqueros. El mayor era Benjamin Lay, quien emigró a las Américas en 1718. Este manitas apareció para oponerse a la esclavitud nada más llegar. Sería posteriormente el autor de uno de los primeros libros dedicado únicamente al tema de la abolición: *All Slave-Keepers that Keep the Innocent in Bondage* (1737/1969). Como los pitagóricos, adoptó esta costumbre antes de irse de Inglaterra, pero no fue hasta que se mudó a Germantown, Pensilvania, cuando estas creencias y prácticas maduraron. Aquí, Lay no sólo rechazaba matar a otras criaturas, comer su carne y grasa, o usar cualquier prenda que procediera de ellos; rechazaba también cargar cualquier caballo. En su lugar, Lay subsistió principalmente a base de una dieta verde y productos lácteos. Sólo vestía con tejidos planos*. Viajaba únicamente a pie (Vaux 1815; Child 1842). Dentro de la "Comunidad de

* Tejidos planos o también llamados «de urdimbre y trama» que destacan por la sencillez de su elaboración.

los Amigos" del siglo XVIII, Lay influenciaría a una generación de individuos que llegaban para adoptar y seguir estas prácticas. Los más importantes dentro de éstos fueron el maestro de la escuela primaria Anthony Benezet, el operario de productos textiles convertido en ministro John Woolman y el predicador itinerante Joshua Evans (Brooks 1937; Woolman 1972; Cady 1965; Evans 1837).

Las razones para que se acogieran a estas costumbres fueron tres. Primero, el valor de la vida (en este caso, la creencia antinomiana de que cada criatura viviente, sea humana o vaca, tenía el valor dado por Dios que iba más allá de su producción y reproducción). En segundo lugar, estaba la necesidad (en este caso, por el crecimiento de la desigualdad y la explotación animal que estaba ocurriendo en este período de tiempo). Y tercero, por el principio cuáquero (un conocimiento enseñado pero poco practicado) de aliviar la necesidad. Ahí estaba, de hecho, el nexo entre el abolicionismo y pitagorismo.

En las descripciones de John P. Parker (1996, 49 y 61) sobre sus días atrapado en la esclavitud involuntaria, este antiguo esclavo comparó directamente el trato a otras criaturas con el que se daba a su propia gente. Los afroamericanos "(...) eran vendidos como mulas [de sus amos] para despejar sus bosques". El mismo Parker era un "animal valorado en 2.000 dólares". Y cuando se oponía a estas imposiciones, sólo era "una bestia sublevándose". La situación no era diferente para Frederick Douglass (1969, 207 y 212). "Como un animal salvaje joven trabajador, estoy sometido al yugo de una amarga y larga vida de esclavitud. Ahora vi, en mi situación, muchos puntos de semejanza con la

de los bueyes. Ellos eran propiedades, yo también; ellos iban a ser doblegados, yo también; Covey me iba a doblegar a mí, yo les iba a doblegar a ellos; doblegar y ser doblegado, así es la vida".

Cuando William W. Brown (1969, 52) recuerda: "en estas subastas, huesos, músculos, tendones y nervios de seres humanos se vendían con la misma indiferencia que un granjero vendía un caballo o una oveja en el norte", no era una comparación a la ligera. Cuando Josiah Henson (1969, 56) hablaba de ser "una bestia bruta para ser comprada y vendida", no estaba jugando con sus comparaciones. Tampoco cuando Henry Williamson (1969, 93) recuerda que "he visto gente que había escapado y era traída de nuevo atada, como una oveja, en un vagón", no estaba empatizando con las condiciones de las ovejas. Más bien, estos antiguos esclavos estaban describiendo la realidad, un hecho histórico. La explotación socioeconómica normalmente es sistémica, y la esclavitud no es sólo una condición humana.

Un poco antes de mediados del siglo XVIII los cuáqueros comenzaron a reconocer y entender estas conexiones[4]. Lay, Benezet, Woolman, y Evans fueron testigos de la esclavitud. Algunos participaron en ella, se beneficiaron de ella y luego se opusieron. A cada uno le llevó tiempo reunir el conocimiento y coraje necesarios para denunciar esto e informar a los demás sobre ello. Pero no sólo había africanos en las plantaciones y otras ciudades: había africanos, bueyes y cerdos. No sólo estaba mal tratar a los humanos de esa forma inhumana: estaba mal tratar de esa manera a cualquier criatura. Estos cuáqueros no sólo boicotearon el uso de ron y azúcar en sus protestas contra este sistema de explotación: boicotearon el uso de ron, azúcar, carne, grasa y el carruaje llevado por caballos.

La chispa final se dio con la Revolución Francesa, que estuvo llena de lecciones educativas. La primera lección está basada en las costumbres de los primeros pitagóricos, a través de sus escritos, como los trabajos de John Gay, Alexander Pope, Joseph Addison, Richard Steele, y Bernard Mandeville, que simpatizaban con la causa. Los libros de Tyron, por ejemplo, eran muy conocidos durante todo el siglo XVIII. Los cuáqueros mencionados anteriormente los leyeron. En resumen, el joven Benjamin Franklin fue convertido por ellos (Franklin 1986, 17 y 39). Muchos de los pitagóricos siguientes les estudiaron.

La segunda lección sucedió en Oriente. "Desperdigando en todos los aspectos de su vida sus creencias [hinduistas], contemplaba a todas las criaturas como semejantes" escribió John Oswald en 1791 (2000, 18), "se alegraba con el bienestar de cada animal y se compadecía con su dolor; por lo que sabía (y estaba convencido), la esencia de todas las criaturas era la misma y el padre de todos nosotros es la principal causa eterna". Oswald fue criado al final de un estrecho callejón en Edimburgo. De joven, se alistó en el regimiento de Royal Highland y fue enviado a Madrás, India. Poco después de su llegada, dejó su puesto y dedicó el siguiente año a viajar rumbo a Inglaterra. En su viaje se cruzó con los "indostánicos", los "kurdos", los "tártaros" y los "turcomanos" (Erdman 1986). Oswald vivió entre esta gente. Aprendió de ellos su lenguaje, costumbres y cultura. Estos encuentros le cambiaron para siempre. Aquí es donde Oswald se convirtió en un miembro no del hinduismo o del islamismo, sino del pitagorismo: un método dialéctico derivado de sus raíces del oeste de Europa occidental con los nuevos aprendizajes en Oriente. Esta fue una aculturación inversa.

El tercer aprendizaje se basaba en el entendimiento. Existía "la cadena de seres", según la cual la existencia de ninguna criatura, como señaló el historiador Arthur Lovejoy (1960, 207), "era meramente instrumental en el bienestar de los que están por encima en esta escala". Ciertamente existía una jerarquía en esta filosofía, pero "sin sumisión". Ningún animal "era más importante que otro". Los pitagóricos afirmaban que esto significaba que el hombre no debía "usurpar el poder, autoridad y tiranía sobre los seres libres por naturaleza e independientes" (Nicholson 1797 y 2000, 51). Los razonamientos utilitaristas, ya sea obligándoles a trabajar, utilizándoles para obtener comodidades en la vida o matándoles para producir alimentos eran insinceros y falsos. La abstinencia de la comida de origen animal era una cuestión moral. En este sentido, incluso la más pequeña de las criaturas, los insectos, no debería sufrir, ya que "la crueldad, por no decir la ingratitud de ahorcar o empalar vivos a tantos bellos seres inocentes a cambio del placer que nos ofrece la visualización de sus bonitos tonos y sus brillantes colores es abominable" (Nicholson 1797 y 2000, 98).

Estaba la lectura de los trabajos clásicos de la historia natural, como los de Plinio y San Agustín. También del siglo XVI en adelante, una acumulación de tratados y discusiones que estaban enfocados específicamente al razonamiento y lenguaje de la "creación bruta" (Harrison 1998; Serjeantson 2001). Estaba la enciclopedia de Buffon, Geoffroy y Goldsmith. Algunos de estos argumentos eran anecdóticos y filosóficos. Algunos biológicos, fisiológicos y antropológicos. En cualquier caso, estos estudios confirmaban "los esfuerzos voluntarios de la Razón en los animales y la similitud evidente de sus facultades con las de

la especie humana" (Nicholson 1797, título de la parte I). Estos esfuerzos no eran, como algunos científicos decían, una cuestión de instinto. Más bien, eran formas de inteligencia y comunicación con voluntad. Tales formas de racionalidad podían ser inferiores a las de los humanos, pero ese hecho no impedía su existencia o semejanza.

Estaba la lectura de Ovidio, Plutarco, Porfirio, George Cheyne, John Arbuthnot y Rousseau, quienes investigaron los impactos sobre la salud de una dieta basada en carnes comparada con un régimen vegetariano. Estos estudios proporcionaron la evidencia de que "la comida animal vence las facultades del estómago". Era pernicioso para el proceso entero de digestión y fermentación. En comparación, los vegetales "… proporcionan salud para el cuerpo, alegría a la mente y unen la vivacidad animal con el exaltado gusto por la vida intelectual" (Oswald 1791 y 2000, 22). El corazón late más rápido. Los órganos funcionan con más fluidez. El cuerpo vive por más tiempo. La mente está más aguda. La carne no era "natural" para la dieta humana. La carne no era necesaria para la fuerza, corpulencia o rapidez de percepción. Existían, de hecho, muchos ejemplos históricos y antropológicos de sociedades que funcionaron y prosperaron sin ella.

La última lección que se dio durante la Revolución Francesa fue la promoción de los principios de igualdad, fraternidad y libertad. Y yacían en el corazón del pitagorismo. De hecho, la mayor parte de los pitagóricos prominentes en este período eran los anglojacobinos. Estaba el escritor de la Grub-Street, miembro del Club Jacobino, y el comandante francés del Primer Batallón de Piqueros (y Piqueras), John Oswald. Estaba el

tipógrafo de Bradford y Manchester, George Nicholson. Estaba el editor del periódico republicano *Leicester Herald* Richard Phillips (Phillips 1808, 1826). Estaba el abogado de Londres, Joseph Riston (Nicolas 1833; Bronson 1938). Estaba Robert Piggot, que popularizó el *bonnet rouge* (Erdman 1986, 174). Estaba el ministro William Cowherd y su congregación de Manchester, que se separó de la principal iglesia swedenborgiana en 1791(Cowherd 1818).

Entre esta gente, la *égalité* estaba expresada tanto en términos morales como sociales. Moralmente, significaba que existía igualdad espiritual entre humanos y otros animales. La palabra "brutos" por ejemplo, era "una expresión que se debía evitar, porque se utilizaba para referirse a un ser precisamente contrario a su significado real". Eran preferibles las expresiones "compañeros animales" y "semejantes" (Nicholson 1797, 32). Esta semejanza se expresaba a través de la *fraternité*. John Oswald no sólo se preocupaba o simpatizaba con otros animales, sino que hizo de esta lucha la suya propia. Esto era solidaridad. Estos dos principios proporcionaron la base para el tercero. *Liberté* significaba que los compañeros animales merecían autonomía e independencia. No debían ser gobernados, dirigidos o conservados. Más bien debían ser libres para poder tomar sus propias decisiones; para vivir sus propias vidas.

Esta época fue testigo de la cumbre del pitagorismo y, también, del inicio de su desaparición. Su éxito se demostró con la publicación de tres libros trascendentales: *The Cry of Nature: An Appeal to Mercy and to Justice on Behalf of the Persecuted Animals* (1791), de Oswald*; On the Conduct of Man to Inferior Animals*

(1797), de George Nicholson y *An Essay on Abstinence from Animal Food,* (1802) de Joseph Ritson. Su fin comenzó con la asimilación de las costumbres en la sociedad.

Los primeros intentos de cooptación del movimiento realmente se dieron unos pocos años antes. Esto fue, como determinó la prolífica escritora de historias infantiles Sarah Trimmer (1846, 49), la promoción de la "lástima". Otros tienen diferentes nombres para esta sensibilidad. James Granger (1772), biógrafo de élite y párroco, llamó a esto "una disculpa". Humphry Primatt (1776), doctor en teología, lo consideró "compasión". Jeremy Bentham lo describió como "el dolor de la compasión" (Bahmueller 1981, 11). En cualquier caso, todo significaba lo mismo: sensibilidad y preocupación provocadas por el sufrimiento o desgracia de otros. Aunque ninguno de estos individuos decía que estaba mal explotar, matar o comer otras criaturas. Más bien, se trataba de la prevención de "dolor innecesario". Como Bentham explicó, "la pregunta no es, ¿[los animales] pueden razonar? ni ¿pueden hablar?, sino, ¿pueden *sufrir*?" (1970, 283 [énfasis del autor]).

Los animales eran bestias. Habían sido separadas de la humanidad. Estaban subordinadas a la humanidad. Era necesario que no se abusara abiertamente de ellos con sufrimiento innecesario. Los animales eran como los pobres o los niños: carecían de moral y habilidades sociales para cuidar de ellos mismos de una manera adecuada. Por lo tanto, estas criaturas debían ser rescatadas, legisladas y dirigidas. Sin embargo, "la subordinación", como describió Primatt, "es tan necesaria en la naturaleza, como en el

mundo político". Y "la bestias trabajadoras", "los esclavos más baratos que tenemos", no estaban exentas de esta explotación legal (1776, 4; 1802, 12, 38 y 39).

A finales de siglo, sin embargo, la promoción de la lástima ya no era suficiente para frenar el pitagorismo. El movimiento tuvo que negociar con la sociedad y esto se tenía que hacer de una manera más sustancial. La negociación tomó dos formas: vegetarianismo y defensa de los derechos animales.

El inicio de 1800 fue testigo de un crecimiento significativo en la aceptación social de la dieta natural o régimen vegetal. A mediados del siglo, la palabra "vegetariano" pasó a ser un término por sí mismo. La primera sociedad de vegetarianos se fundó en el Reino Unido en 1847 y la primera en Estados Unidos se fundó tres años más tarde. Pero a través de este proceso de asimilación, esta práctica perdió bastante parte de su tendencia radical. El médico William Lamb proclamó que esto era una "dieta reformada", una separación de sus raíces pitagóricas (Wyndham 1940; Newton 1811; Shelley 1954). Esto fue intencional. Tomemos al reverendo William Metcalfe como ejemplo.

En 1817, este discípulo de William Cowherd emigró a Filadelfia. Aquí, en lugar de ser acogido por la Comunidad de los Amigos, fue atacado. De hecho, en su desvinculación de los primeros cuáqueros, la sociedad exigió que Metcalf renunciara a su pitagorismo. Se negó a ello, y en 1821 publicó *Abstinence from the Flesh of Animals*. Este ensayo posteriormente influenció a dos figuras importantes en el vegetarianismo: Sylvester Graham y Bronson Alcott (Spencer 1995, 272 y 273), pero ninguna de estas dos personas tendría mucho interés realmente en el bienestar de otras criaturas. Más bien, se trataba de la salud de los

individuos. Los elementos de la disciplina social, la industria, la moderación, la austeridad, eran inherentes. De hecho, estos profesionales titularon a su diario dietético *Reforma Moral*.

En cuanto a la defensa, su desarrollo histórico fue similar. La primera llamada de los "derechos para las bestias" se dio en 1796. Fue hecha por el especialista líder en el cuidado y tratamiento médico de los caballos, John Lawrence. Dos años más tarde, el físico Thomas Young de Cambridge (1798, 2-3 y 8) apeló a la empatía para "la fundación de los derechos de los animales". Éstas eran proclamaciones para derechos políticos: proporcionar protección legal a los "animales irracionales" que tenían en cuenta tanto la "humanidad como los beneficios" (Lawrence 1796, 131). Pero estas libertades no se equiparaban de ninguna manera a la igualdad o fraternidad. En otras palabras, en un giro de la tradición pitagórica, la libertad (en este caso, derechos políticos) ahora proporcionaba la base por la que la igualdad y la fraternidad pudieran, o no, ganar fuerza. Las relaciones entre humanas y otros animales se convirtieron en una que se basaba cada vez más en la legalidad. Esta reforma era para la clase media, y los animales eran parte de la clase trabajadora.

Para finales del siglo, se comenzó a hacer campaña a favor de la legislación de defensa desde dentro del Parlamento con una frecuencia cada vez mayor. El primer reconocimiento por parte de los abogados ingleses de los derechos de los caballos, y al poco tiempo del ganado, sucedió en 1822. Estas leyes requerían empleados, bajo pena de multa, para proporcionar mayor hospitalidad, seguridad y condiciones laborales de sanidad a sus trabajadores animales. La primera organización formal dedicada únicamente a este tipo de acción política se estableció dos

años más tarde en Londres: la Sociedad para la Prevención de la Crueldad hacia los Animales. Al otro lado del Atlántico en 1866 se fundó en Nueva York la Sociedad Americana de Prevención de Crueldad hacia los Animales. A finales del siglo, cientos de instituciones similares existían por toda Europa y Estados Unidos (Harrison 1973; Ryder 1989; Kean 1998; Beers 2006).

A pesar de que estas organizaciones llevaron a cabo una gran variedad de campañas por el proletariado animal durante el siglo XIX y principios del XX, la más importante de ellas fue la campaña para proteger los derechos de los caballos y las mulas. Por ejemplo, se ponían en las calles de las ciudades bebederos públicos para los caballos trabajadores. Los hospitales y servicios de ambulancias proporcionaban atención sanitaria y transporte a las mulas heridas. Refugio, comida, agua, todas las facetas de las condiciones laborales e, incluso, la salud y bienestar de estas criaturas comenzaron a ser controladas de forma mensual a una frecuencia semanal y, posteriormente, de manera diaria. Con el tiempo, estas instituciones se hicieron más grandes, fuertes y agresivas. Las leyes locales, estatales y federales pasarían a regular la explotación y protección de los derechos de estas trabajadoras. El incumplimiento de estas leyes suponía amenazas constantes, ir a los juzgados, posibles multas e ir a la cárcel, y la mala reputación con el público en general. Fue esta resistencia combinada por parte de caballos, mulas y humanos lo que hizo que ocurriera la transición desde la energía animal a la de vapor. Esto no era progreso, era el fin de las negociaciones[5].

Conclusión

Desde su publicación, las ideas y escritos de Ernest Seton, Jack London y William Long generalmente no han sido bien recibidas por la comunidad académica. Normalmente ignoradas, ridiculizadas, o incluso convertidas en objeto de mofa, han sido acusadas de todo, desde antropomorfismo hasta romanticismo. Incluso en sus propios tiempos, estos individuos fueron etiquetados y tachados como "falsos naturalistas" por sus compañeros naturalistas (Lutts 2001). Esto era más bien un choque de perspectivas.

Tanto Seton, como London, como Long, tenían cada uno una experiencia, directa, prolongada e íntima con otros animales, especialmente aquellos no estabulados. Vivieron entre ellos. Trabajaron con ellos. Trabajaron contra ellos. De hecho, a través de estas experiencias, aprendieron que estos animales tenían la habilidad de hacer y guiar su propia historia. Esta educación cuestionó y cambió sus perspectivas. Más allá de la empatía, despertó algo dentro de ellos mismos. Un colectivo concienciado se comenzó a formar. Estas experiencias y esta educación se pudieron expresar a través de sus escrituras.

En libros tales como *Wild Animals I Have Known* (1898), *School of the Woods* (1902), *The Call of the Wild* (1903), se contaba historias ficticias sobre lobos, perros, conejos y pájaros al público en general. Aunque normalmente estas historias estaban basadas en acontecimientos y personajes reales, estas historias populares estaban adornadas. Aunque, para los autores, sus tesis y perspectivas eran reales. Los animales tienen agencia. Se puede identificar a las humanas con las luchas de estas criaturas. Se

puede crear una solidaridad entre humanos y otros animales. Esta tesis, por ejemplo, inspiró la formación del Jack London Club en 1918, una organización cuyo único propósito era la defensa de otros animales. En particular, pedían el cierre inmediato de zoos, circos y rodeos, y que los encerrados y explotados fueran liberados. Esta organización fue tan fuerte que obligó a los Hermanos Ringling, Barnun y al Circo Bailey a dejar de utilizar animales para sus actuaciones desde 1925 hasta 1929, una hazaña extraordinaria que organizaciones contemporáneas tales como PETA, HSUS o ASCPA, aún no han conseguido (Mighetto 1991, 68-70). Esto es lo que asustó y enfadó a Theodore Roosevelt, William Hornaday y John Burroughs. Esto es lo que sigue confundiendo y asustando a los investigadores actuales. De hecho, la combinación de animales, agencia y clase puede ser una fuerza importante y poderosa en la creación del cambio social.

Notas

1. Autor a quien se puede escribir:
   E-mail: *jasonchribal@yahoo.com*
2. Una excepción señalable podría ser Williams 2004.
3. Edward Thompson examinó el equilibrio entre educación y experiencia y entre intelecto y sentimientos en Thompson 1997, 23-4. Es un punto muy significativo para esta sección.
4. El historiador Donald Kelley ha argumentado que fue un crecimiento de la sensibilización sobre el ecologismo en los cuáqueros del siglo XVIII lo que proporcionó la base sobre la que la se desarrolló la preocupación por los animales. De nuevo, esta tesis niega la agencia de estas criaturas: su trabajo, resistencia y relaciones de clase. En su lugar, los animales son segregados bajo la categoría del "medio ambiente". Ver Kelley 1982, 1986.
5. Este fin de las negociaciones, tal como con los trabajadores humanos, no equivalía necesariamente a un retiro dorado. De hecho, casi nunca era así. Para una descripción de los tristes resultados de la abolición de los carros de dos ruedas en Londres, ver McMullan 1998. De hecho, cuando las últimas dos unidades de mulas de el ejército de Estados Unidos fueron desactivadas en Fort Carlson el 15 de Diciembre de 1956, hubo una pequeña ceremonia, se otorgaron los honores a dos soldados en particular, uno de los cuales era la mascota de la West

Point Academy. Pero para las otras 136 mulas no hubo honores. Fueron rápidos y silenciosos: se pusieron a la venta. Ver Essin 1997, 1.

Referencias

Anderson, V.D. 2004. *Creatures of Empire: How Domestic Animals Transformed Early America*. Nueva York: Oxford University.

Ankli, R. 1980. *Horses vs. tractors on the corn belt. Agricultural History* 54, 134-48.

Ankli, R. and A. Olmstead. 1981. T*he adoption of the gasoline Tractor in California. Agricultural History* 55, 213-30.

Bahmueller, C. 1981. *The National Charity Company: Jeremy Bentham's Silent Revolution*. Berkeley: University of California.

Benson, J. 1980. *British Coal Miners in the 19th Century: A Social History*. Nueva York: Holmes & Meier.

Bentham, J. 1970. *An introduction to the principles of morals and legislation*. En J.H. Burns y H.L.A. Hart (eds.). Londres: Athlone.

Beers, D. 2006. *For the Prevention of Cruelty: The History and Legacy of Animal Rights Activism in the United States*. Atenas: Ohio University.

Bronson, B. 1938. *Joseph Ritson: Scholar-at-Arms*. Berkeley: University of California.

Brooks, G. 1937. *Friend: Anthony Benezet*. Filadelfia: University of Pennsylvania.

Brown, W.W. 1969. *The Narrative of William W. Brown: A Fugitive Slave*. Reading, MA: Addison-Wesley.

Cady, E. 1965. *John Woolman*. Nueva York: Twayne.

Child, L.M. 1842. *Memoir of Benjamin (and Sarah) Lay*. Nueva York: American A.S. Society.

Coleman, J. 2004. *Vicious: Wolves and Men in America*. New Haven: Yale University.

Cowherd, W. 1818. *Facts Authentic in Science and Religion*.

Salford: J. Crab, R. 1810. *The English Hermit; or, Wonder of this Age.* En *The Harleian Miscellany*. Vol. 6, 390-405. Londres: Impreso por Robert Dutton.

Creager, A. and W.C. Jordan (editores). 2002. *The Animal/Human Boundary: Historical Perspectives*. Rochester: University of Rochester.

Crisman K. and A. Cohn. 1998. *When Horses Walked on Water: Horsepowered Ferries in 19th Century America*. Washington, DC: Smithsonian.

Dolph, J. 1975. *Bringing wildlife to millions: William Temple Hornaday, the early years: 1854-1896*. Tesis doctoral, University of Massachusetts.

Douglass, F. 1969. *My Bondage and My Freedom*. Nueva York: Dover.

Edwards, T. 1645. *Gangraena*. Londres: Impreso por Ralph Smith.

Ellenberg, G. 2000. *Debating farm power: Draft animals, tractors, and the United States Department of Agriculture. Agricultural History* 74, 2, 545-568.

Erdman, D. 1986. *Commerce Des Lumières: John Oswald and the British in Paris, 1790-3*. Columbia: University of Missouri.

Essin, E. 1997. *Shavetails and Bell Sharps: The History of the US Army Mule*. Lincoln: University of Nebraska.

Evans, J. 1837. *Friends' Miscellany: Containing the Journal of... Joshua Evans*. Vol. 10. Filadelfia: John e Isaac Comly.

Franklin, B. 1986. *The Autobiography and Other Writings*, editado por K. Silverman. Nueva York: Penguin.

Fudge, E. 2002. *A left-handed blow: Writing the history of animals*. En N. Rothfels (editor), *Representing Animals*, 3-18. Bloomington: University of Indiana.

Human Ecology Forum Human Ecology Review, Vol. 14, Nº1, 2007, 111.

Garment, J. 1651. *The Hebrews Deliverance at Hand*. Londres.

Gerleman, D.J. 1999. *Unchronicled Heroes: A study of union cavalry horses in the Eastern Theater; Care, treatment, and use, 1861-1865*. Tesis doctoral, Southern Illinois University.

Granger, J. 1772. *An Apology for the Brute Creation; Or, Abuse of Animals Censured*. Londres: Impreso por T. Davies.

Greene, A. 2004. *Harnessing power: Industrializing the horse in 19th century America*. Tesis doctoral, University of Pennsylvania.

Hall, B. 1829. *Travels in North America in Years, 1827-8*. Vol. 2. Edinburgh: Cadell.

Harrison, B. 1973. *Animals and the state in 19th century* England. *The English Historical Review* 88, 349, 786-820.

Harrison, P. 1998. *The virtues of animals in 17th century thought. Journal of the History of Ideas* 59:3, 463-84.

Henninger-Voss, M. (editor). 2002. *Animals in Human Histories: The Mirror of Nature and Culture*. Rochester: University of Rochester.

Henson, J. 1969. *Autobiography of the Rev. Josiah Henson*. Reading, MA: Addison-Wesley.

Heywood, O. 1882. *The Rev. Oliver Heywood, 1630-1702: His Autobiography*. Vol. 1, editado por J. Turner. Brighouse: A.B. Bayes.

Hill. C. 1958. *Puritanism and Revolution*. Londres: Penguin.

Hill, C. 1991. *The World Turned Upside Down: Radical Ideas During the English Revolution*. Londres: Penguin.

Hornaday, W. 1887. *Two Years in the Jungle: The Experiences of a Hunter and Naturalist in India, Ceylon, the Malay Peninsula, and Borneo*. Nueva York: Charles Scribner's Sons.

Horowitz, R. 2005. *Putting Meat on the American Table: Taste, Technology, Transformation*. Baltimore: John Hopkins University.

Hribal, J. 2003. *Animals are part of the working class: A challenge to labor history. Labor History* 44, 4, 435-53.

Isenberg, A. 2000. *The Destruction of the Bison: An Environmental History, 1750-1920*. Cambridge: Cambridge University.

Kean, H. 1998. *Animal Rights: Political and Social Change in Britain since 1800*. Londres: Reaktion.

Kelley, D. 1982. *'A tender regard to the whole creation': Anthony Benezet and the emergence of an 18th century Quaker ecology*. *Pennsylvania Magazine of History and Biography* 106, 1, 69-88.

Kelley, D. 1986. *Friends and nature in America: Toward an 18th century ecology*. *Pennsylvania History* 53, 4, 257-72.

Lawrence, J. 1796. *A Philosophical and Practical Treatise on Horses, and on the Moral Duties of Man towards the Brute Creation*. Vol. 1. Londres: Impreso por T.N. Longman.

Lay, B. 1737/1969. *All Slave-Keepers that Keep the Innocent in Bondage*. Nueva York: Arno.

London, J. 1903. *The Call of the Wild*. Norwood, MA: Norwood.

Long. W. 1902. *School of the Woods*. Boston: Londres, Ginn and Co.

Lovejoy, A. 1960. *The Great Chain of Being*. Nueva York: Harper Torchbooks.

Lutts, R. 2001. *The Nature Fakers: Wildlife, Science, and Sentiment*. Charlottesville: University of Virginia.

MacKay, D. 1976. *Lumberjacks*. Nueva York: McGraw-Hill.

Martin P. and A. Olmstead. 1985. *The agricultural mechanization controversy. Science* 227, 601-6.

McGregor, A. 1980. *From sheep range to agribusiness: A case history of agricultural transformation on the Columbia Plateau. Agricultural History* 54, 1, 11-25.

McKay, J. 1976. *Tramways and Trolleys: The Rise of Urban Mass Transport in Europe*. Princeton: Princeton University.

McMullan, M.B. 1998. *The day the dogs died in London. London Journal* 23, 1, 32-40.

McShane, C. and J. Tarr. 1997. *The centrality of the horse in the 19th century American City.* En Raymond Mohl (editor), *The Making of Urban America*, 2ª edición, 105-125. Wilmington, DE: Scholarly Resources.

McShane, C. 2001. *Gelded age Boston. The New England Quarterly* 74, 274-302.

McShane, C. y J. Tarr. 2003. *The decline of the urban horse in American cities. The Journal of Transport History* 24, 2, 177-198.

Metcalfe, W. 1821. *Abstinence from the Flesh of Animals*. Filadelfia, J.B. Lippincott.

Mighetto, L. 1991. *Wild Animals and American Environmental Ethics*. Tucson: University of Arizona.

Morton, T. 1995. *Shelley and the Revolution in Taste: the Body and the Natural World*. Cambridge: University of Cambridge.

Moryson, F. 1904. T*he itinerary of Fynes Moryson.* En C.L. Falkiner (ed.), *Illustrations of Irish History and Topography, mainly of the 17th Century*. Londres: Longmans, Green, and Co.

Muggleton, L. 1999. *The Acts of the Witnesses*, editado por T.L. Underwood. Oxford: Oxford University.

Needler, H. 1728. Letter to Mr. D. En *The Works of Mr. Henry Needler*. 2ª edición, 213-4. Londres: J. Watts.

Newton, J. 1811. *A Return to Nature; or, A Defense of the Vegetable Regimen*. Londres: Impreso por T. Cadell.

Nicholson, G. 1797. *On the Conduct of Man to Inferior Animals*. Manchester: G. Nicholson.

Nicolas, H. 1833. *A Memoir of the Author*. En *The Letters of Joseph Ritson*, i-lxxxi. Londres: William Pickering.

Olmstead, A. and P. Rhode. 1988. *An Overview of California Agricultural Mechanization, 1870-1930. Agricultural History* 62, 3, 86-110.

Olmstead, A. and P. Rhode. 1994. *The agricultural mechanization controversy of the interwar years. Agricultural History* 68, 3, 35-53.

Oswald, J. 1791/2000. *The Cry of Nature; Or, An Appeal to Mercy and to Justice on Behalf of the Persecuted Animals*, editado por J. Hribal. Lewiston, Nueva York: Edwin Mellen.

Parker, J.P. 1996. *His Promised Land*, editado por Stuart Sprague. Nueva York: Norton.

Phillips, R. 1808. *Memoirs of the Public and Private Life of Sir Richard Phillips*. Londres: Impreso por J. Dean.

Phillips, R. 1826. *Golden Rules of Social Philosophy*. Londres: Impreso por el autor.

Primatt, H. 1776. *A Dissertation on the Duty of Mercy and Sin of Cruelty to Brute Animals*. Londres: Impreso por R. Hett.

Primatt, H. 1802. "*A Disserta*tion" en J. Toogood (editor), *The Book of Nature*. Boston: Impreso por Samuel Hall.

Ritson, J. 1802. *An Essay on Abstinence from Animal Food, as a Moral Duty*. Londres: Richard Phillips.

Ritvo, H. 1987. *The Animal Estate: the English and Other Creatures in the Victorian Age*. Cambridge: Harvard University.

Robbins, L. 2002. *Elephant Slaves and Pampered Parrots: Exotic Animals in 18th Century Paris*. Baltimore: John Hopkins University.

Robins, J. 1992. *The Declaration of John Robins and Other Writings*, editado por A. Hopton. Londres: Aporia.

Rothfels, N. (ed.). 2002. *Representing Animals. Bloomington: University of Indiana.*

Rothfels, N. 2002. *Savages and Beasts: The Birth of the Modern Zoo.* Baltimore: John Hopkins University.

Ryder, R. 1989. *Animal Revolution: Changing Attitudes towards Speciesism.* Londres: Basil Blackwell.

Schrepfer, S. and P. Scranton (eds.). 2004. *Industrializing Organisms: Introducing Evolutionary History.* Nueva York: Routledge.

Scott, J.C. 1987. *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance.* New Haven: Yale University.

Serjeantson, R.W. 2001. *The passions and animal language, 1540-1700. Journal of the History of Ideas* 62, 3, 425-44.

Seton, E.T. 1991 [1898]. *Wild Animals I Have Known*. Nueva York: Random House.

Shelley, P. 1975. *A Vindication of Natural Diet*. Nueva York: AMS.

Spencer, C. 1995. *The Heretic's Feast: A History of Vegetarianism*. Hanover, NH: University of New England.

Taylor, J. 1651. *Ranters of Both Sexes, Male and Female.* Londres: Impreso por John Hammon.

Thomas, K. 1983. *Man and the Natural World: A History of the Modern Sensibility*. Nueva York: Pantheon.

Thompson, E.P. 1997. *Education and experience. In The Romantics: England in a Revolutionary Age*, 4-32. Nueva York: The New Press.

Trimmer, S. 1846. *Easy Introduction to the Knowledge of Nature.* Philadelphia: American Sunday School Union.

Tryon, T. 1697. T*he Way to Health, Long Life and Happiness.* 3ª edición. Londres: Impreso por H. Newman.

Tryon, T. 1705. *Some Memoirs of the Life of Mr. Tho. Tryon*. Londres: Printed by T. Sowle.

Turner, J. 1980. *Reckoning with the Beast: Animals, Pain, and Humanity in the Victorian Mind*. Baltimore: John Hopkins University.

Vaux, R. 1815. *Memoirs of the Lives of Benjamin Lay and Ralph Saniford.* Philadelphia: Solomon Conrad.

Williams, A. 2004. *Disciplining animals: Sentience, production, and critique. International Journal of Sociology and Social Policy* 24, 9, 45-57.

Williamson, H. 1969. *Interview of H. Williamson by B. Drew. In The Refugee: A North-Side View of Slavery*, 92-4. *Reading*, MA: AddisonWesley.

Winter, J. 1993. *London's Teeming Streets, 1830-1914*. Londres: Routledge.

Woolman, J. 1972. *The Journal of John Woolman. Intro. F. Tolles.* Secaucus: Citadel.

Wyndham, H. 1940. *William Lamb, M.D.: A Pioneer of Reformed Diet*. Adelphi: London Vegetarian Society.

Young, T. 1798. *An Essay on Humanity to Animals.* Londres: Impreso por T. Cadell.

Los animales son parte de la clase trabajadora, revisitado.

Extraido del periódico digital Borderlands, volúmen 11, número 2, 2012.

Los humanos buscan constantemente puntos en común entre ellos y los demás animales. Esto se hace en directa contradicción con los proverbios de la ciencia y la industria por los cuales esa forma de pensar es herética y antropomórfica. Desde temprana edad los niños de Estados Unidos son educados reiteradamente en estas normas, como estipula y estandariza el plan educativo. Los humanos son exclusivamente humanos, los demás animales son otra cosa y no busques nada en común. A pesar de todo, nunca en la historia registrada ha habido más gente haciendo todo lo contrario. Desde la popularidad de los derechos animales a los cambios en la noción de familia, que se está expandiendo para incluir a perros y gatos, las relaciones sociales que definen nuestras vidas parecen estar evolucionando rápidamente en esa dirección. ¿Por qué? El dominio capitalista sobre el periodo histórico moderno puede haber destruido mucho de lo común y su cultura, pero las relaciones sociales arraigadas en ella han persistido. La búsqueda de aspectos comunes entre los humanos y otros animales ha sido un hecho omnipresente y una práctica que va en aumento. La más fuerte búsqueda de lo común se puede encontrar en la familia, la comunidad y la clase. Este ensayo considerará la tercera en profundidad.

I

Hace cerca de una década que apareció “Los animales son parte de la clase trabajadora” en la revista *Labor History*. Desde entonces, el artículo ha sido enfrentado a las investigadoras de la tendencia hegemónica. Ha circulado, ha sido discutido y criticado. Partes de estas tesis han sido aceptadas por completo, pero otras siguen siendo eludidas y permanecen como un reto al pensamiento de la gente. En este momento, no veo razones para modificar el artículo o retractarme de sus conclusiones. Pero algunos comentarios sobre mis comentaristas, así como sobre el significativo trabajo que aborda la misma cuestión (con poca o nula referencia a mi trabajo), se han vuelto necesarios[1].

El artículo estaba basado en mi tesis, cuyos orígenes se remontan a 1998. En aquella época, tenía una pregunta básica en mi mente: ¿cuál fue el papel que los demás animales desempeñaron en el desarrollo del capitalismo? Para contestar esto, elegí centrarme en la zona del Atlántico Norte, de las Islas Británicas a las Américas. Mi primer acercamiento se basó en gran medida en las tasaciones realizadas desde el siglo XVII hasta principios del XIX. Esa fue la era del vallado masivo y de la destrucción de los bienes comunes y esas tasaciones desempeñaron un papel esencial en ese proceso.

¿Qué eran esas tasaciones? A un nivel macro, eran listas detalladas de recursos económicos: un catálogo de tierras, animales, plantas, materiales inanimados y humanos. Eran guardados en casi todos los condados de Inglaterra y sus colonias, desde Escocia a Irlanda y las Américas. Así es como funcionaba: un extraño llegaría a un distrito o a una región colonial; podría revelar desde

el principio que le pagaban por ello, desde el Consejo de Agricultura, por ejemplo, pero otras veces tenemos que adivinar sus fuentes de financiación. Entonces tasaría el área analizando los factores anteriormente citados y escribiría un informe del tamaño de un libro, que sería publicado y circularía. Esas tasaciones eran, en esencia, detallados informes económicos. Eran contemporáneos: lo que en ese momento había en esa zona en términos de recursos rentabilizables. E indicaban posibilidades económicas: lo que se podría desarrollar en el futuro. En ese sentido, estas tasaciones actuaron como la chispa y la justificación del movimiento del vallado.

A un nivel micro, las tasaciones fueron una etnografía, convirtiéndose en una ventana hacia la vida económica, social y cultural de las comunidades en una zona particular y en un periodo particular de tiempo. ¿Cómo vivía la gente corriente? ¿Cómo definían ellos las comunidades? ¿Cuáles eran las diferencias entre un municipio y otro? Estas preguntas pueden empezar a ser contestadas a través de estas tasaciones. Su papel como documentos primarios es incalculable, ya que hay pocos recursos primarios que puedan darnos este tipo de información. Por lo tanto, mientras dudo si sus autores estaban destinados a ser etnógrafos, todos sus escritos pueden ser redirigidos para otros propósitos. Para las historiadoras y antropólogas actuales, esas tasaciones describen una forma de vida que nunca más existirá.

Para mis fines, las tasaciones me permitieron un acceso a las vidas de los demás animales. Pude ver a las vacas en los campos y a los cerdos en los bosques. Pude ver cómo funcionaban las comunidades para ellos. Y pude ver cómo eran sus relaciones con las humanas a nivel social, cultural y económico. Es más,

estas tasaciones me permitieron hacer comparaciones directas entre aquellos momentos particulares en el tiempo y los cambios dramáticos que pronto llegarían o que ya habían comenzado. Esas revoluciones de las que los historiadores aman hablar, las revoluciones urbana, industrial y agrícola, se volvieron más claras y comprensibles para mí. Ahora tenía una imagen del antes, el durante y el después.

Saqué varias conclusiones. La primera, que los animales desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo del capitalismo. Ninguna de las revoluciones anteriormente citadas podrían haber ocurrido sin ellos. La segunda, que su indispensable papel fue el de trabajadores. Los animales trabajaron en las granjas, las fábricas y las ciudades. Ellos, tanto como los humanos, construyeron el mundo moderno. La tercera, que a través del proceso de las anteriormente citadas revoluciones y a través de su indispensable trabajo, los animales pasaron a formar parte de la clase trabajadora.

II

"Ningún capital", reconocía Adam Smith en *La riqueza de las naciones*, "pone en marcha más cantidad de trabajo productivo que el de un granjero. No sólo sus siervos trabajadores sino también su ganado trabajador son trabajadores productivos" (2009, p.60). Después de todo, fue el ganado el que dio a Escocia su ventaja comercial. Fue el ganado el que produjo mucha de su riqueza.

> Los trabajadores y el ganado trabajador empleados en la agricultura, por lo tanto, no sólo ocasionan, como los trabajadores en las fábricas, la reproducción de un valor igual al de su consumo o al capital que los emplea junto con los beneficios de su dueño, sino un valor mucho mayor. (Smith, 2009, p. 260).

Eso era plusvalía, y el ganado, como sus homólogos humanos, trabajaba para crearla. Los animales, reconocía Smith, eran trabajadores.

Karl Marx no estaba de acuerdo. En el segundo volumen de *El Capital* llamó la atención al economista escocés por semejante valoración. "Se puede apreciar cuán limitado está Adam Smith en su comprensión del papel de la fuerza de trabajo en el proceso de valorización en la siguiente frase, que pone el trabajo de los trabajadores al mismo nivel que el del ganado de tiro" (1992, p. 292). "Un cumplido encantador para los siervos trabajadores", añade. Marx realmente no lo entendía. ¿Cómo pudo Smith decir algo tan aparentemente irracional? Sólo las humanas podían ser trabajadoras. Sólo las humanas. Pensar lo contrario sería ridículo. En algunas ediciones, Marx, o Engels como editor, añaden una exclamación o un "(sic!)" a las correspondientes citas de *La riqueza de las naciones*, por ejemplo, "ganado trabajador (sic!)". El objetivo, aparte de pinchar a Smith por añadidura, era hacer más hincapié en el asunto.

¿Por qué no podrían los animales ser trabajadores? Para Marx eso se presuponía desde el principio. "Aquí no estamos hablando de esas primeras formas de trabajo instintivas que permanecían en el nivel animal" (1990, p. 283). El hombre cambia la forma

material de la naturaleza y se da cuenta de un propósito en ese proceso de materialización. Él modifica y manufactura con una visión y una creatividad que los otros animales no tienen. Así, cuando un pájaro construye su nido o un castor construye una presa, únicamente el instinto guía el proceso. Esas acciones no son en ningún modo comparables a las de los humanos. El trabajo es "una característica exclusivamente humana" (Marx 1990 pp. 283-4).

Eventualmente, continuaba Marx, el hombre podía domesticar animales con el propósito de hacerles trabajar, pero eso no convertía a los animales en trabajadores. Los convertía en "sustrato material", los cimientos sobre los que la superestructura humana fue construida (1990 p. 133). Los animales fueron usados como fuerza motriz o como instrumentos de trabajo en un proceso de producción guiado por humanos. Los animales se convirtieron en mercancías y en formas de capital. "Un buey, como animal de tiro, es capital fijo. Si es comido, sin embargo, no volverá a servir ni como herramienta de trabajo ni como capital fijo" (...) "Durante el proceso de engorde antes de la matanza son materia prima que eventualmente pasa a la circulación como materia prima, y así deja de ser fijo y pasa a ser capital circulante" (Marx, 1992 p.239, p.241). Pero, de cualquier modo, su función respondía a los planes y propósitos humanos.

Marx estaba de acuerdo con Smith en una cosa sobre los animales: su importancia en el proceso de acumulación inicial. Marx la llamó "primitiva". Smith la consideró "previa". Un término mejor, no obstante, podría ser "primaria". El fisiócrata

Turgot pensaba que el valor de los animales domesticados sentó las bases del valor en sí mismo (2011a, pp. 23-43). Utilizaba el ejemplo de las ovejas en Europa:

> El valor común de una oveja de edad y condición medias es tomado como la unidad. En ese sentido, la expresión del valor en términos de "ovejas" se convirtió en una forma de expresión comunmente aceptada, y la expresión "una oveja", en el lenguaje del comercio, simplemente significaba un cierto valor que, en las mentes de quienes lo escuchaban, no conllevaba simplemente la idea de una oveja, sino de una cierta cantidad del tipo más común de mercancías que estaban consideradas como el equivalente a ese valor (Turgot 2011a, pp.23-4).

El valor se convirtió en el valor de uso, que a su vez se convirtió en el valor de cambio; esto es, que las ovejas fueron el elemento central, o la forma mercantil, del circuito comercial.

Los antropólogos han analizado ampliamente este proceso. Evans-Pritchard escribió el clásico sobre el papel de las vacas en el sur de Sudán en 1940. Rappaport le siguió con su estudio sobre la centralidad de los cerdos en Nueva Guinea en 1968. Incontables etnógrafos vinieron detrás viajando a varias partes del mundo y detallando después, a través de su trabajo de campo, el valor y el intercambio de estos y otros animales. Tim Ingold, por ejemplo, viajó a Laponia y demostró cómo los renos pasaron por estas transiciones económicas en su *Hunters, pastoralists and ranchers* (1980). María Elena García está estudiando en la

actualidad (2010) a las cobayas en las comunidades andinas. Esto parece ser significativo en tanto que su trabajo podría darnos una imagen a tiempo real del proceso de mercantilización, ya que estas pequeñas criaturas que antes tenían un valor reducido ahora se están viendo a sí mismas arrojadas al circuito comercial. Las cobayas se están volviendo una mercancía clave para el intercambio.

La siguiente transformación que Turgot identificó fue con el dinero. Las monedas de la antigua Roma llegaron a tener incluso la imagen de una oveja y representaban el valor de esa oveja. Un número determinado de ovejas equivalía a una moneda y esa moneda ahora se cambiaba por mercancías y servicios. *Pecus* (la palabra para oveja) se transformó en pecunia (la palabra para dinero). El valor de cambio adoptó la forma del dinero. Así, las ovejas fueron la base del sistema monetario romano.

Ciertamente, la etimología de otro animal económico, el *cattle* (ganado), apoya las tesis de Turgot. Mezcla del latín *capitale*, el francés antiguo *chatel* y el inglés medio *catel*, la palabra describía durante el periodo feudal la propiedad móvil o la riqueza[2]. Esta riqueza podía incluir mercancías, bienes inmuebles o animales domesticados usados como ganado. Con el paso del tiempo, la palabra pasó a ser identificada, en un sentido más reducido, con los animales que se poseían y, a la vuelta del siglo XVIII, variaciones ortográficas (particularmente *catel*, *cattel* o *cattell*) fueron unificadas bajo el moderno *cattle.* Esta transformación señalaba el valor creciente del ganado y su papel central en la revolución agrícola. *Cattle* merecía un importante lugar

propio en la lengua anglófona, separado pero todavía conectado a sus compañeros lingüísticos *capital* (capital, dinero) y *chattel* (bienes muebles, esclavo).

Turgot continúa describiendo cómo las ovejas fueron la base del valor de la propia tierra y no al revés. En otras palabras, las posibilidades de producción e ingresos obtenidos mediante las ovejas determinaba cómo de valioso era un terreno. Las vallas, por ejemplo, eran un despilfarro. Los páramos, también. Debían ser vallados y drenados para poder sacarles valor; esto es, el valor de las ovejas pastando por el terreno reconvertido y produciendo lana de buena calidad. En esto consistían las mejoras y así era cómo se tasaban las tierras. Ciertamente, tanto las vacas y las ovejas en Europa como los camellos y las cabras en el Este, los caballos en Tartaria o los renos en el Norte, los animales proporcionaron la superestructura para el mundo del valor (Turgot, 2011b, p. 352).

"La forma dinero", explicaba Marx:

> "viene a unir tanto los más importantes artículos de cambio con el exterior, que son de hecho las manifestaciones espontáneas y primitivas del valor de cambio de los productos locales, como la utilidad de los objetos que constituyen el elemento principal de la riqueza enajenable indígena, por ejemplo en forma de dinero". (1990, p.83)

De esta manera, las vacas y las ovejas pasaron de ser productos locales u objetos de uso a transformarse en la fuerza motriz de la acumulación primaria. Los primeros ricos de Inglaterra,

como señala Marx en *El Capital*, empezaron a serlo debido a la compra y venta de estas criaturas. Smith, por su parte, no sólo relaciona el origen de la riqueza directamente con la domesticación, sino también el origen de la desigualdad. El estatus y el poder de los agricultores venía determinado por "el incremento en el número de vacas y ovejas que poseían" (2009, pp. 512-4). Aquellos que no aumentaban o que no tenían con qué empezar, quedaron por debajo y la brecha entre los que tenían y los que no tenían se abrió y se ensanchó.

Pero es aquí donde terminan los acuerdos entre Smith y Marx. El primero pensaba que el valor era creado por los demás animales a través de su "trabajo". Por ejemplo, cuando se calculaban los beneficios generados por un transporte comercial de mercancías desde Londres a Edimburgo, había que considerar los medios de subsistencia requeridos por ocho caballos y dos hombres (Smith, p.18). Se trataba de un cálculo independiente del mantenimiento de los demás animales, catalogados como "siervos que trabajan". Sí, los caballos y el ganado podían ser capital fijo o instrumentos para la agricultura. Sí, los caballos y el ganado podían ser capital circulante o mercancías. Sin embargo, "la medida real del valor intercambiable de todas las mercancías" es el trabajo (Smith, p.25). Y esa medición tiene que incluir tanto el trabajo humano como el de los demás animales.

Marx no lo veía de esa manera. Argumentaba que "el valor del ganado de tiro viene dado por los medios de subsistencia que sean necesarios para su mantenimiento y, en consecuencia, por la cantidad de trabajo humano necesario para producirlos" (1992, p.458). El ganado podía ser quien realmente estuviera cargando el peso, pero sólo era una forma de fuerza motriz. El

verdadero valor venía de aquellos humanos que gestionaban las operaciones de arar los campos o el transporte de mercancías. Los animales no trabajaban. Esta diferencia entre cómo veían Smith y Marx a los demás animales no es una cuestión semántica. Más bien es de central importancia para nuestra discusión.

III

En 2007 se editaron dos libros que aludían a la posibilidad de que los demás animales fueran trabajadores y parte de la clase trabajadora. Uno abordaba mis ideas directamente y el otro indirectamente. Ninguno dedicaba un espacio significativo a sus críticas; no más de unas pocas líneas entre cientos. Sin embargo, ambos libros tomaban posiciones concretas que son ampliamente defendidas dentro de la comunidad académica y, por tanto, son representativas de cómo se ven y se tratan ciertos temas (animales, trabajo y clase).

El primer libro es *When species meet* (2007), de Donna Haraway. "Los perros trabajadores", reconoce, "son parte del capital social de la granja y son trabajadores que producen plusvalía dando más de lo que reciben en un sistema de economía de mercado". Los perros pueden ser utilizados como perros pastores de ovejas, guardianes del ganado, para que tiren de trineos o como perros guía. "Los perros trabajadores producen y se reproducen, y en ninguno de esos procesos son criaturas propiamente autodirigidas en relación al capital viviente, a pesar de que conseguir su cooperación activa (autodirigida) es esencial para sus trabajos productivos y reproductivos". Esta autodirección inicial es importante para Haraway, porque define para ella

la categoría de trabajo. "Los perros", advierte, "no son esclavos humanos ni trabajadores asalariados y sería un grave error teorizar su trabajo dentro de esos marcos". "Son pezuñas, no manos". Haraway sugiere la utilización del marco teórico de la ciencia y los estudios de la tecnología, en particular las ideas de Edmund Russell. Se piensa mejor en los animales como formas vivas de tecnología: biotecnología (Haraway 2007, p. 55-6).

El segundo libro es *Making a Killing: the political economy of animal rights* (2007), de Bob Torres. "En algunos aspectos", comienza, "los animales son tan parecidos como contrarios a la clase obrera en el análisis marxista de la mano de obra y las mercancías" (Torres 2007, p. 38). Ellos producen productos básicos como huevos, productos lácteos y lana dentro de un sistema que extrae su fuerza de trabajo por beneficios. Sus cuerpos a menudo se convierten en mercancías, como productos cárnicos o como sujetos de laboratorio experimental. Por lo tanto, "por un lado, como señala Jason Hribal, los animales realizan trabajo no remunerado y han cumplido una función clave en el desarrollo de la fuerza industrial"(p.38). Pero Torres ve dos problemas fundamentales con esta forma de pensar.

Para empezar, "los animales nunca ven una separación entre casa y trabajo y se encuentran al alcance del capital productivo en todo momento" (2007, pp 38-9). Los seres humanos tienen esta separación entre el trabajo y la vida. Incluso los esclavos humanos la tienen en algún grado. Los animales no. El otro problema es que el término "clase trabajadora" no puede aplicarse a otros animales. "Clase obrera" lleva consigo un potencial revolucionario. Los seres humanos se resisten a su explotación. Se unen, planean y luchan. Los demás animales podrían ser capaces

de esto, como reconoce Torres, pero sólo de una forma cualitativamente diferente: una forma "necesariamente más limitada". "Son explotados y sufren en silencio y rara vez escuchamos sus gritos". Por estas razones, Torres piensa que necesitamos conceptualizar a los demás animales dentro del propio papel del capital. "Como ni son exactamente como los esclavos humanos, ni son exactamente como los trabajadores asalariados humanos, los animales ocupan una posición diferente dentro del capitalismo: son mercancías vivas superexplotadas" (2007, pp 38-9).

Así que tenemos dos críticas y dos sugerencias alternativas. Empecemos por la primera. Pongámonos en antecedentes. La edición del 6 de septiembre de 1962 de la revista *New Scientist*, una revista de toda la vida sobre ciencia y tecnología, abría con un artículo titulado "Los animales como trabajadores de fábrica". Escrito por un matrimonio de conductistas, el artículo argumentaba que los animales, especialmente los chimpancés y las palomas, eran una fuente de mano de obra barata sin explotar (Ferster y Ferster 1962, pp 497-9). Estas criaturas podrían, con algún tipo de formación, ser introducidas en áreas profesionales que hasta ahora habían sido dominadas por seres humanos o por máquinas. Los chimpancés, por ejemplo, tienen la capacidad de llevar a cabo una variedad de puestos de trabajo. Podrían ser entrenados para recoger fruta en huertos o para controlar procesos industriales en fábricas. Las palomas podrían reemplazar a los inspectores humanos en la detección de defectos en productos de consumo. O podrían encargarse de los dispositivos de escaneo óptico en la lectura de las firmas de los cheques bancarios.

> En resumen, el problema de decidir si utilizar trabajo animal o una máquina es esencialmente económico: si la utilización de un animal resulta más barata que usar un dispositivo automático, el animal es la elección obvia; si usar la máquina es más barato, entonces ésa será la elección correcta. (Fester y Fester 1962, p. 499).

Nótese la separación. Los animales eran trabajadores. Las máquinas eran máquinas. Uno reemplazaba al otro y viceversa. Pero no eran la misma cosa. Los tiempos han cambiado y también lo ha hecho la perspectiva de los que utilizan un marco de análisis fuertemente científico y tecnológico. Hoy en día no hay separación. El punto de vista dominante adoptado por los investigadores que utilizan esta perspectiva es que los animales son tecnología o una máquina equivalente. El trabajo de los animales en sí mismo o bien es incluido en la tecnología como una categoría terciaria o, simplemente, no se considera lo suficientemente importante como para ser un factor.

En 2001, William Boyd escribió *Making Meat: Science, Technology, and American Poultry Production*. Es considerado un artículo importante en el campo de la historia ambiental. Boyd argumenta que las líneas entre la naturaleza y la tecnología se han difuminado. Las innovaciones tecnológicas del siglo XX (el confinamiento intensivo, la mejora de la nutrición y las prácticas de alimentación y el uso de antibióticos), han consumido literalmente la biología aviar. El pollo como organismo independiente ya no existe. Más bien se han convertido en una forma de producción industrial que es "un vehículo muy eficiente para la

transformación de cereales forrajeros en productos cárnicos de mayor valor" (Boyd 2001, p. 632). Los pollos se han convertido en biotecnología.

Boyd comienza su obra con la habitual y superficial aprobación hacia Sigfried Giedion. Giedion, cuyo famoso libro sobre la mecanización contenía un par de breves secciones sobre los pollos, mantuvo una distinción entre los animales y la tecnología que les impuso. El proceso de producción, ya sea para una cadena de montaje o fertilización, se mecanizó, pero los propios pollos no. Boyd resume la postura del siguiente modo: "las intervenciones en el proceso de crecimiento orgánico fueron [vistas como] cualitativamente diferentes de los esfuerzos para someter otros aspectos de la vida moderna a los dictados de la máquina" (2001, p. 631). Pero esta es una postura que el propio Boyd evita.

Giedion podría haber sacado este particular punto de vista de Marx. Él también vio una diferencia cualitativa entre el uso de animales como fuerza motriz, para transportar mercancías o arar los campos, y la maquinaria utilizada para cambiar o dar forma a la materia, como la maquinaria textil o la utilizada en la producción de cerámica. La maquinaria es lo que expulsó a los caballos y las mulas de su empleo en la fábrica de mediados del siglo XIX. "La visión medieval", señaló Marx, "era que los animales eran asistentes del hombre". "Descartes", de algún modo, "definiendo a los animales como meras máquinas, vio con los ojos del período de fabricación" (1990, p. 512).

Joel Tarr y Clay McShane, en *Horse in the city* (2007), argumentan desde el principio que la perspectiva de Descartes era la dominante en los siglos XIX y XX y es una perspectiva que los autores adoptan totalmente en su libro. "Los caballos se convir-

tieron en máquinas vivientes, destinados a ser comprados y vendidos como mercancías, valorados sólo en raras ocasiones como seres naturales" (2007, p. 18). Incluso la Sociedad Americana para la Prevención de la Crueldad hacia los Animales (ASPCA) desempeñó un papel en esto. "Mientras que los grupos anticrueldad se centraron ostensiblemente en la parte viva de las máquinas vivientes, muchas de sus políticas sirvieron también para facilitar el uso de caballos como máquinas" (2007, p. 52). Esta expresión, "máquina viviente", es recurrente y es, en cierto modo, la tesis del libro.

Tarr y McShane ya han suavizado su postura, admitiendo la posibilidad de valorar los caballos más como seres naturales. En *The Horse in Nineteenth Century America* (2010), sugieren de paso que los caballos podrían ser pensados y examinados por los investigadores "como otro grupo no articulado de trabajadores urbanos" (2010, p. 229). Los autores incluso comienzan su ensayo con unas pocas líneas de *A Worker Reads History*, de Brecht:

> ¿Quién construyó las siete puertas de Tebas?
> Los libros están llenos de nombres de reyes.
> ¿Fueron los reyes quienes transportaron los rugosos
> bloques de piedra?

Jason Moore ha señalado cómo la plata de las minas de Potosí, que financió el surgimiento del Imperio español, se consiguió cargando diariamente los lomos de 8.000 llamas y, posteriormente, 100.000 mulas (2010, pp 16-17). Los caminos a Potosí, según atestiguaba un viajero de principios del s. XVIII,

eran "más conocidos por [...] los esqueletos de quienes caían exhaustos" que por las marcas de pezuñas (Frezier en 1717, citado en Moore 2010, p. 175). Podemos imaginar que los caminos de Tebas estuvieran pavimentados de manera similar.

Horses at Work (2008), de Ann Greene, por desgracia, deja pasar las posibilidades que plantea Brecht y adopta el antiguo enfoque cartesiano. Toma la narrativa mecanicista de Descartes como un derecho natural y los caballos se transforman en algo a medio camino entre una fuente de energía y una tecnología. Se refieren a ellos como "fuerza motriz", "máquinas vivas de tracción" o simplemente "máquinas vivientes". Greene deja claro que la agencia está reservada sólo para humanos, porque sólo ellos pueden tener intencionalidad, que es la base de su definición de agencia. El trabajo implica intención. Sin ella, el trabajo no existe. Los animales no tienen intencionalidad, ni en el pasado, ni en el presente, ni en el futuro (Greene, 2008, p. 8). Por lo tanto, los animales no pueden tener agencia. Es con un gran sentido de la ironía entonces que Greene eligió titular su libro *Horses at Work* y un capítulo posterior *Horses as Industrial Workers*. ¿Puede el trabajo en sí mismo ser despojado de su agencia? Parece que sí.

La teoría Actor-Red (ANT)* se ocupa ampliamente de las "no humanas". Pero define su agencia en términos de asociacio-

---

* La Teoría Actor-Red es una teoría sociológica que se centra principalmente en los procesos de producción de conocimiento. Su objeto de estudio son las redes que generan dicho conocimiento, formadas por actantes que pueden ser humanos, objetos (no humanos) o discursos. Prestan también mucha atención al peso que tiene recursos como la tecnología, el dinero, los datos, la publicidad y el poder.

nes sociales, no según su propia habilidad activa para crear un cambio social e histórico. Las no humanas no son sino "participantes en el curso de una acción a la espera de que se les otorgue un simbolismo". De hecho, "cualquier cosa que modifique un estado de cosas marcando una diferencia es un actor" (Latour, 2005, p. 71). Esto podría incluir una cesta, un martillo o un gato. De este modo, un caballo trabaja debido a la diferencia que marca en el curso de las acciones de algún otro agente. Los caballos no "determinan" sus propias acciones. No pueden ser "intencionales" o "significativos" (2005, p. 71). Los caballos sólo trabajan en el sentido de que son trabajados por los humanos. La suya es una agencia puesta patas arriba y, por lo tanto, eliminada por completo como posibilidad. La suya no será una agencia nunca más. Los caballos no pueden ser los creadores de su propia historia, sino sólo entes dentro de una red[3]. Esta idea, propia de la teoría Actor-Red, ha sido altamente influyente.

En la cresta de la ola de este campo está Edmund Russell. Él lo llama historia evolutiva y la tecnología es su *telos*[*]. Russell define la tecnología como productos físicos u objetos creados a través de las artes humanas útiles. Estos objetos pueden incluir a otros animales. "Los organismos se convierten en herramientas cuando los seres humanos los utilizan para servir a los fines humanos" (2010, p. 249). Russell hace hincapié en cinco categorías principales en esta creación de herramientas u objetos: la captura, la doma, la domesticación, la crianza y la ingeniería genética (2010, pp 255-8). Dentro de cada categoría, la biología y la tecnología se fusionan cada vez más. Así, los animales se convierten en una forma de la biotecnología.

---

* *Telos*: en filosofía, fin, objetivo, meta.

Esta tecnología viviente, continúa Russell, puede ser aún más conceptualizada. "Pensar en los organismos como fábricas (o máquina equivalentes)", por ejemplo, puede, sin duda, ayudarnos a entender mejor los fundamentos de la producción. "Los organismos convierten materias primas en productos (la comida en carne, por ejemplo) y luego salen de la fábrica siendo el producto mismo" (2004 , p. 9). Russell argumenta que esta capacidad, tanto para convertir el producto como para ser el propio producto, supone una enorme ventaja sobre las máquinas, que él define como objetos físicos no vivientes. Organismos y maquinaria pueden ser equivalentes, pero son diferentes. La tecnología viviente también se puede considerar como trabajadora. Los perros pastorean los rebaños de ovejas. Los camellos y caballos transportan personas y mercancías. Cada uno cumple una necesidad humana. Los organismos pueden incluso ser considerados una extensión de los juegos de azar. Las peleas de gallos o de perros son lugares donde una herramienta o un objeto es creado para servir a las exigencias de apuestas por parte del público. Gallos y perros son, literalmente, transformados en una tecnología de los juegos de azar.

¿"Pueden los organismos ser tecnología" como plantea Russell? La respuesta corta es sí, pueden. También pueden ser mercancías y capital. Los humanos han utilizado durante mucho tiempo a los organismos como herramientas, ya sean bueyes para arar los campos o gallinas para producir huevos. Pero la respuesta larga a esta cuestión es mucho más complicada. Hay dos problemas principales con esta línea de pensamiento. En primer lugar, los modos de producción en las sociedades humanas han variado enormemente a lo largo de los últimos milenios. Y los

propios modos han sido expresados en un espectro de relaciones sociales y valores culturales. El propio trabajo ha sido organizado de manera diferente dentro de cada sistema, respectivamente. Marx, por ejemplo, demuestra claramente cómo la sumisión de la vida al trabajo es un acontecimiento histórico muy reciente y que este acontecimiento ha ocurrido bajo una constitución particular de las relaciones de clase. En contraste, las cinco categorías que Russell utiliza (captura, doma, domesticación, crianza e ingeniería genética) generalizan y naturalizan sus dictados con carácter retroactivo a la totalidad de la historia humana. Es como si las relaciones sociales, los valores culturales y los modos de producción que domestican a un perro fueran los mismos que los que producen ingeniería genética. Esto nos da la impresión de que las variadas formas de los cazadores-recolectores y las sociedades pastoriles, agrícolas e industriales han coexistido las unas con las otras en armonía y de forma histórica a través del tiempo.

Consideremos una palabra: domesticación. "Domesticar" originalmente significaba hacer a alguien miembro de un hogar. Ésta es una definición ambigua y que no requiere de un propósito explotador y mucho menos tecnológico. El significado de la palabra se volvió más detallado con el tiempo: estar atado a una casa y a unos deberes. Esto podría ciertamente implicar trabajo, pero no sabemos los modos, relaciones, valores o, incluso, especies involucradas. Ahí evolucionaría un tercer significado: dominar o poner bajo control. Éste es el que utiliza Russell. Curiosamente, se aplicó por primera vez a los irlandeses en 1641, cuando estuvieron bajo el control imperialista británico, y sólo más adelante a las ovejas, en 1805. De hecho, el uso histórico

de la palabra, tanto del verbo como del sustantivo, no hace una distinción clara entre miembros de la familia, sirvientes u otros animales.

El término *farm* (granja) experimentó una transición similar. En latín significaba comida, provisiones, fiesta y banquete. En inglés antiguo, el sustantivo pasaba a denotar una cantidad anual fija de dinero o de dinero en especie recolectada mediante alquileres, tasas e impuestos. En el siglo XVI, el nombre se transformó de nuevo. Esta vez pasaba a significar una extensión de tierra para cultivar o una casa de campo, una definición mucho más parecida a la moderna que utilizamos ahora, que combina comida e ingresos juntos en un espacio productivo. En cuanto a los inicios del verbo, *to farm* (granjear) se utilizaba para alquilar, cobrar honorarios y obtener beneficios. También cambiaría con el tiempo y pasaría a significar "alquilar el trabajo" (de personas o de ganado). Nótese de nuevo la ambigüedad. El alquiler de mano de obra incluía tanto al ganado como a las personas.

¿Por qué esa falta de distinción? La división social del trabajo se desarrolló desde los inicios de la era moderna y a lo largo de la misma. Es una división que, por un lado, coloca a las humanas y a los demás animales juntos como una misma mano de obra pero, al mismo tiempo, intenta crear una separación clara en cuanto a tareas, derechos y estatus. Hoy en día esa separación es mantenida hasta tal punto que el trabajo de los demás animales ya no se considera dentro del mismo marco que el trabajo humano. Pero hace siglos la separación no estaba tan clara.

Se suele considerar a William Petty como uno de los primeros economistas políticos modernos. En su estudio sobre la conquistada Irlanda del siglo XVII se dedicó a hacer cálculos.

Una vaca lechera, en una hectárea de pastos de heno, producirá 11 litros de leche durante 90 días, cuatro más durante los 90 siguientes y un litro los 90 siguientes y después tendrá 90 días secos. Esto supondría una producción de aproximadamente 1.450 litros al año. Un toro debería servir a 20 vacas. Tres mujeres pueden "hacer el trabajo de ordeñar y vigilar" a 20 vacas. "Un hombre se encargará de ellas y de su comida" (1970, pp52-3). "Un caballo", continúa Petty, "ara cuatro hectáreas y ahí va un hombre para cada tres caballos" (1970, p.58). Así era cómo se debía llevar a cabo la producción y cómo debía dividirse el trabajo para conseguir dicha producción.

Pero, de nuevo, las líneas divisorias aún no eran firmes ni evidentes. Desde luego que el vallado de los terrenos comunes y la criminalización de los derechos consuetudinarios impulsaron el avance de estas divisiones, pero al principio todos fueron arrojados al pozo económico juntos en tropel. Tanto la granjera como la vaca tenían que ir a trabajar a una granja en la zona fronteriza. Todo esto era nuevo. Antes vivían juntas, ahora no. Antes la relación era de una a una, ahora no. El modo y el ritmo de producción ya no estaban bajo su control. La plusvalía, anteriormente sólo extraída de la vaca, ahora se extraía de las dos. La vida fue reducida al trabajo. La cultura irlandesa empezó a cambiar.

Este proceso tuvo diferentes nombres. Su nombre técnico fue "liberalismo". En el lenguaje popular se le llamó "progreso". La definición de "civilización" se amplió para incluirlo (Caffentzis 1994). Y era gente como Petty y Adam Smith los que echaban leña al fuego. Para Smith, los montañeses escoceses habían sido derrotados y había llegado la hora de poner a las vacas raquíticas y a la gente a trabajar juntos para los terratenientes. Su trabajo,

a su vez, debía ser dividido y Smith explicaba con detalle cómo hacerlo. Su receta detallaba la verdadera naturaleza de la división social del trabajo. Los animales eran trabajadores. Marx pensaba que Smith había recogido esta loca idea de los fisiócratas. Puede ser. Turgot, un contemporáneo de Smith, hizo hincapié en "la ayuda de los animales para abonar el suelo y para facilitar el trabajo" (2011b, p.355). Pero la sugerencia de Marx pasa por alto una cuestión más amplia. Smith simplemente estaba diseñando su fórmula para el liberalismo de la manera más directa y materialista posible.

Un siglo después, sin embargo, la agitación casi se había detenido. Lo que permanecía era la división social y las profundas y nítidas distinciones que trajo consigo. Es por esto que Marx pensaba de la manera en que lo hacía y por lo que consideraba irracionales las opiniones de Smith sobre este asunto. Vacas y trabajadoras eran cosas separadas. Hoy en día la inmensa mayoría de la gente estaría de acuerdo con Marx. Haraway nos señala con el dedo y nos advierte que ni siquiera nos acerquemos a la línea divisoria. Greene nos dice que el trabajo que hacen los demás animales no es trabajo realmente. Russell subordina la totalidad de su fuerza de trabajo a (y por debajo de) la tecnología. Ahí, la tecnología se convierte en el agente y el perro o el caballo es el objeto sobre el que actuar. El organismo, como Russell enseña, existe sólo para ser modificado e industrializado en función de los propósitos y necesidades humanas.

Esto nos lleva al segundo problema. No hay una comprensión de que la tecnología, bajo el capitalismo, se desarrolla dentro de una serie de condiciones muy diferentes respecto a otras formas de producción. La tecnología, por ejemplo, es habitual-

mente diseñada y desarrollada exclusivamente como arma política para ser utilizada contra los trabajadores (Cleaver, 1982). Para los demás animales esto ha sido así casi siempre, tanto antes como durante el capitalismo. Pero la intensidad con la que la tecnología se desarrolla para estos fines alcanza niveles verdaderamente obsesivos bajo el actual sistema socioeconómico.

Cuando Fynes Moryson recorrió Irlanda a mediados del siglo XVI, señaló que en dos ocasiones vio algo muy extraño: una especie de animales de peluche enormes. Las mujeres rellenaban pieles de terneros con paja para formar figuras a tamaño natural (1904, pp. 230, 301). Estas figuras se utilizaban como señuelo para las vacas, ya que sus crías les habían sido arrebatadas y asesinadas nada más nacer. Se creía que el olor de la piel de ternero rellena disminuía la resistencia de la madre y, por tanto, se les podría extraer la leche más fácilmente. Excedentes es lo que las mujeres irlandesas querían e hicieron innovaciones tecnológicas para conseguirlo. Sin embargo, incluso con este manejo tecnológico, Moryson seguía pensando que las irlandesas estaban económicamente atrasadas. Las vacas estaban demacradas, salvajes y descuidadas. Por otra parte, los campesinos "atentos mantenían a sus vacas y luchaban por ellas como por su religión y su vida; y aun cuando estaban verdaderamente hambrientos, no matarían a una vaca, excepto si fuera vieja o ya no produjera leche" (1904, p. 230). Para Moryson, este modo de producción era conservador y derrochador comparado con su visión de futuro liberal.

Smith habría estado completamente de acuerdo. Sus palabras parecían brillar cuando señalaba las importantes transformaciones que habían sido traídas a Escocia (2009, pp. 164-71). Treinta

o cuarenta años antes de sus escritos, el ganado del país era de una "raza raquítica", pequeño y delgado. La gente se interesaba por poco más que por mantener la subsistencia de su familia. En la era pre-progreso había una tremenda infraproducción. Pero con un enfoque basado en la crianza, las innovaciones en la alimentación y los nuevos métodos de gestión, el ganado se convirtió en el recurso clave para el país y su futuro. Eran trabajadores de los que podías estar orgullosa.

Una vasta literatura surgió en el s.XVIII en Inglaterra abogando por esta transformación. Timothy Nourse, Jethro Tull, Arthur Young, Robert Bakewell y muchos más, impulsaron nuevas ideas y nuevos métodos agrícolas. Nourse hizo un llamamiento a vallar los terrenos comunes y poner a la gente y a los animales a trabajar. Tull diseñó nuevos métodos en la siembra de nabos para alimentación, el arado para caballos y varios tipos de taladradora. Young se sumergió en los números y en cómo extraer más beneficio del trabajo. Se paseaba por los pasillos con los peces gordos, hablando sobre políticas de libre mercado. Bakewell se centró en la gestión científica de la crianza, en particular de las vacas y las ovejas. Detrás de cada una de estas ideas se encontraba una preocupación primordial por aumentar el trabajo: añadir nuevas tareas, más tareas, tareas más largas, tareas más rápidas y tareas más duras. Y el objetivo en todo esto era la creación de plusvalía añadida. La tecnología no estaba trabajando para los demás animales sino más bien contra ellos. Esto convertiría su vida en nada más que trabajar. He hecho esta observación más veces, pero es lógico repetirla: las ciencias agrícolas fueron las primeras escuelas de negocios.

Si hay un origen del concepto de plusvalía, sin duda se encuentra en el acto de coger la leche de las hembras de mamífero: vacas, cabras, camellos, renos y yeguas. Esta incautación siempre ha tratado sobre convertir la reproducción (la función natural del embarazo y la lactancia) en una forma de trabajo de la que se puede extraer un excedente de leche para otros propósitos, ya sea para uso o para intercambio. Los individuos han desarrollado diferentes formas de hacer esto. Pueden tomar la leche que haya quedado después de que el ternero se haya alimentado. Pueden destetar al ternero en cuanto sea posible para conseguir más. Pueden matar al ternero para quedarse con toda. Pero bajo el capitalismo este *querer más* nunca termina y nunca está satisfecho. Es eso lo que define al sistema y lo hace distinto de todos los modos de producción anteriores.

La construcción de la granja, un lugar de trabajo cooperativo a tiempo completo, sirvió a la creación de valor añadido. Nuevos métodos de alimentación, crianza y gestión obligaron a las vacas a trabajar más duro y aumentaron la producción. Pero estas mejoras sólo iban a depararle al granjero una cantidad de leche adicional. Las vacas también tenían que trabajar durante más tiempo. Para lograr esto, ya que estos animales tienen un ciclo de gestación similar al de los humanos, el tiempo total de lactancia tenía que ser prolongado. Esto requería que las vacas se quedaran preñadas poco después de que dieran a luz. Las vacas, sin embargo, tienen la habilidad de resistir a este proceso. Pueden negarse a ser preñadas. El desarrollo de la inseminación artificial ayudó a superar esta resistencia. Las vacas ahora podían ser forzadas a quedarse preñadas cuando el granjero quisiera y con una tasa de éxito mucho mayor.

Otros avances tecnológicos del siglo XX han sido utilizados con propósitos similares respecto al valor añadido. Los corrales secos de alta densidad, por ejemplo, comenzaron en los años 50 y 60. Inicialmente surgidos en las afueras de grandes ciudades como Los Ángeles, Phoenix, Honolulu, Tokyo, Madrás o Baghdad, se llaman corrales secos porque no hay granero, establo, ni pasto. En su lugar, esta industria funciona como una fábrica de suelo abierto con terrenos de tierra desnuda y hormigón vallados. Puede haber (y puede que no haya) sombra o protección contra el viento instalada para determinados periodos del año. El tamaño medio de un corral urbano es de cinco a quince hectáreas. En zonas rurales, pueden crecer hasta 800 hectáreas. La cantidad media de vacas por corral varía entre 500 y 6.000. Del millón y medio de vacas que hay en California, más del 60% viven y trabajan en corrales de alta densidad.

Aquí la producción es a la vez extensiva e intensiva. La actividad es gigantesca. Los costes son reducidos a su mínima expresión. El ritmo es rápido. Los estándares de eficiencia son rigurosos. Hay cuotas diarias y pruebas de rendimiento semanales. Estimulantes del trabajo, como esteroides, anabolizantes y hormonas de crecimiento bovino, son utilizados y gestionados de forma que aumenten estadísticamente los beneficios. Las vacas tienen un calendario de trabajo de 350 días anuales, en turnos intermitentes de entre 40 y 50 días. Las ordeñan dos o tres veces al día. El proceso funciona como una línea de montaje, cada sesión dura tan sólo trece minutos. Se generan miles de litros de leche al día, lo que equivale a unos ingresos de miles de millones al año. Para las vacas, sin embargo, este tipo tacaño de producción ha dado lugar a una tasa de rotación anual del 40%

al 100%. La teoría de la gestión óptima de la sustitución de vacas de hecho enfatiza y alienta esta tasa de rotación. Basándose en los indicadores para determinar qué vacas (debido al retraso o al descenso del rendimiento) deben ser reemplazadas, el envío de las vacas al matadero después de sólo uno o dos ciclos iniciales de lactancia se considera una señal de progreso.

La última tendencia en la industria láctea es el semen sexuado. Utilizando un complejo proceso tecnológico que clasifica espermatozoides X e Y, el sexo final de un ternero puede ser determinado con cerca de un 90% de precisión. ¿Quieres una hembra? Tienes una hembra. Y eso es negocio, que es exactamente lo que un granjero busca. Más vacas significan más leche y, por lo tanto, la posibilidad de mayores beneficios. Los toros tienen poca utilidad más allá de la ocasional donación de esperma (hasta que el esperma en sí pueda obtenerse sintéticamente). El propósito del semen sexuado es conseguir un mayor control sobre el proceso reproductivo con el fin de convertirlo en una forma de trabajo más eficiente. De hecho, todos los avances tecnológicos y de gestión que hemos mencionado fueron diseñados y desarrollados con un objetivo en mente: hacer trabajar a las vacas más duro, más tiempo y con menos resistencia.

Volvamos a nuestra pregunta original: ¿pueden los animales ser biotecnología? La respuesta corta es sí. Pero la respuesta larga es ¿por qué? Seguro, los animales pueden ser biotecnología, pero no hay ninguna razón para aceptar esto como un punto de partida heredado en nuestro pensamiento. Marx nos advirtió que el capitalismo busca mecanizarlo todo, incluyendo todas las formas de trabajo, hasta el punto en que no seamos más que un engranaje en la maquinaria. Pero en lugar de hacer

caso a su advertencia, muchos investigadores no sólo aceptan ese proceso de mecanización como algo que les viene dado sino que lo abrazan. El determinismo tecnológico es validado como una ideología y como una meta. Este determinismo, a su vez, racionaliza la explotación de otros animales como una tecnología. No son vacas; son turbovacas. No son pollos; son los pollos del mañana. Se hace difícil decir si estamos leyendo un diario industrial comercial o un análisis crítico. Pero puede que no haya distinción. "Convirtiendo organismos en herramientas", triunfa Russell, "nos hemos unido a la danza evolutiva de la historia". "Hemos cambiado lo que significa ser humano" (2010, pp. 258-9).

Margaret Thatcher nos dijo una vez que no hay alternativa. Se convirtió en el himno del neoliberalismo y ciertamente tuvo sus efectos en la universidad. De hecho, tiene poco de coincidencia que los inicios de la teoría Actor-Red (ANT) se puedan encontrar en ese momento histórico en que la tecnología de la información tomó el control y "red" se convirtió en la palabra de moda en todos los programas de los másteres de Administración de Empresas (MBA). La muy posterior introducción a la teoría Actor-Red de Bruno Latour (2005) fue publicada por la Oxford University Press en la colección *Clarendon Lectures in Management Studies*, junto a otros volúmenes sobre gobierno corporativo y gestión del capital intelectual. A pesar de su sofisticación teórica, la teoría Actor-Red es básicamente una respuesta desde las ciencias sociales a la gestión organizacional, donde los animales se convierten en nada más que un vector en la red capitalista.

Pero siempre hay alternativas. El pasado está lleno de ellas. Y el futuro no está escrito. Al escribir el ensayo original, busqué

proporcionar una narrativa histórica desde abajo que pudiera invertir el diálogo. Fue leyendo *Visions of the Daughters of Albion* de Blake durante un cálido verano cuando concebí por primera vez mi tesis.

> ¿Te venera la ballena al pie de la escalera como perro hambriento? ¿O huele a la presa de montaña, con sus fosas vastas abiertas al océano? ¿Distingue su ojo la nube voladora como ojo de corneja? ¿O mide la distancia como el buitre? ¿Ve la araña silenciosa esos riscos donde oculta el águila sus pollos? ¿O se alegra la mosca de que la cosecha se recoja?

Blake estaba haciendo preguntas sobre la ballena, la araña, la mosca; preguntas desde su perspectiva. Yo estaba haciendo a la vez mis propias preguntas parecidas. Peter Linebaugh me preguntó qué estaba pensando. Le dije que los animales eran parte de la clase trabajadora. Blake me había ayudado a articular lo que yo todavía no había sido capaz de comprender plenamente. Blake estaba de mi lado y la historia viene desde abajo. En el próximo apartado, vamos a hacer frente a la segunda crítica principal a mi trabajo y a explorar más a fondo este tipo de alternativas.

IV

Bob Torres no cree que los animales sean parte de la clase trabajadora. Ve dos razones para ello, ambas ampliamente mantenidas por otros investigadores. La primera es que, mientras los

humanos ven una separación entre el hogar y el trabajo, los animales nunca lo hacen. Ellos viven constantemente al alcance de la producción y del capital. Su trabajo es su hogar. La segunda es que los animales no pueden resistir ante su explotación. No pueden unirse, planear y luchar de una manera lo suficientemente significativa como para provocar un cambio. No tienen voz. Debido a esas deficiencias, Torres argumenta que es mejor pensar en los animales como en mercancías vivas superexplotadas.

Con respecto al primer punto, el objetivo final del capitalismo siempre ha sido la eliminación de la separación entre la vida y el trabajo, ya sea para una vaca o para una persona. Las vidas humanas están organizadas entorno al trabajo desde que ponemos un pie en la escuela. A medida que nos vamos haciendo mayores, cualquier distinción entre la vida y el trabajo se va volviendo menos y menos visible. Si la primera pregunta que te hacen es tu nombre, la segunda es casi inevitable: ¿a qué te dedicas? Nuestras vidas están siendo definidas por el trabajo que desempeñamos. El hecho de que los humanos puedan tener una casa no es relevante para esta separación. Los estudiantes hacen deberes en casa. Las esposas hacen tareas domésticas. Los niños son criados. El trabajo es llevado a casa desde la oficina. Muchas personas teletrabajan desde casa. Hay negocios domésticos. La propia casa a menudo se ve no como un hogar sino como un medio para obtener beneficios. En todo caso, esta difuminación entre la vida y el trabajo señala más similitudes que diferencias en cómo los demás animales y los humanos son tratados por el capitalismo.

Hay un problema mayor aquí. Otras han sacado el tema y creo que Torres lo está insinuando. ¿Cómo definimos el tra-

bajo? El Oxford Dictionary of English lo considera una acción que implique esfuerzo o un ejercicio dirigido a un fin definido. Este esfuerzo puede ser autodirigido o impuesto por la fuerza. De manera significativa, no hay hecha una distinción histórica entre especies. Personas, animales e incluso máquinas, han sido pensados para hacer trabajos. *Bestias de trabajo, caballos de trabajo, mulas de trabajo, rocines (de trabajo), bueyes de trabajo y novillos de trabajo* eran términos comúnmente utilizados desde el siglo XIV hasta el XX. Y esos términos conllevaban la acción de trabajar.

Pero creo que estamos complicando esto. A día de hoy, la mayoría de la gente define el trabajo como una actividad que sólo hacen los humanos. No hay nada sorprendente aquí. Hannah Arendt lo clasificó como labor, trabajo y acción: lo que ella llamó Animal Laborans, Homo Faber y Zoon Politikon. Los animales pueden hacer tareas, pero sólo los humanos pueden trabajar y llevar a cabo acciones significativas. Torres simplemente hace lo que le enseñaron: excluir a los demás animales. Ya hemos discutido sobre la división social del trabajo y las repercusiones que ha tenido en la creación de esa manera exacta de pensar. Pero hay otra razón detrás y tiene que ver con la negación de la agencia.

Bernard Mandeville comenzó su viaje intelectual en la negación. Era un seguidor de Descartes y escribió su tesis en apoyo al filósofo francés. Los animales no tenían la capacidad de razonar, no tenían lenguaje y no tenían agencia. Los animales y las máquinas eran indistinguibles en estos aspectos. Pero Mandeville, eventualmente, llegaría a rechazar esta ideología. Llegaría, de hecho, a adoptar una postura en el extremo opuesto del espectro. Los animales, vino a argumentar, tenían una amplia variedad

de habilidades: Podían razonar. Podían comunicarse. Podían trabajar. Podían, incluso, resistir. "Todos los caballos", explicaba Mandeville,

> "son ingobernables que no han sido doblegados del todo: así, lo que llamamos cruel en ellos, se da cuando muerden o cocean, se esfuerzan por romper su bozal, tiran a su jinete y se emplean a fondo con todas sus fuerzas para sacudirse el yugo y recobrar esa libertad que la naturaleza les impulsa a afirmar y desear" (Mandeville 1988, p. 270).

Pero, "lo que vosotros llamáis natural es, evidentemente, artificial y pertenece a la educación: ningún caballo de buen corazón fue siempre manso o suave sin entrenamiento" (1988, p. 270). Es la educación, el entrenamiento y el imperio de la ley lo que pone en fila a otros y los mantiene así. De hecho, "toma los potros de las yeguas mejor criadas y los más excelentes sementales y suelta a un centenar de ellos, potras y potros juntos, en un gran bosque, hasta que cumplan siete años, y luego mira cómo de dóciles serán" (1988, p. 270). Mandeville reconoció que los caballos son participantes activos en el proceso de trabajo. Por eso necesitan educación para ser gobernables y productivos. "El vicio procede del mismo origen en los hombres y en los caballos; el deseo de libertad incontrolada y la impaciencia ante la restricción no son más visibles en unos de lo que lo son en los otros" (1988, p. 270). El trabajo requiere un grado significativo de fuerza.

Temple Grandin ha dedicado toda una vida y ha adquirido un poco de fama a base de controlar y restringir ese deseo de

libertad. Es una experta en eficiencia, del mismo tipo que es contratada y temida en cualquier empresa o corporación. Es para el ganado lo que Frederick Taylor o Elton Mayo fueron para los humanos. El ganado puede resistir al proceso productivo, ya sea trabajando en los corrales, durante su alimentación o en los mataderos. Pueden ir despacio a propósito, luchar, patear, saltar y escapar. Esta resistencia causa interrupciones y ralentiza la cadena de producción. Rebelarse puede también causar lesiones autoinflingidas, como hematomas, lo que disminuye significativamente el valor de sus cuerpos como mercancía final. Para combatir esto, la carrera de Grandin se ha centrado en la creación de diseños tecnológicos y técnicas de gestión que debiliten esta resistencia y, por ende, aumenten la eficiencia global de la producción.

Parte del argumento de *Los animales son parte de la clase trabajadora* era que los animales podían oponer resistencia a su explotación. He elegido utilizar el término "resistencia" porque estas acciones particulares por parte de los otros animales, a veces violentas y otras veces no violentas, son intencionadas y dirigidas directamente a eludir los diseños humanos y ganar autonomía. La resistencia no es una característica exclusivamente humana. Llevé esta idea un paso más adelante en otro artículo, *Animales, agencia y clase* (Hribal 2007). Aquí argumenté que la resistencia de los caballos y las mulas en sus trabajos, ya sea en fábricas, calles, o grandes granjas, fue el factor principal por el que se les reemplazó por máquinas. "De todas las grandes fuerzas motrices que se heredaron del período de manufacturación", tal como expuso Marx, "la energía generada por los caballos es la peor de todas, por una parte porque el caballo tiene su pro-

pia cabeza; por otra, porque es costosa y la utilización que se le puede dar en fábricas es muy limitada" (1990, p. 497). Ésta es la línea independiente que Mandeville identificó. Los caballos son seres que pueden tomar sus propias decisiones y llevar a cabo sus propias acciones. La agencia no es una característica exclusivamente humana. Y éste es uno de los tres factores que condujo a su reemplazo histórico por máquinas.

Jocelyne Porcher y Tiphaine Schmitt profundizaron en el tema de la agencia en su etnografía sobre una granja de productos lácteos francesa, *Dairy Cows: Workers in the Shadows?* (2012) En lugar de centrarse en el granjero y en el engranaje de producción, se fijaron en las 60 vacas que vivían ahí y lo que hacían diariamente. Lo que las autoras descubrieron era que las vacas eran activas, sujetos participantes en su trabajo. Entendían y cooperaban con las reglas y tareas de la granja. Aprendían nuevas rutinas. Comprendían cómo funcionaba la máquina de ordeño. Tenían relaciones laborales entre ellas. Planeaban maneras de saltarse las reglas y tareas.

Algunas vacas ralentizaban intencionada y repetidamente el ritmo de su propio trabajo. Algunas bloquearon la entrada a las máquinas de ordeño para ralentizar el ritmo de trabajo de todas. Algunas fingían no entender las órdenes. Algunas se escondían de las granjeras. Algunas vacas no se movían hasta que se les regañaba. "Generalmente su trabajo es invisible", notaron las autoras. "La colaboración de los animales en el trabajo", sin embargo, "es visible cuando no se tiene" (Porcher & Schmitt 2012, p. 6). El trabajo no está hecho si las vacas no lo hacen.

Pero Porcher y Schmitt no van lo suficientemente lejos; estas vacas hacen algo más que un trabajo de colaboración. Están resis-

tiendo. Están creando un espacio para sus propias elecciones. Están dando forma al trabajo y haciéndolo propio. En *Fear of the Animal Planet* (2010), demuestro cómo los animales en cautiverio deciden por sí mismos, cómo, qué, quién y el por qué de sus tareas diarias y vidas. Sea World y sus orcas, por ejemplo, están normalmente involucradas en una lucha sobre el control y dirección de las actuaciones. ¿Cuánto durarán las actuaciones? ¿Qué trucos se harán? ¿Quién hará los trucos y quién no? ¿Cuál será la recompensa por las actuaciones? Ambos intentan dirigir el proceso. Ambos reclaman el poder de éste. El trabajo es una relación socioeconómica con dos lados y es esencial que nos fijemos en las dos direcciones que tiene.

Manuel Yang una vez me comentó que Marx nombró a su libro *El Capital* en lugar de *La clase trabajadora* porque Marx quería mostrar a las trabajadoras cómo es el capital en sus propios términos, desde sus características estructurales, y tuvimos que esperar a los posteriores profesionales no ortodoxos del materialismo histórico para darle la vuelta desde abajo con el fin de ver el otro lado de la lucha. El problema se da cuando los académicos no reconocen esto. Cuando no hay reversión, el capital se convierte en todopoderoso. La agencia no existe. El sujeto por sí mismo desaparece. Este es el problema fundamental con la disciplina de los estudios de los animales.

The CAFO Reader: The Tragedy of Industrial Animal Factories (2010) es una sorprendente colección de ensayos. Habla de las vulgaridades de las crecientes Operaciones Concentradas de Alimentación Animal y sobre los detalles completos de los métodos de explotación contemporáneos. Sin embargo, el énfasis del libro está tan dominado por la naturaleza alienante del trabajo

industrializado que reduce los animales a meras mercancías. Para reiterar, no hay nada malo en pensar que los animales son mercancías porque es exactamente lo que son desde una perspectiva de la cadena de producción capitalista. Pero hay otra visión del proceso de acumulación. La fuerza de trabajo es lo que le da a la mercancía su valor.

Tened en cuenta la "carne". Carne, músculos, huesos, grasa, ésta es la forma física. La carne no es esto. Más bien, la carne es la mercancía compuesta de la forma física y creada a través de la fuerza del trabajo. Las principales proveedoras de la fuerza del trabajo son gallinas, vacas y cerdas. Los segundos proveedores son los humanos que dirigen las operaciones y recaudan el beneficio. Si compras un lechón estás comprando su futura fuerza de trabajo, ya sea para producir mercancías o para reproducir más fuerza de trabajo. Producir carne cuesta tanto trabajo como guiar a un invidente o tirar de un carruaje. Smith no eligió a un caballo para su ejemplo de trabajador. Eligió una vaca.

Con la carne es como el economista ganador del Premio Nobel, Ronald Coase, inició su carrera. Fue el coautor de una serie de artículos en 1930 sobre el ciclo de la cerda. El ciclo era un período de dos años de subidas de precios seguidos por otros dos años de caída. El gobierno británico estaba preocupado y formó una comisión para mirar el problema y ver si se podía hacer algo para romper el ciclo. Coase se centró en tres aspectos: fuerza de trabajo, medios de subsistencia de la fuerza de trabajo y reproducción de la fuerza de trabajo. La mayor parte de los costes, descubrió, se dieron un mes o dos antes de la venta de cerdos de panceta (Coase & Fowler 1940, p. 286). Y los piensos llegaron a ser entre un 75% y 95% del coste total de la produc-

ción de panceta (Coase & Fowler 1935, p. 150). Debemos señalar que había una división del trabajo aplicado en esta industria en la década de 1930: *porkers*, *baconers* y cerdas*. Las primeras trabajaban alrededor de cuatro meses antes de ser matadas para hacer chuletas, las segundas de siete a ocho meses antes de ser matadas para hacer panceta ahumada y las terceras una media de dos años y medio siendo reproductoras. Coase quiso reducir el tiempo de trabajo de los cerdos para panceta ya que comían más a medida que crecían y, como consecuencia, aumentaban los costes para sus medios de subsistencia. El comité ya había bajado los tipos y los costes de los piensos para reducir los costes. Pero Coase tuvo un problema porque no tenía forma de hacer que los cerdos trabajaran más duro y más rápido de lo que ya lo hacían.

La ciencia y la tecnología aún no podían hacer nada. Pasando a otra cosa, a continuación Coase tuvo en cuenta la reproducción. Los dueños y gerentes estaban preocupados en saber cuánto tiempo se debería permitir que una cerda trabajara reproduciéndose. La opinión general era de cuatro camadas, pero el Ministerio de Agricultura y Pesca aconsejó tenerlas "tanto tiempo como siguieran produciendo camadas rentables" (Coase & Fowler 1937, p. 67). Pero esta preocupación no era demasiado importante para Coase, quien sostuvo que la producción y reproducción tenían que ser consideradas de manera integrada utilizando la misma fórmula. Existía el "déficit de capacidad" del

* *Porkers, baconers,* o simplemente cerdos, eran diferentes formas de llamar a los cerdos utilizados para consumo cárnico en función de su peso y tamaño. Los *porkers* eran enviados al matadero cuando alcanzaban entre 40 y 67 kgs. Los *baconers* alcanzaban un peso mayor, entre 83 y 101 kgs, y eran utilizados para hacer panceta y jamón.

trabajo, tanto por parte de las cerdas como de los cerdos (Coase & Fowler 1935, p.147). Coase pensó que el período de gestación era la clave para cambiar esta capacidad, pero una vez más los medios tecnológicos le impidieron seguir trabajando con este enfoque. Su última sugerencia fue que la industria necesitaba crear un sistema unificado de gestión científica para mantener el balance correcto del trabajo de reproducción y producción. Esto proporcionaría protección contra las fluctuaciones, tanto en las fábricas de producción como en las expectativas de las dueñas.

La carne conlleva trabajo y la cambiante definición de la palabra misma definitivamente refleja esto. El problema que tengo con la idea del carnismo de Melanie Joy (2011) sobre el sistema de creencias invisibles que nos condiciona a comer carne es el mismo que expresé hace diez años sobre Nick Fiddes (1992) y su tesis sobre carne como símbolo natural duradero. Fiddes se basó en el Diccionario Inglés de Oxford para su definición de "carne", ignorando así los cambios históricos significativos que se dieron en el significado de la definición. Joy repite este error.

La carne ha expresado diferentes relaciones sociales y diferentes modos de producción a lo largo del tiempo. En la antigua Roma, por ejemplo, *uisceratio* significaba compartir una comida. El lingüista Servius comenzó a cambiar esto a finales del siglo IV, agregando al significado el reparto de la carne (Corbier 1989). La definición en inglés sufrió una transformación similar. *Meat* (carne) pasó de ser una comida (que podía o no contener carne) a un medio industrial de ganancia. Adam Smith se quejó de que en la época predesarrollada a las ovejas normalmente se las mataba para la lana y grasa. Al ganado se le mataba sólo por su piel y grasa. Esto era infraproducción. La carne, como una

mercancía intercambiable, necesitaba ser creada, y el ganado trabajador era el único que lo hacía (Smith 2009, p. 69). Cuando Turgot preguntó "¿Debería matar a un buey para hacer este par de zapatos?", tenía visión de futuro (2011a, p. 7). Pero en su país de origen, esto conllevaría tiempo. Eugen Weber describió cómo la carne en Francia no estuvo explotada como "principal fuente de beneficios monetarios" hasta mediados del siglo XIX (1976, p.117). La población rural, como la de Inglaterra, comía notablemente poca carne. Normalmente los únicos animales que se mataban estaban viejos o enfermos. Su valor se encontraba en otras formas de trabajo: arado, abono, leche y huevos. Se trataba de una economía basada en la subsistencia. Fue destruida deliberadamente (aunque no sin resistencia) y el consumo de carne se duplicó a principios del siglo XX. Sin embargo, esta historia y las muchas alternativas y cambios en ella aún permanecen. Joy y Fiddes fallaron al analizar esta historia. La carne no es invisible, ni perenne, ni natural. Y sin duda es algo más que un símbolo o un tipo de comida. La carne es un trabajo duro.

Aún así, incluso aquellas personas que admiten esta historia, no nos proporcionan necesariamente una perspectiva desde abajo. *Animal Capital: Rending Life in Biopolitical Times (2009)* de Nicole Shukin, *Beyond Boundaries: Humans and Animals* (1997) de Barbara Noske, y *Every Twelve Seconds: Industrialized Slaughter and the Politics of Sight (*2011) de Timothy Pachirat son tres ejemplos de esto. Shukin expone desde el principio que su objetivo es revelar los "imprevistos históricos" entre los animales y el capital. Shukin dedica una importante cantidad de tiempo analizando el marxismo y sus visiones del fetichismo de la mercancía. Hace una división entre modos de producción for-

distas y postfordistas, pero su énfasis es tan parcial con el énfasis de la supremacía del capitalismo que el otro lado casi desaparece. Por lo que, cuando ella dice: “el animal se convierte en capital, el capital se convierte en animal”, en lugar de romper con el circuito capitalista, lo reproduce (2009, p. 16). En un punto, Shukin explica cómo las mercancías obtienen su valor a través del trabajo humano. Estuve esperando que reconociera lo mismo en los otros animales, pero nunca lo hizo.

El libro de Noske está lleno de análisis impresionantes e interesantes. Originalmente publicado en 1989, debería ser considerado un clásico. Examina la historia de la domesticación y la producción bajo el capitalismo. Acuña el término “complejo industrial animal”. Desmenuza las llamadas “discontinuidades” (lenguaje, cognición, uso de herramientas) entre humanos y otros animales. Aunque la autora sucumbe al mismo problema. Noske está tan centrada en la alienación y devaluación que no tiene otra salida. “Básicamente nos enfrentamos a un dilema en el que parece que no existe otra opción más que imponerle a los animales o bien el estatus de objetos, o el de oprimidos por los humanos” (1997, p. 157).

Pachirat comienza su libro con la historia de seis cabezas de ganado. Habían escapado de un matadero de Omaha en 2004. Cinco fueron capturadas y enviadas finalmente a la instalación en un tráiler. Una vaca, sin embargo, se negó a obedecer, no entró en el tráiler y la policía de la ciudad la mató en la calle de un disparo. Esto debería haber abierto un abanico de debates, ya que las huidas de ganado no son inusuales. Sin embargo, Pachirat concluyó el tema y les denegó su agencia. Etiquetó la acción de las vacas como un “escape conceptual”, algo que ni siquiera

es real (2011, p. 4). Siguiendo el camino de Foucault, se refiere a estas fábricas como sitios en los que se esconde el trabajo de matar. Steve Striffler (2007) le dio un enfoque similar en su libro sobre las industrias de las gallinas. Éstas son etnografías que convierten a los animales en objetos. El libro de Pachirat termina con un apéndice en el que las vacas son descritas como meras "partes de cuerpo".

Encuentro estos argumentos tanto desconcertantes como frustrantes. Desconcertantes porque se exponen los circuitos del capitalismo. La cuestión (animales como producto o mercancía) está clara. Se hacen declaraciones: "tenemos que dejar de pensar en los animales de esta manera". Pero luego nos dicen que los animales son mercancías vivas, muy explotadas. Es frustrante porque ésta es la aceptación de la derrota. Es una negación de alternativas. Es el rechazo de la agencia. Las mercancías, como el capital, están muertas. Es el trabajo de los otros animales que les dan su valor lo que está vivo. Es la lucha de los otros animales en contra del trabajo lo que es dinámico.

He pasado un año trabajando en este ensayo. La mayor parte del tiempo la dediqué a leer una amplia historiografía que ha crecido durante la década pasada. Cuando comencé mi doctorado en 1998, el campo de los "estudios animales" no existía. Hoy no puedes sacudir un palo sin darle a un profesor pontificado en esto; y casi todas las disciplinas y departamentos tienen ahora sus practicantes. A pesar de que la Universidad siga servilmente tendencias como en otras épocas, no puedo decir que esté sorprendido. Ya hay muchas introducciones al campo. Las colecciones editadas son interminables. Al acabarme muchos de los volúmenes en quince minutos o menos, todo lo que puedo

decir es que su esfuerzo podría mejor haber sido dirigido en otra dirección. Ha habido incluso codazos entre académicos que trepan por el papel de portavoz oficial de este campo. Desde mi asiento en la fila 20 en la grada más alta del estadio, me atrevo a decir que ver este combate popular ha sido lo más divertido. La malintencionada parábola de Kent Flannery, *El Dorado Marshalltown*[*], definitivamente garantiza la implicación de todos los partidos. No os preocupéis por su enfoque arqueológico, ya que la parábola utiliza muchos estudios animales. Pero, dejando a un lado el comentario, si hubo una tendencia que noté en toda mi lectura, fue la presencia de esta actitud esquizofrénica con respecto a los animales y la agencia.

Los postmodernistas, escondiéndose en el profundo subsuelo de su segura y conservadora guarida, hablan de agencia sólo en otras lenguas. Algunos han intentado cambiar su identidad a posthumanistas o postpastoralistas, pero continúan siendo tan quijotescos e inaccesibles como siempre. Las teóricas literarias confunden representación con participación. Existe el uso de STS[**] y ANT que ya hemos discutido. A aquellas que utilizan una metodología marxista estricta no les ha ido mejor. Por ejemplo Lawrence Wilde (2000), Katherine Perlo (2002), y Mary Murray (2011), especialmente basándose en el trabajo

* Es una parábola sobre la arqueología de los años 80 en la que se contraponen las distintas teorías del momento por medio de un diálogo informal entre arqueólogos.

** Science and Technology Studies (Estudios de Ciencia y Tecnología) o Science, Technology and Society (Ciencia, Tecnología y Sociedad). Es una corriente de estudios interdisciplinares que tratan sobre cómo los valores sociales, políticos y culturales afectan a la investigación científica y a la innovación tecnológica, y viceversa.

de Ted Benton (1993), han argumentado que el marxismo se puede utilizar para apoyar a los "desfavorecidos". Desafortunadamente, la desfavorecida y su agencia están tan enterradas bajo la palabrería y el poder del capital que desaparecen de la vista. Unos pocos investigadores han comenzado a darle un enfoque más directo a la cuestión de la agencia, aunque hasta ahora sus resultados han sido decepcionantes. El mejor ejemplo de esto es el libro *Animals and Agency* (2009). En éste, los animales en realidad apenas existen y su agencia aún menos. Uno de sus ensayos en particular, *Whale Agency: Affordances and Acts of Resistance in Captive Environments* de Traci Warkentin, tiene muchas oportunidades. Existe una gran resistencia por parte de las orcas cautivas. Sin embargo, Warkentin de alguna manera evita involucrarse. Su ensayo, a pesar del título, básicamente no contiene hechos sobre la resistencia por parte de las orcas.

Finalmente, nos tenemos que preguntar de nuevo por qué está pasando esto. ¿Por qué las autoras dicen hasta la saciedad que ahora tenemos que escribir desde la perspectiva de los animales pero se dan la vuelta y fallan al hacerlo? ¿Por qué a la gente le cuesta tanto trabajo aceptar los términos de animales y agencia? ¿Y por qué el problema viene de arriba abajo? Las tecnócratas, académicos liberales y liberacionistas de animales son igual de culpables en este sentido. La respuesta se encuentra en los pagos de la condición humana[4]. Estos pagos son tanto económicos como psicológicos. El trabajo y la agencia son identidades construidas alrededor de las humanas. Denotan estatus y privilegio. Son venerados por la humanidad. Y éstos son probablemente los últimos límites que hay que cruzar. Cuando las académicas abordaron este asunto y comenzaron a cuestionárselo

entraron en serio conflicto con ello y ese conflicto tiene diferentes papeles. Algunos solo hablarán del asunto en otras lenguas. Algunas serán vagas y no concluyentes. Algunos demandarán más teoría. Algunas la fetichizarán. Algunos bailarán a su alrededor. Estos son mecanismos de defensa y cada uno sirve para proteger la identidad y el estatus de la humana involucrada. De hecho, en los argumentos de Haraway y Torres no hay tantas denuncias de otros animales como declaraciones de la propia humanidad de autor.

En el ensayo original, proporcioné una breve historia de la palabra "antropomorfismo". Creí que esto era necesario por dos razones. La primera era mostrar cómo la definición contemporánea es muy reciente en su creación y para nada empírica en su trasfondo. Anne Larsen, por ejemplo, apoya esta tesis. A principios del siglo XIX, las entomólogas se involucraron en una larga campaña de ideas multi-década (1993, pp. 90-127). Las entomólogas, en este momento, no gustaban al público en general. Se creía que eran crueles y que su profesión era innecesaria. Otras zoólogas se refugiaban en la caza y el deporte para justificar la muerte en masa de pájaros y otras criaturas para estudios científicos. Las entomólogas, sin embargo, no tenían esa clase de excusas. Tenían que desarrollar sus propios argumentos para influir en la opinión pública. Lo más interesante en ellas era su posición desarrollada del dolor. Al principio del siglo, admitieron que los insectos sentían dolor y que se mataba a los insectos tan rápidamente como fuera posible por esta razón. Pero pronto este argumento cambió. Dijeron que los insectos probablemente no sentían mucho dolor porque son pequeñas criaturas resistentes y difíciles de matar. Pensando de manera

inteligente, las entomólogas incluso añadieron un poco de teología para reforzar su nuevo argumento. Dios (razonaron) muestra misericordia incluso hacia la más pequeña de sus creaciones y de ahí que preocuparse por el dolor de los insectos no es necesario. ¿Por qué este cambio de posición es tan interesante? Porque el cambio representa unas relaciones públicas calculadas que se pusieron de parte de ellas, no un avance empírico en el estudio de los insectos y el dolor.

Las entomólogas estaban protegiendo su reputación y profesión.

La segunda razón por la que proporcioné la historia de la palabra era que quería intentar, como mejor pude, evitar dudas. Sabía lo que las lectoras de *Labor History* iban a pensar sobre esto desde el primer momento que vieran el título en el ensayo. El antropomorfismo se ha convertido en un mantra, una creencia socio-cultural que se ha sacado de la veracidad religiosa. Siempre se me acusa de violar sus códigos y estas acusaciones han venido de todas las disciplinas y direcciones. Las biólogas y conservacionistas me han acusado de ello. Las académicas de los estudios sobre animales me han acusado de ello. Los libros de recetas veganas me han acusado de ello. El problema, sin embargo, es que no había zarza ardiendo. Ser antropomorfista es ciertamente un crimen, pero un crimen contra la humanidad, no contra el empirismo. Las declaraciones de las antropomorfistas son protestas por el estatus social y valor cultural únicos de los humanos.

El uso de mercancías versus trabajadores no es una cuestión de semántica. La primera es una visión desde arriba, una visión desde la perspectiva del capital. La segunda es una visión desde

abajo, una inversión de la perspectiva del capital. La primera, en definitiva, ve a los otros animales como objetos. La segunda los ve como sujetos. Reconocer a los otros animales como trabajadores no es una justificación de o para su explotación. Más bien es un reconocimiento de lo que hicieron y de la historia que han hecho. Una vez planteé la pregunta "¿Quién construyó América?". Mi respuesta fue que los caballos, bueyes, vacas, cerdos y gallinas lo hicieron. Su trabajo ha sido tan importante en la construcción de este país como el trabajo de las humanas. Es verdad que los otros animales no son esclavos o trabajadores asalariados. Es verdad que son obligados a esta situación. Pero esto no hace que su trabajo tenga menos valor de producción, que sea menos significativo o que no sea un tipo de trabajo. El trabajo no remunerado de los animales ha sido la base en la que el trabajo de los humanos se ha construido. Ha proporcionado las condiciones estructurales del crecimiento del capitalismo. Es la fuerza motora detrás de la sociedad productiva moderna.

En el ensayo *Jesse, a Working Dog* (2006), escribí sobre el servicio de la industria canina. Parece que es una de las industrias que más rápido crece en EEUU. Jubiladas, veteranos de guerra y las desempleadas crónicas se metieron en el negocio de entrenar y vender un perro para trabajar. Hay muchas fundaciones, tales como la del productor de Hollywood Sam Simon, que proporciona un servicio de perras para ayudar a los invidentes, sordos y aquellos que lo necesitan. Es una industria oculta tras una imagen de buena voluntad. Cuando la gente ve a los perros en el trabajo, les llega al corazón. Pero el punto de Jess era revertir esta perspectiva. Esta es una industria que utiliza un gran ejército de trabajadoras recogidas de protectoras y perreras. Este excedente

de población, a su vez, sirve como medio para la acumulación. Sin importar si este negocio es beneficioso o no, un montón de dinero sale del trabajo no asalariado de estos perros.

Mi pregunta era: ¿qué sacan los perros de este trato? En otras palabras, si tú haces el trabajo, ¿no mereces algo por ello? Esa frase "jubilar a alguien" no es precisa. En realidad es ir al matadero*; la última parada en el circuito capitalista de producción. Mi argumento era que una parte del dinero que los perros están produciendo debería devolverse en forma de un fondo de pensiones. De manera que, cuando sus días de trabajo han finalizado, los perros no tengan que depender de la caridad para sobrevivir. Consiguen su merecida jubilación.

El reciente recurso de PETA en nombre de Tilikum** no tuvo éxito. Recordemos que PETA había presentado una demanda contra Sea World por violar los derechos de sus orcas según la decimotercera enmienda de la Constitución de Estados Unidos, la cual abolía la esclavitud (aunque permitía su continuidad para los presos). El juez federal que presidía el caso lo desestimó citando que "la única interpretación del lenguaje llano de la decimotercera enmienda es que es aplicable a personas y no a no-personas como las orcas". Tanto las fuentes históricas como contemporáneas revelan que los términos "esclavitud" y

* *Knacker´s yard*: es el lugar donde matan a los animales "inservibles" o se hacen cargo de los restos de animales muertos, especialmente aquellos que no son aptos para el consumo humano.

** Tilikum es una orca macho que malvive en cautividad desde 1983, cuando fue secuestrado cerca de Islandia, a los dos años de edad. Actualmente es propiedad de SeaWorld y se ha hecho famoso por haber estado involucrado en la muerte de tres humanos. Para conocer su historia, recomendamos el documental Blackfish (Gabriela Cowperthwaite, 2013).

"servidumbre involuntaria" se refieren sólo a personas (*Whales not slaves because they are not people*, 2012). La sentencia no fue sorprendente. Pero, ¿y si los abogados de PETA hubieran explicado cómo las orcas de Sea World pasan por rigurosos entrenamientos y actúan 365 días al año? ¿Y si hubieran demostrado a través de los registros tributarios cuánto dinero ganan los parques por estas actuaciones? ¿Y si hubieran sostenido que los continuados actos de resistencia de Tilikum probaban que con toda seguridad estaba teniendo una participación activa en esta demanda? ¿Y si le hubieran pedido al juez que considerase estos hechos y que decidiese si Sea World debería o no pagar por la jubilación de las orcas más viejas? Si PETA hubiera hecho esto, ¿habría habido alguna diferencia en el desenlace del caso? Tal vez. Pero no podemos ni siquiera empezar a llevar nuestros argumentos en esa dirección cuando el punto de partida de nuestro pensamiento es, de hecho, el punto de llegada. Las mercancías vivas y el capital viviente son la versión del siglo XXI del ganado. Son ideas que reafirman a los demás animales como propiedades y como recurso natural. Cuando devaluamos su trabajo o lo desechamos completamente, estamos reforzando la idea de que los demás animales no tienen agencia y están separados de nosotros. No es que los animales no tengan voz, más bien es que los estamos silenciando. Estamos negando nuestras verdaderas relaciones de clase.

V

Las vacas, los pollos, los cerdos y los caballos aparentemente no tienen nada en común. No son de la misma especie. Tienen

diferentes culturas, relaciones sociales, métodos de comunicación, medios de gobernanza, etc. Pero tienen algo importante en común: durante mucho tiempo han sido miembros de la misma clase. Trabajan para los humanos, quienes extraen un superávit de su trabajo para fines de uso, intercambio y/o acumulación. Son tratados como propiedades para ser comprados y vendidos. No perciben salario. Estos animales, frecuentemente, tienen que trabajar de manera colaborativa para cumplir con las funciones y tareas que les requieren. Pero también pueden colaborar para resistirse a su trabajo. Esto es más significativo porque estas acciones colectivas, tanto en el trabajo como contra él, son el auto-reconocimiento y la auto-realización de una relación de clase. Estos animales son una clase trabajadora a la que los humanos se han estado uniendo periódicamente a través de la historia. Y sus miembros se han extendido a los esclavos, mujeres, niños y más allá.

En las descripciones de Frederick Douglass sobre sus días atrapado en la esclavitud, frecuentemente se dibujaba a sí mismo justo al lado de otros animales. "Cuando me compró, mi antiguo señor probablemente se preocupó tan poco de mi llegada como se habría preocupado de la suma de un solo cerdo a su ganado" (1969, p. 73): "Como un animal de trabajo joven y salvaje, voy a ser sometido al yugo de una esclavitud amarga y para toda la vida" (Douglass 1969, p.207). En efecto,

> Ahora vi, en mi situación, muchos puntos de semejanza con la de los bueyes. Ellos eran propiedades, yo también; ellos iban a ser doblegados, yo también;

> Covey me iba a doblegar a mí, yo les iba a doblegar a ellos; doblegar y ser doblegado, así es la vida. (1969, p.212)

Pero Douglass no era el único en hacer estas apreciaciones, ya que este tipo de pensamiento era rutinario entre las esclavas afroamericanas: Mary Prince, James Roberts, Henry Box Brown, William W. Brown, Martha Browne, William Hayden, Aaron, Leonard Black, Moses Grandy, Henry Bibb, Isaac Johnson, Harriet Jacobs, Josiah Henson, John P. Parker, Henry Williamson y la lista sigue. Las narraciones de esclavas afroamericanas están llenas de este tipo de análisis directos y que son cuestión de hechos. Estas narradoras hablaban de ser tratadas de la misma manera que las mulas: como una forma de propiedad, como una mercancía, como una herramienta. Escribían sobre ser percibidas de la misma manera que los bueyes: como inferiores, sin inteligencia y sin alma. Se quejaban de haber tenido que trabajar de la misma manera que los caballos: sin reconocimiento, sin agua ni comida adecuada, sin descansos, sin salarios. Tal y como se le enseñó a Isaac Johnson desde el principio, "debes entender que eres exactamente lo mismo que el buey, caballo o mula, estás hecho para el uso del hombre blanco y para ningún otro propósito" (2000, p. 26).

Los narradores describían cómo eran transportados junto con las ovejas en barcos, botes, vagones y cadenas de tracción. Describían cómo eran subastados junto con las vacas: expuestos, examinados, vendidos y separados de sus familias. "Las vacas", recordaba Moses Grandy, "estaban mugiendo por sus crías y los hombres y mujeres estaban llorando por sus maridos, esposas, o

niños" (1996, p. 44). Grandy perdería a cuatro de sus hijos de esta manera. Los narradores describían cómo eran alojados con los cerdos en graneros, chozas y cobertizos. Describían cómo eran controlados y castigados como perros: con la cola de un látigo, la punta de una vara o el final de una cuerda.

Cuando William W. Brown escribió que "en las plataformas de esas subastas se venden huesos, músculos, tendones, sangre y nervios de seres humanos con tanta indiferencia como un granjero del norte vende un caballo o una oveja" (1969, p. 52), ¿estaba frivolizando con la analogía? Cuando Harriet Jacobs dijo que las mujeres "se ponen a la par de los animales" porque "se considera que no tienen ningún valor a no ser que continuamente incrementen las ganancias de su propietario" (2003, p. 76), ¿estaba jugando a la ligera con las comparaciones? No, Brown y Jacobs estaban describiendo una verdadera realidad histórica: sus experiencias de clase. Josiah Henson admitió que, una vez,

> Fui enviado a un recado precipitado en el que podrían ver cuánto era capaz de correr; mis puntos fueron sometidos a votación como lo habrían sido los de un caballo y, sin duda, un recuento de mis variadas facultades pasó a formar parte de la discusión acerca del trato, apuntando a que mi valor como animal doméstico podría mejorar. (1969, p.55)

William Hayden reconoció que la esclavitud lo convirtió "en una bestia de carga, atormentado por la fatiga, acosado con azotes" (2001, p. 91). Leonard Black sabía que la sociedad les

había prostituido por el básico propósito de su codicia y sus más básicas pasiones bestiales, reduciéndolos a meras cosas, meros bienes muebles, para ser comprados y vendidos como puercos y ovejas" (2000 p. 51). John P. Parker comprendió que su gente "[...] fue vendida al sur como mulas [de sus amos] para despejar sus bosques" y que él mismo era "un animal valorado en 2.000 dólares" (1996, pp. 41, 61).

De modo significativo, la palabra "esclavo" ha tenido una definición casi estrictamente humana. Lo que comenzó como botín de guerra se convirtió en propiedad humana. No obstante, de los relatos anteriores y su extensa descripción obtenemos una perspectiva diferente. La esclavitud ha sido vista y redefinida desde abajo. Lo que estas escritoras afroamericanas nos están diciendo es que la esclavitud es un sistema socioeconómico, en el que humanas son situadas en la misma clase trabajadora que otros animales. Esta apreciación, en cualquier caso, no equivalía a solidaridad. Frecuentemente estas narraciones expresaban una aguda animosidad. Los que habían sido esclavos se quejaban amargamente de que ciertos animales, los caballos en particular, recibían un tratamiento igual o mejor que el que recibían ellos. Esta es una afirmación altamente discutible, pero demuestra, con bastante claridad, los pagos de la condición humana. Los que habían sido esclavos no querían reconocer la labor de las vacas o los caballos como una forma de trabajo. Estaban usando esa comparación con los caballos, ovejas y cabras con la intención de separarse y elevar su propio estatus y privilegio como miembros de la raza humana. Estas afirmaciones fueron, al mismo tiempo,

un gran reconocimiento de la existencia de una relación de clase, y el rechazo de la misma. Eran declaraciones, por parte de los escritores, de su humanidad.

Recientemente, en una sección del *Huffington Post* (2012), Soraya Chemaly discrepaba con un proyecto de ley que estaba siendo debatido en la Legislatura del Estado de Georgia, que haría obligatorio para las mujeres llevar hasta el parto fetos muertos o moribundos. El representante de los abogados, Terry England, razonaba que las vacas y las cerdas en las granjas tenían que hacerlo; ¿por qué no las mujeres también? No estoy seguro de qué enfadó más a Chemaly: la posibilidad de las mujeres perdiendo más el control de sus derechos reproductivos o ser comparada con una vaca. "No me gusta ser criada por la coacción del estado como los animales de granja del Señor England. **Me OPONGO moralmente a ser tratada como un animal y no como una humana"** [énfasis de la autora]. "Se toma la libertad de consignar a mis hijas y a las suyas a la función de animales reproductivos". "Las mujeres son diferentes a los animales de granja". "No soy una bestia de carga". Aunque entiendo sus objeciones, Chemaly está claramente pasando algo por alto. England no estaba diciendo que las vacas y las mujeres fueran lo mismo. Más bien estaba situando a las mujeres en la misma clase que a las vacas.

Cuando entregué mi artículo original para revisión hace una década a *Labor History*, uno de los analistas estaba seguro de que había cometido un error en relación a una cita de Daniel Defoe. Yo dije que cuando Defoe hacía observaciones sobre los "mercados de la carne", se estaba refiriendo a los lugares donde se compraban y vendían vacas. El revisor creía que Defoe se refería

seguramente a la ocupación de la venta de sexo (sexo humano). El revisor estaba equivocado. El comercio de carne llegaría a significar esto último, pero todavía no.

Hoy en día es su principal significado, aunque se mantiene la coincidencia. Las trabajadoras del sexo en Bangladesh actualmente son forzadas a tomar un continuo régimen de *Oradexon*. Es un esteroide que "aumenta su apetito, haciéndoles ganar peso rápidamente y dando la apariencia de que estas adolescentes malnutridas son en realidad saludables y mayores" (*Bangladesh's 'teenage' brothel hold dark steroid secret*, 2012). Este medicamento sin receta las engorda para los clientes. Nadie quiere practicar el sexo con una chica medio famélica. El esteroide fue originariamente desarrollado para las vacas. Los granjeros se dieron cuenta de que las engordaban muy rápido y de forma exitosa para el mercado. Si el esteroide funcionaba para las vacas, debió de pensar alguien, ¿por qué no también para las niñas? Es difícil no ver la ironía aquí, pero hay mucho más.

La historia del verbo inglés *to stock* puede enseñarnos esto. Está la definición más conocida: suministrar y proporcionar mercancías, vivas o muertas. Hay una que probablemente no se conoce: preñar un animal doméstico. Y está el siguiente paso: dejar una vaca "sin ordeñar para que se muestre bien en el mercado". Una vaca lactante alcanza mejor precio que una vaca seca. Finalmente está esta interpretación: "las nodrizas que no tienen un buen suministro de leche ocasionalmente adoptan una práctica comúnmente empleada con las vacas lecheras cuando son llevadas al mercado". El trabajo de ama de cría, como el de la vaca, era mantener sus ubres bien surtidas. Cuando hablamos sobre la labor de reproducción o la lucha por el control sobre

el cuerpo femenino, estamos realmente hablando sobre mucho más que una cuestión de género. La clase es el lugar donde se encuentran género y especie.

El feminismo hoy en día parece estar dividido en tres grupos. Están aquellas como Chemaly que reaccionan fuerte y negativamente cuando son situadas en la misma clase que otros animales. No les gusta. No quieren estar incluidas en ella. Se niegan incluso a reconocer que existe. Pero la legislación del Estado de Georgia propuso seguir adelante con ello igualmente. Las vacas lecheras no tienen derechos reproductivos. Las mujeres tampoco deberían. Vacas y mujeres, como el diputado England reveló, están en la misma clase. Chemaly se tomó esto como una seria amenaza. Esta legislación no sólo presentaba un desafío a las mujeres sobre el control de su propia reproducción, sino para el propio estatus humano de las mujeres. Como Sherry Ortner apuntó repetidamente en su influyente, *Is Female to Male as Nature Is to Culture? (1974)*: puede que las mujeres estén en un terreno entre naturaleza y cultura, pero aún son humanas. Este último hecho es más significativo y muchas mujeres se aferran a él. Chemaly cree que no tiene nada en común con los animales de granja.

Luego están aquellas feministas que han tenido un enfoque más reflexivo en lo que se refiere a examinar su relación con otras especies. Si el control sobre la reproducción sirve para socavar el estatus de las mujeres, como argumentaba De Beauvoir, entonces se preguntan por qué no debería ser considerado su efecto en vacas o cerdas. Esto es un lugar común. Carol Adams, Ingrid Newkirk, Sue Coe, Marti Kheel, entre incontables otras, se han dedicado a pensar en ello. Le han dado forma a su vida y a sus

prácticas cotidianas alrededor de ello. Las mujeres han convertido el movimiento de defensa de los animales en la fuerza que es hoy en día. Aún hay límites que muchas se resisten a cruzar, sobre todo clase y agencia, pero esto está empezando a cambiar. En el colectivo Midnight Notes, en el verano de 1999, le dije a Silva Federici que pensaba que los animales eran parte de la clase trabajadora. No tuvo que pensar mucho en ello antes de responder: "Sí, lo son, indudablemente". Silva me animó a continuar con mi trabajo y echar abajo aquellos límites, justo como su trabajo junto a Mariarosa Dalla Costa y Maria Mies estaba echando abajo los míos.

Finalmente están aquellas feministas que nos sitúan en la misma clase trabajadora. En la conclusión de *Industrializing Organisms*, la editora del volumen, Susan Schrepfer, se pregunta: "si los animales son tecnologías, ¿no lo son también los humanos?" (En Russell 2004, p. 266). Esta pregunta no está planteada de una manera muy crítica, sino con un cierto sentido de inevitabilidad, una inevitabilidad casi deseable. Este tipo de actitud no es particularmente inesperada, dada la estrecha y teleológica definición de la historia evolutiva. Si los organismos son reducidos a tecnologías, ¿qué impide que un conjunto de humanos reduzca a otro conjunto de humanos a tecnologías? Nada. Es el siguiente paso en la Historia: *Homo Faber Faber*. "Entonces, tal vez", como Edmund Russel afirmó, "el futuro de la industrialización radica en llegar a ser cada vez más biológica en lugar de menos" (2004, p. 9). Aún así, al situarnos juntos, en la misma clase que otros animales, se nos lanza una dura advertencia. Recordemos las palabras de despedida de Haraway: "Pero

no son esclavos humanos u obreros asalariados y sería un grave error teorizar sobre su trabajo dentro de esos parámetros". "Son pezuñas, no manos" (20047, pp. 55-6)

A Jeremy Bentham le gustaba usar el término "manos". Mantenía una distancia considerable entre él y aquellos que iban a ser explotados. Permitía relaciones jerárquicas. Silenciaba al sujeto. Las manos son abstractas. Pueden ser un objeto, un símbolo, una unidad de medida. Jeremy y su hermano Samuel pensaban mucho sobre las manos y cómo usarlas. Samuel era el ingeniero de la familia. Diseñó el panóptico. Inventó una gran variedad de máquinas. Samuel, mucho antes que Frederick Taylor, vio la tecnología como una herramienta para introducir el trabajo a destajo, trabajo incesante (con turnos de veinticuatro horas) y una forma de salario estructurado.

La tecnología era prometedora en su utilidad para despojar a los trabajadores de autogestión y autoorganización (Linebauch 1992, pp. 396-401).

Jeremy era más estudioso de la política y tenía un interés particular en políticas relacionadas con "manos no adultas". Los niños pobres, según argumentaba, deberían ser puestos a trabajar. El trabajo les enseñaría moralidad. La regla de oro de su hospicio era el principio de "primero ganárselo". Primero trabajas, después comes. Esos niños necesitaban aprender que la vida era un privilegio y que el trabajo permitía la "continuación de la existencia" (1962a, pp. 385-95). El trabajo te hace libre. Pero había otra razón por la que Bentham estaba tan interesado en los niños: podían trabajar junto a los animales.

> Un caballo viejo y ciego, un buey, quizá incluso un asno, girarán una rueda, un niño pequeño servirá para conducir y el mantenimiento del niño y la bestia juntos quizá no exceda de lo que costaría mantener a un hombre. Desde luego no lo mismo que mantener a dos. (1962b, p. 145)

Sin duda, su trabajo congelado* (el de pezuñas y manos no adultas) podía traer tasas de beneficio mucho más altas. Bentham, definitivamente, vio la ventaja de incluir a los dos juntos en la misma clase social.

Animal Rights, Human Rights de David Nibert (2002) ha demostrado las conexiones entre la opresión de humanos y la de otros animales. Pero lo que él ve como la maraña de la opresión, yo lo veo como clase. Una maraña son cosas enredadas entre sí en una confusa masa de nudos. La clase es el hecho de que estamos en esto juntos. Esta relación ha sido expresada históricamente de tres maneras. La primera fue la de Adam Smith y todos aquellos que diseñaron la división social del trabajo. La segunda la acabamos de discutir: aquellos que teorizaron sobre su trabajo y su trato dentro del marco de los animales trabajadores. Cuando la gente se queja de que trabaja como una mula no están siendo

* El trabajo congelado sería, según Marx, el trabajo acumulado, por ejemplo, en las máquinas, aunque en este caso se habla también de animales no humanos y niños. Estos “elementos” (maquinas, animales no humanos y niños) no serían capaces de producir valor, simplemente con su acción traspasarían a los bienes creados el trabajo acumulado en ellos. Es decir, lo que generaría realmente valor no sería la acción de esa máquina o de esas criaturas sino el trabajo de quienes han creado esas máquinas o criado a esos niños o a esos animales no humanos..

falaces o imprecisos. Están haciendo una afirmación de clase. Puede que no lo entiendan completamente. Puede que no les guste o no quieran tener nada que ver con ello. Sin embargo, están expresando una realidad. Son miembros de la clase trabajadora. La tercera son aquellos que le dan la vuelta al marco. *The Dreaded Comparison* de Marjorie Spiegel (1997) es un clásico ejemplo de esto. La esclavitud es el marco dentro del cual se examina la explotación de los demás animales. Actualmente existe una fuerte aversión a usar esta metodología. Es considerada negativamente como una "apropiación". El sufrimiento de humanos no debería ser comparado con el sufrimiento de animales. Hacerlo es inapropiado, degradante y oportunista. El problema aquí, tanto para quienes usan el método como para quienes lo critican, es que la relación de clase no se está haciendo explícita y, al no hacerlo, el etnocentrismo se consolida en su posición.

En 1999 acudí en Pittsburg a una conferencia impartida por un superviviente del Holocausto. Había sido esclavo de Daimler-Benz durante la guerra. Manuel Yang, Jeff Howison y yo estábamos escribiendo un panfleto histórico sobre esta corporación para los trabajadores de Jeep, así que estábamos interesados en escuchar sus opiniones. Durante el periodo de debate, una persona preguntó al ponente si veía que su experiencia era comparable a la historia de la esclavitud en las Américas. El ponente golpeó su puño contra la mesa y gritó airadamente: "¡No!". El océano de supervivientes canosos que me rodeaba en la audiencia asintió con la cabeza, de acuerdo con él. No había comparación. Más tarde alguien sacó a relucir el genocidio de los indígenas americanos, y ahí fue cuando se lió parda. La gente gritaba. Docenas de latas de metal volaban por los aires. Para

los supervivientes, esto era una apropiación. El sufrimiento de los judíos era único. La esclavitud de africanos o la matanza de nativos americanos no podía ser comparada con la experiencia judía. Para mí, la parte más interesante de la noche había venido al principio. El ponente estaba describiendo cómo había sido cargado en un furgón para transportarle a un campo. Entonces mencionó que no era una experiencia nueva para él, ya que el negocio de su familia era cargar ganado en esos mismos coches para transportarlos al matadero. Él no veía la ironía; ni él ni nadie más. Debería haberlo sacado a relucir en algún momento de la noche, pero no lo hice por miedo a llevarme una lluvia de latas. A pesar de todo, esta experiencia era algo más que una mera ironía. Dejaba al descubierto una relación de clase. Necesitamos empezar a dejar esto claro de manera explícita.

En su forma actual, nuestro concepto de clase no es adecuado. Es mucho más amplio y complejo de lo que hasta ahora hemos entendido. Reconocer este hecho es un primer paso hacia adelante en el desarrollo de nuevas ideas y enfoques. Hay dificultades por delante. No podemos, por ejemplo, tener diálogos críticos con otros animales. No podemos organizarnos políticamente con ellos en un sentido tradicional. Puede que la relación no proporcione los niveles de reciprocidad a los que estamos acostumbrados, pero estos desafíos pueden ser superados. Algunos individuos ya han empezado el proceso en serio y en profundidad. Agnese Pignataro ha hecho un llamamiento por un proyecto político entre las especies basado en las ideas de clase, empoderamiento y solidaridad (2009). Sue Donaldson y Will Kymlicka tienen diseños para una ciudadanía políticamente comprometida con los animales de trabajo (2012). Tener

estas conversaciones no es ventriloquía. Me he enfrentado a esas acusaciones con el ensayo *Understanding Class and Species* (Hribal 2011). Tampoco es paternalismo. Más bien, al situar a otros animales de lleno en nuestras más amplias discusiones, como compañeros trabajadores que producen, resisten y activamente dan forma al mundo, les incluimos en el futuro. Esto es una cuestión de solidaridad.

Alrededor del mundo hay en marcha importantes debates sobre el futuro del bien común. Sin embargo, lo que se echa en falta en esas conversaciones es dónde y cómo otros animales, en particular nuestros compañeros miembros de la clase trabajadora, encajan en esto. A lo largo de Estados Unidos hay actualmente caballos salvajes en Utah, vacas salvajes en Georgia, macacos salvajes en Florida, ovejas salvajes en Hawái, burros salvajes en California, cabras salvajes en el Sur de Illinois y cerdos salvajes en Pennsylvania. Aunque estos animales no sean originariamente salvajes, son autónomos. Son comunidades cimarronas. El término *cimarrones* viene del español y se refiere al ganado que ha escapado. Llegó a aplicarse a las esclavas fugadas pero eso fue, de nuevo, más tarde. Algunas de estas comunidades cimarronas son viejas, se remontan a décadas o siglos; algunas son jóvenes y su cultura se está empezando a formar. Estas criaturas que un día fueron domesticadas han encontrado una forma de sobrevivir y persistir en un bien común que ellas mismas han creado. Este bien común representa una alternativa viable al presente, una alternativa creada por elección, dirección y propósito de los propios animales. Esto no es sólo una teoría, es práctica. Y estará presente en mi trabajo durante las próximas décadas. Otros están

invitados a unirse. Los animales han tenido una larga y profunda comprensión del bien común. Deberíamos aprender de ellos y descubrir cómo encajamos juntas en el futuro.

Notas

1. Esta expresión se ha sacado de *The Moral Economy Reviewed* (1993) de E.P. Thompson.
2. Todas las definiciones provienen de la versión ampliada del Oxford English Dictionary.
3. En el ANT existe un aparente y considerable solapamiento teórico con Althusser, sin embargo puedo entender por qué sus practicantes querían mantener una mirada distante con un hombre que estranguló a su mujer hasta la muerte. Ver *The Poverty of Theory* (1978) de E.P. Thompson para ver las críticas a Althusser y sus ideas.
4. Este es un concepto adaptado de *The Wages of Whiteness* de David Roediger.

Referencias

Cleaver, H 1982, *Technology as political weaponry*. En R Anderson et al. (eds.), *Science, politics, and the agricultural revolution in Asia*, Westview Press, Boulder.

Bangladesh's 'teenage' brothels hold dark steroid secret 2012, Reuters, 19 Marzo.

Bentham, J 1962a, *Tracts on poor laws and pauper management*. En *The works of Jeremy Bentham*, editado por J Bowring, Russell & Russell, Nueva York.

Bentham, J 1962b, *Panopticon*. En *The works of Jeremy Bentham*, editado por J Bowring, Russell & Russell, Nueva York.

Black, L 2000, *The life and sufferings of Leonard Black, a fugitive from slavery*, University of North Carolina, disponible en: http://docsouth.unc.edu/neh/black/black.html

Boyd, W 2001, *Making meat: science, technology, and American poultry production*. *Technology and Culture*, vol. 42, no. 4, pp. 631-64.

Brown, W 1969, *Narrative of William W. Brown: a fugitive slave*. En *Four fugitive slave narratives*, Addison-Wesley Publishing, Reading.

Caffentzis, G 1994, *On the Scottish origin of "civilization". Common Sense*, 16, pp. 65-86.

Chemaly, S 2012, *10 reasons the rest of the world thinks the US is nuts*. *Huffington Post*, 15 Marzo, disponible en: http://www.huffingtonpost.com/soraya-chemaly/womens-reproductiverights_b_1345214.html

Coase, R & Fowler, R 1940, *The analysis of producers' expectations*. *Economica*, vol. 7, no. 27, pp. 280-92.

Coase, R & Fowler, R 1937, *The pig-cycle in Great Britain: An explanation*. *Economica*, vol. 4, no. 13, pp. 55-82.

Coase, R & Fowler, R 1935, *Bacon production and the pig-cycle in Great Britain*. *Economica*, vol. 2, no. 6, pp. 142-67.

Corbier, M 1989, *The ambiguous status of meat in ancient Rome*. *Food and Foodways*, vol. 3, no. 3, pp. 223-64.

Donaldson, S & Kymlicka, W 2011, *Zoopolis: a political theory of animal rights*, Oxford University Press, Nueva York.

Douglass, F 1969, *My bondage and my freedom*, Dover Publications, Toronto.

Ferster, M & Ferster, C 1962, *Animals as factory workers. New Scientist*, 15, pp. 497-9.

Fiddes, N 1992, *Meat: A natural symbol*, Routledge, Londres.

Flannery, K 1982, *The golden Marshalltown: A parable for the archeology of the 1980s*. *American Anthropologist*, vol. 84 no. 2, pp. 265-78.

Frezier, M 1717, *A voyage to the South-sea and along the coasts of Peru in the years 1712, 1713, and 1714*, J Bowyer, Londres.

Garcia, M 2010, *Super guinea pigs?*. *Anthropology Now*, vol. 2. no. 2, pp. 22-32.

Grandy, M 1996, *Narrative of the life of Moses Grandy*, University of North Carolina, disponible en: http://docsouth.unc.edu/fpn/grandy/grandy.html

Greene, A 2008, *Horses at work: harnessing power in industrial America*, Harvard University Press, Cambridge.

Haraway, D 2007, *When species meet*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

Hayden, W 2001, *Narrative of William Hayden, containing a faithful account of his travels for a number of years, whilst a slave, in the South: written by himself*, University of North Carolina, Disponible en: http://docsouth.unc.edu/neh/hayden/hayden.html

Henson, J 1969, *An autobiography of the Reverend Josiah Henson*. En *Four fugitive slave narratives*, Addison-Wesley Publishing, Reading.

Hribal, J 2011, *Understanding class and species: a lesson from Thaddeus Russell*. Counterpunch, 27 June, visitado el 4 de octubre, 2012, http://www.counterpunch.org/2011/06/27/understanding-class-andspecies/

Hribal, J 2010, *Fear of the animal planet: the hidden history of animal resistance*, Counterpunch, Petrolia.

Hribal, J 2007, *Animals, agency, and class: writing the history of animals from below*. *Human Ecology Review*, vol. 12, no. 1, pp. 101-12.

Hribal, J 2006, *Jesse, a working dog: These dogs deserve a day off, perhaps two day*s. *Counterpunch*, 11-13 Noviembre, visitado el 4 de octubre, 2012, disponible en: http://www.counterpunch.org/2006/11/11/jesse-aworking-dog/

Hribal, J 2003, *Animals are part of the working class: A challenge to labor history*. *Labor History*, vol. 44, no 4, pp. 435-54.

Imhoff, D (ed.) 2010, *The CAFO reader: the tragedy of industrial animal factories*, Watershed Media, Berkeley.

Ingold, T 1980, *Hunters, pastoralists, and ranchers: reindeer economies and their transformations*, Cambridge University Press, Nueva York.

Jacobs, H 2003, *Incidents in the life of a slave girl: written by herself*, University of North Carolina. Disponible en: http://docsouth.unc.edu/fpn/jacobs/jacobs.html

Johnson, I 2000, *Slavery days in old Kentucky: a true story of a father who sold his wife and four children*, University of North Carolina. Disponible en: http://docsouth.unc.edu/neh/johnson/johnson.html

Joy, M 2010, *Why we love dogs, eat pigs, and wear cows: introduction to carnism*, Conari Press, San Francisco.

Larsen, A 1993, *Not since Noah: the English scientific zoologists and the craft of collecting, 1800-1840*, PhD thesis, Princeton University, Princeton.

Latour, B 2005, *Reassembling the social: an introduction to actornetwork- theory*, Oxford University, Nueva York.

Linebaugh, P 1992, *The London hanged: crime and civil society in the eighteenth century*, Cambridge University Press, New York.

Mandeville, B 1988, *Fable of the bees*, Vol. II, Liberty Classics, Indianapolis.

Marx, K 1992, *Capital*, vol. II, Penguin Classics, Nueva York.

Marx, K 1990, *Capital*, vol. I, Penguin Classics, Nueva York.

McShane, C & Tarr, J 2010, The horse in the nineteenth-century American city'. En D Brantz (ed.), *Beastly natures: animals, humans, and the study of history*, University of Virginia Press, Charlottesville.

McShane, C & Tarr, J 2007, *The horse in the city: living machines in the nineteenth century*, John Hopkins University Press: Baltimore.

Moore, J 2010, *“This lofty mountain of silver could conquer the whole world”: Potosi and the political ecology of underdevelopment, 1545- 1800. The Journal of Philosophical Economics*, vol. IV, no. 1, pp. 58- 103, disponible en: http://www.jasonwmoore.com/uploads/Moore__Potosi_and_the_Political_Ecology_of_Underdevelopment__2010_.pdf

Moryson, F 1904, *The itinerary of Fynes Moryson*. En C Falkiner (ed.), *Illustrations of Irish history and topography, mainly of the 17th century*, Longmans, Green, and Co., Londres.

Murray, M 2011, *The underdog in history: serfdom, slavery and species in the creation and development of capitalism*. En N Taylor and T Signal (eds), *Theorizing animals: re-thinking humanimal relations*, Brill, Leiden.

Nibert, D 2002, *Animal rights/human rights: entanglements of oppression and liberation*, Rowman and Littlefield, Oxford.

Noske, B 1997, *Beyond boundaries: humans and animals*, Black Rose Press, Montreal.

Ortner, S 1974, *Is female to male as nature is to culture*. En M Rosaldo and L Lamphere (eds), *Woman, culture, and society*, Stanford University Press, Palo Alto.

Pachirat, T 2011, *Every twelve seconds: industrialized slaughter and the politics of sight*, Yale University Press, New Haven.

Parker, J 1996, *His promised land: the autobiography of John P. Parker, former slave and conductor on the underground railroad*, W.W. Norton, Nueva York.

Perlo, K 2002, *Marxism and the underdog. Society and Animals*, vol. 10, no. 3, pp. 303-18.

Petty, W 1970, *The political anatomy of Ireland*, Irish University Press, Shannon.

Pignataro, A 2009, *La question animale: un débat à ouvrir dans le mouvement anticapitaliste*. *Contretemps*, Septiembre, http://www.contretemps.eu/interventions/question-animale-debatouvrir-dans-mouvement-anticapitaliste

Porcher, J & Schmitt, T 2012, *Dairy cows: workers in the shadows? Society and Animals*, vol. 20, no. 1, pp. 39-60.

Roediger, D 1991, *The wages of whiteness: race and the making of the American working class*, Verso, Nueva York.

Russell, E 2004, *The garden in the machine: towards an evolutionary history of technology*. En S Schrepfer & P Scranton (eds.), *Industrializing organisms: introducing evolutionary history*, Routledge, Londres.

Russell, E 2010, *Can organisms be technology?* En M Reuss & S Cutcliffe (eds.), *The illusory boundary: environment and technology in history*, University of Virginia, Charlottesville.

Shukin, N 2009, *Animal capital: rendering life in biopolitical times*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

Smith, A 2009, *The wealth of nations*. Thrifty Books, Blacksburg.

Spiegel, M 1997, *The dreaded comparison*. Mirror, Nueva York.

Striffler, S 2007, *Chicken: the dangerous transformation of America's favorite food*. Yale University Press, New Haven.

Thompson, EP 1993, *The moral economy reviewed*. En *Customs in common: studies in popular culture*. The New Press, Nueva York.

Thompson, EP 1978, *Poverty of theory: or, an orrery of errors*. En *The poverty of theory and other essays*. The Merlin Press, Londres.

Torres, B 2007, *Making a killing: the political economy of animal rights*. AK Press, Oakland. (Existe una edición en castellano traducida y editada por Ochodoscuatro Ediciones).

Turgot, A 2011a, *The formation and distribution of wealth*. En D Gordon (ed.), *The Turgot collection*, Ludwig von Mises Institute, Auburn.

Turgot, A 2011b, *On universal history*. En D Gordon (ed.), *The Turgot collection*, Ludwig von Mises Institute, Auburn.

Warkentin, T 2009, *Whale agency: affordances and acts of resistance in captive environments*. En S McFarland & R Hediger (eds), *Animals and agency: an interdisciplinary exploration*, Brill, Leiden.

Weber, E 1976, *Peasants into Frenchmen: the modernization of rural France, 1870-1914*, Stanford University Press, Palo Alto.

Whales not slaves because they are not people, judge in SeaWorld case rules 2012, *Reuters*, 9 Febrero.

Wilde, L 2000,*"The creature, too, must become free": Marx and the animal/human distinction*, *Capital and Class*, vol. 24, no. 3, pp. 37-53.